ORDEN Y CAOS

EXÉGESIS DE LOS MITOS

Vicente Risco prólogo Luis Cencillo

VICENTE RISCO

orensano (1884-1963), tuvo y tendrá siempre una robusta personalidad intelectual: "cultivador de ciencias impopulares, como la etnología, escritor en lengua gallega, historiador del Diablo (*Biografía de Satanás*), del pueblo judío (*Historia de los judíos*), novelista (*La puerta de paja*)", según dice G. Torrente Ballester. La figura de Risco es, pues, la de un humanista de vastos conocimientos. La enaltecían, además, virtudes de afabilidad y modestia con las cuales adquiría nuevos incentivos, la admiración que despertaba su polígrafico saber. La mortaja franciscana con que fue enterrado —ha escrito el profesor José Luis Varela— "define el hábito del Risco vivo, que era un santo temor a la soberbia y una comunión fervorosa con las cosas pequeñas".

ALLARIZ

ORDEN Y CAOS

(EXEGESIS DE LOS MITOS)

R. 2543

VICENTE RISCO

ORDEN Y CAOS

(EXEGESIS DE LOS MITOS)

Prólogo y notas de Luis Cencillo

ALLARIZ

EDITORIAL PRENSA ESPAÑOLA
1968

BAE 1471 E 1629388

Colección «Vislumbres» N.º 12
Director: J. L. Vázquez-Dodero

Es propiedad

Depósito legal: M.-5.886-1968.

Editorial «Prensa Española, S. A.»—Serrano, 61.—Madrid

N O T A

Esta Editorial ha encargado al profesor de Historia de los Sistemas Filosóficos de la Universidad de Madrid y Docente en las Universidades de Colonia y Bonn, doctor Luis Cencillo, revisar el original del profesor Vicente Risco y añadirle las notas necesarias para su mejor inteligencia, así como ciertas referencias bibliográficas de interés. Como el autor había esbozado ya algunas notas o hecho anotaciones marginales, ha habido que recurrir a un doble tipo de letra y de orden para distinguir estas notas de las añadidas por Cencillo. Las primeras van impresas en letra bastardilla y siguen el orden alfabético; *las segundas siguen el orden* numérico *y van impresas en tipo de letra normal, aunque de menor tamaño.*

Algunas observaciones marginales del autor han sido incorporadas a la página en forma de notas (según el orden alfabético) y, en algún caso, completadas por el profesor Cencillo.

PROLOGO

El profesor Vicente Risco, que hasta su jubilación en 1955 *había desempeñado la cátedra de Filosofía de la Escuela de Magisterio orensana y la dirección de ésta, así como correspondiente de diversos organismos folklóricos y culturales de Galicia y de Portugal y profesor de Paidología en la Escuela de Magisterio número* 1 *de Madrid, dejaba al morir en abril de* 1962 *el original inédito de esta obra, escrito entre* 1958 *y* 59, *en el que se decanta, ya sin excesiva preocupación bibliográfica, la prolongada meditación sobre sus múltiples lecturas a lo largo de su larga vida de trabajo en la investigación folklórica y de vida interior en busca de «lo eterno»: «buscar lo rústico es buscar lo eterno». Como el Unamuno de* En torno al casticismo *se siente el temperamento místico de Risco fascinado por la vida profunda, por la intrahistoria de los pueblos que transcurre mansamente, anónimamente a mucha mayor hondura que la política, la economía y la técnica en «el metabolismo basal de la vida humana en el cuerpo y en el espíritu», en el momento en que la vida, sin ser ya lógica y abstrac-*

tamente esquemática ha dejado de ser estrictamente biológica y por eso reúne flexiblemente la creatividad espiritual y la densidad vital en las comunes raíces de una naturaleza no mixtificada.

El mundo interior del profesor Vicente Risco está hecho de tacto franciscano de las cosas más humildes, de visión penetrante mucho más allá de las apariencias superficiales, de misterio y de magia, de fe en el poder constantemente renovador de la Naturaleza, de visión simbólica y criptográfica de todo lo apariencial, sea natural o cultural: «cuando era la Mitología la ciencia de la naturaleza, escribe, fue cuando se realizaron los primeros y más formidables inventos»...

Este original inédito contiene la síntesis de sus intuiciones meditadas acerca de este valor de los mitos en orden a detectar las profundidades del Ser y de la Vida. No podía, pues, quedar sin publicarse, pues suponía la última visión, la más densa y decantada de su autor, acerca de un tema que en España ha sido rara vez tratado, si se prescinde de los estudios de Angel Alvarez de Miranda, prematuramente fallecido también, o de los nuestros. No podíamos, por lo tanto, permitirnos el lujo de dejarla perderse u olvidarse. Para su edición, sin embargo, se hacía preciso una última mano: al margen de algunos pasajes había indicado su autor que no estaba satisfecho y que había que repensarlos y redactarlos de nuevo, en otros lugares existían notas al pie de página sólo indicadas pero sin desarrollar, e incluso en las copias mecanografiadas de que disponíamos (el original manuscrito, que indudablemente ha debido

existir, no ha podido ser hallado) se habían deslizado errores de transcripción de nombres propios o interpretaciones incorrectas del sentido de algunas frases, que ha exigido una paciente y arriesgada labor de restauración del texto según la mente de su autor. Además el estilo de ensayo, tan frecuentado en España en los últimos cuarenta años y no sin ciertos estragos de la precisión científica, obligaba a añadir una serie de notas explicativas de las alusiones hechas en el texto, poco claras para los lectores no iniciados. El autor mismo había hecho constar su deseo de estas notas ampliatorias en más de un pasaje. Finalmente, algunas frases oscuras, seguramente por error del copista, o las hemos dejado en forma de nota en letra bastardilla, como las demás notas proyectadas por el autor (introducidas por los signos del alfabeto), o las hemos suprimido, si no eran necesarias para la comprensión del texto. Del modo que fuere, una obra así, tenía, sin embargo, que ver la luz pública.

El estudio de los mitos se ha hecho cuestión ineludible, no solamente en el campo de la historia comparada de las religiones, sino también y con igual necesidad en el de la Psicología, la Psiquiatría, la Exégesis bíblica, la Filosofía de la Historia, la Historia de la Filosofía, la Historia de las instituciones, la Estética e incluso ciertas ramas de la artesanía. Frère Daniel, por ejemplo, fundador y director de la alfarería de Taizé, una de las más cualificadas de Europa, funda su arte y sus procedimientos, la inspiración de las formas y su diferente coloración en las conexiones mítico-arquetípicas descubiertas por Mircea Eliade, Gaston Bachelard y Teilhard de Chardin, perfectamente estudiados y

asimilados por él y por sus colaboradores como preparación para la obra artesanal, «la obra bien hecha» que diría nuestro D'Ors, cargada de sentido, signo ella misma de realidades hondas y ocultas a las miradas del profano, según se dice en su obra de principios La Poterie, *editada hace un par de años por las prensas de Taizé. Es en definitiva el mismo espíritu que animó el arte espiritual, dentro de su entrega artesanal, de Palissy. E incluso Adolfo Portmann, logra transportar el saber de las conexiones arquetípicas al campo de la Biología y abre con ello el camino para una ciencia natural acerca de los sentidos profundos y trascendentes a la misma materialidad funcional de los entes, sentidos universales encarnados en formas sensorialmente perceptibles y expresivas.*

Las historias clásicas de la Filosofía, desorientadas por los aspectos formales de la misma, han venido restringiendo el comienzo del filosofar a los intentos de racionalización fisicalista de los milesios, sin tener en cuenta que allí donde se realiza un esfuerzo mental por descifrar las estructuras de la Realidad, por hacerla de algún modo inteligible, aunque esta inteligibilidad no se obtenga por procedimientos lógicos, sino por asociaciones de imágenes cargadas de sentido, se está haciendo metafísica. *Según el criterio comúnmente seguido habría que excluir de la historia de la filosofía a Nietzsche, a Schelling y a Hegel por lo menos, que se dejan llevar mucho más por las constelaciones simbólicas que por la lógica habitual.*

La investigación acerca de los mitos nos pone, por el contrario, en presencia de tradiciones milenarias y amplía así imprevisiblemente el horizonte

de la historia del Pensamiento, ayudándonos a comprender mejor los trasfondos (si se quiere metafilosóficos) que objetiva y subjetivamente influyen en las racionalizaciones sistemáticas de los filósofos clásicos. Mientras todas las ciencias toman en consideración de algún modo el estudio de aquellos elementos que pueden influir en su propio objeto (por ejemplo, la Medicina se interesa vivamente por la Química y por la Anatomía, que no son ciencias propiamente médicas; o la Historia tiene sus ciencias auxiliares: la Estratigrafía, la Numismática, la Paleografía, etc... o la Geografía se halla íntimamente relacionada con la Geología, la Economía y la Sociología), resulta muy paradójico que la ciencia universal por excelencia, la que todo lo investiga por sus «últimas causas», se desinterese e ignore todo lo que no se haya producido según unos determinados métodos racionales, admitidos «a priori» como los genuinamente filosóficos, sin adentrarse nunca en el terreno profundo de los mitos y los símbolos en el que todas las especulaciones filosóficas hunden sus raíces.

En el campo de la Exégesis bíblica, existen libros enteros del Antiguo Testamento, otro libro en el Nuevo y varios pasajes en toda la Escritura que resultan absolutamente herméticos si no se domina la ciencia de los mitos, si no se hace incidir sobre ellos la luz de la experiencia expresiva de los milenios. Los hagiógrafos más antiguos y las tradiciones integradas por ellos en los contextos bíblicos no pensaban como Ranke, sino como los rapsodas y los chamanes de su tiempo. Las categorías de éstos nos han de ayudar decisivamente a enten-

der la mente y los símbolos expresivos de la misma de que aquellos hagiógrafos se sirvieron.

Mientras el gran descubrimiento de la primera mitad del siglo XIX fue la Historia, y el de su segunda mitad la Psicología, el gran descubrimiento del siglo XX es el de esa zona transhistórica de los mitos, los arquetipos y la expresividad simbólica. No hemos hecho más que comenzar y ya empezamos a descubrir el sentido de muchas cosas hasta ahora desconcertantes y a experimentar la realidad humana en toda su hondura, su organicidad y su dinámica profunda. A nadie se le ocurrirá hoy tachar de oscurantismo y de superstición a las creencias, como sucedía en la Ilustración y hasta bien entrado el XIX. Más aún, comenzamos a entrever que la Lógica y las Matemáticas son saberes muy unilaterales, limitados a determinados aspectos o relaciones formales, que muy poco pueden contribuir a una comprensión del hombre en su ser esencial y en su dinámica existencial; y que se requiere en todo rigor científico un saber no meramente formal que se ocupe del «otro lado» de las realidades humanas (A), de las profundidades, *es decir, una ciencia de las constelaciones de símbolos expresivos que se han ido constituyendo en la Historia: la sapiencia irracionalizable y creadora que el gran precursor de las inquietudes de nuestro siglo Giambattista Vico, todavía a fines del XVII registró científicamente bajo la denominación de* Sapienza poetica, *formalizadora de las realidades históricas, impulsora de la marcha de las culturas.*

* * *

(A) Cfr. Alfred Kubin, *Die andere Seite* ("El otro Lado").

Mito no es fábula. *En semejante identificación yace un fatal malentendido del que han sido víctima autores, por otra parte de tanta perspicacia, como Bultmann y su escuela, influidos como estaban por una mentalidad que viene a ser un subproducto del espíritu de la Ilustración, matematicista y ciego para la esfera de las significaciones trasmateriales. Una religión, la vida misma del hombre, no pueden ser «desmitologizadas», porque el mito no es un ropaje adventicio que se toma o se deja a voluntad, el mito es la substancia misma de la existencia, es la expresión dinámica y vivida de sus estructuras más profundas. Mito es incluso la Naturaleza, el paisaje. «Desmitologizar» una religión equivale a banalizarla, a reducirla a la anécdota o al filosofema. Es seguirse moviendo todavía entre las categorías unilaterales de* historicidad *o* ficción *e ignorar los demás modos de dación de las realidades. Es seguir suponiendo tácitamente que lo real en cuanto tal es lo que más se asemeja a lo mineral.*

A poco que se reflexione se descubre que lo mineral, lo cósico y material, no puede servirnos nunca de patrón-medida de lo real, entre otras cosas porque no existe *así como nos aparece. Su aparente densidad, su cohesión, su resistencia es una resultante sensorial compleja, que se disuelve bajo el foco del microscopio.*

Más bien son las realidades dinámicas las que presentan mayor coeficiente de realidad, *por ejemplo, la vida concreta, realizándose en un ser vivo, los actos humanos inteligentes y éticos, la persona humana, las constelaciones de sentido... No puede decirse que una persona sea* real *gracias a sus ele-*

mentos físicos y materiales, sino al contrario, que éstos son reales gracias a hallarse asumidos e integrados en una unidad dinámica superior.

La experiencia estética nos pone además en presencia de entes materiales y cósicos cuyo ser específico es dar expresión a un sentido que los trasciende y eleva a una esfera superior. De aquí puede pasarse a descubrir que el mundo todo, y cada uno de los entes que lo constituyen, deben su realidad al hecho de ser expresiones *de un trasfondo más profundo y trasmaterial. Toda la Naturaleza y la Cultura se convierten así en una constelación expresiva de sentidos, en haces de disponibilidades expresivas. Pues bien, una de estas disponibilidades —íntimamente ligada, de otra parte, con la expresividad morfológica de la Naturaleza; piénsese por ejemplo en la expresividad del sexo, considerado en su mera corporeidad—, aunque a otro nivel y según otros ritmos, es el* Mito.

El Mito da expresión a sentidos inefables, incluso los realiza. El Mito no representa, sino que hace presente. No finge, sino que formaliza. No imagina, sino que detecta.

Sin mitos no puede vivir una sociedad, se trata de mecanismos de creación de vida y no de meras defensas (el error del Psicoanálisis es el haber atribuido al mito una finalidad meramente subjetiva, la de resolver conflictos de carácter competitivo-familiar). A la luz de una fenomenología etnológica posee el Mito un valor eminentemente social, la función de hallarle un sentido e imprimir un ritmo de vida a la realidad intersubjetiva humana y cósica, abrirle un horizonte de trascendencia en la

circunstancia opaca y asfixiante de las necesidades físicas perentorias.

Para la mentalidad arcaica no es nunca la Naturaleza objeto de una explotación material, como lo es para la nuestra, una realidad meramente natural, *neutra, fáctica; para la mentalidad arcaica presenta siempre la Naturaleza un carácter sagrado, trascendente y expresivo de trasfondos superiores. Tampoco el símbolo es para ella el resultado de una convención más o menos fundada en semejanzas naturales, sino que es la cosa misma simbolizada en una participación cuasi-sacramental.*

Así la Naturaleza se halla poblada de presencias hierofánicas, cargada de mensajes trascendentes. Incluso las acciones humanas carecen de sentido si no reproducen y homologan los gestos primordiales, mítica y ritualmente transmitidos, de los dioses y los héroes civilizadores a quienes el grupo debe su existencia y su subsistencia. Gestos que sucedieron fuera de la duración profana y que por su repetición reintegran al tiempo mítico el anodino tiempo degradado de la vida presente, donde las acciones se aniquilan constantemente sin historia.

La historia *es para las sociedades primitivas y arcaicas lo que para nosotros es precisamente lo no histórico: las acciones y gestos arquetípicos realizados en el tiempo mítico y que por ello son perfectamente repetibles. En cambio las acciones irrepetibles, nuestras acciones que se van disolviendo incesantemente en el pasado, carecen de calidad histórica. Esta mentalidad, exactamente opuesta a la nuestra, nos ayudará a resolver más de un problema exegético en los once primeros capítulos del Génesis.*

Por eso la sabiduría mítica milenaria constituye la primera Filosofía de la Historia. Descubre una estructura específica del hombre, su trastemporalidad. Las dimensiones fundamentales del existir humano no se agotan con la vida superficial, inmersa en tiempo físico, histórico y matematizable, sino que su fondo fluye por cauces trastemporales y el hombre siente a veces el tirón de la trastemporalidad como una vocación, como un contrapunto de su ritmo histórico.

Si no viviéramos con alguna raíz de nuestro ser fuera del tiempo, se nos haría imposible la conciencia misma del tiempo, del pasar *del tiempo y no podríamos realizar continuamente la síntesis entre pasado y futuro. Y ello explica, además, la realidad de los presentimientos, los sueños anticipativos del futuro, la unidad sintética de la persona, por encima de los instantes, las épocas y las acciones. Mircea Eliade lo ha visto y expresado perfectamente: el hombre se ve en otras muchas situaciones que rebasan la mera situación* histórica: *el estado de ensueño o de melancolía o de goce estético o de evasión no son estados «históricos», aunque sí tan auténticos e importantes para la existencia humana como lo histórico.*

Además el hombre conoce dentro de la existencia en situación histórica diversos ritmos temporales y no sólo el trascurso del tiempo físico-histórico. Basta con enamorarse o sumergirse en una sinfonía o participar en una liturgia para salir del ritmo del tiempo físico y reintegrarse al eterno presente del amor o de la religión. Se ha concluido demasiado precipitadamente que la autenticidad de una existencia depende únicamente de la conciencia de

su propia historicidad, de su propia facticidad histórica, cuando precisamente esta conciencia histórica juega un papel bastante modesto en la conciencia humana, siendo los mitos y los símbolos el alimento fundamental y casi continuo de la misma. Cuanto una conciencia se halla más despierta tanto más supera su propia historicidad, y en los mitos y arquetipos se le revelan siempre situaciones límite (más allá de las meras situaciones históricas).

* * *

A causa de esta visión superficial, historicista, de la situación del hombre en el universo, sus raíces espirituales, las raíces espirituales de nuestra existencia se han secado. Hemos dejado perderse el sentido de los Mitos y el sentido del Misterio, por eso nos hemos hecho incapaces incluso de vivir —los creyentes— algunas de las actitudes y representaciones básicas del Cristianismo, que presupone una capacidad general humana para asimilarse, comprender en hondura y vivir las realidades religiosas. El hombre actual no puede ser religioso porque la matematización de la existencia, es decir, su fisicalización superficial, y la hipertrofia de los mecanismos industriales han cortado su comunicación con la tierra madre —y virgen— de sus constelaciones míticas.

Recuérdese siempre que el Mito tiene muy poco que ver con la ficción. *No es fábula —aunque lo fabuloso puede servir en algún caso, no siempre, de vehículo expresivo—, sino como dice muy bien Jensen:* Vergegenwärtigung, *es decir, actualización, presencialización simbólico - dramático - ritual de*

acontecimientos primordiales y constitutivos de la realidad del hombre y de su circunstancia (B). El Mito no es una «invención», sino una expresión coherente y viva según el único lenguaje que el Inconsciente tiene a su disposición, el de los arquetipos y símbolos de las realidades más profundas, de las estructuras más íntimas personales y situacionales, de las reacciones más fundamentalmente constitutivas para la existencia humana.

* * *

El Mito no sólo ni principalmente enseña, *como puede enseñar una crónica o un catecismo, sino que produce una* vivenciación *colectiva. Esta es su propiedad principal. En virtud de su estructura esencial, unida muy estrechamente con los ritos, con los ritos iniciáticos sobre todo, el grupo revive en los mitos, cuando en prolongadas y dolorosas sesiones (que a veces duran semanas y meses enteros) son narrados y dramatizados en presencia o con la colaboración activa de los jóvenes iniciandos, los orígenes del propio grupo, de los elementos que lo mantienen en la existencia, e incluso los orígenes del cosmos y sus múltiples relaciones totémicas. Mediante esta reviviscencia se libera el grupo de la superficialidad y la banalidad y adquie-*

(B) Cfr. Adolf E. Jensen, *Die getötete Gottheit* (Stuttgart, 1966) p. 78; del mismo: *Mythos und Kultur bei Naturvölkern* (1951) y de varios especialistas reunidos por Kurt Hoffmann: *Die Wirklichkeit des Mythos* (München-Zürich, 1965); Karl Kerény, *Die Eröffnung des Zugangs zum Mythos*, Darmstadt, 1967 (obra importantísima por recoger las teorías sobre el mito de los principales filósofos e historiadores a partir del siglo XVIII).

re una conciencia operante del sentido superior que sus gestos, sus realidades y su existencia misma poseen.

Incluso a nosotros, modernos, puede el Mito comunicarnos una sabiduría superior que ninguna ciencia puede alcanzar, pues precisamente al habernos hecho positivos en nombre de una ciencia de la superficie, hemos perdido la noción, la vida y la savia que había de venirnos de las profundidades. Por eso el mundo está roto, según expresión de Marcel. Rotas están las raíces de nuestro espíritu.

Morenhoven, 12 de septiembre de 1967.

LUIS CENCILLO

INTRODUCCION *

I

Preocupa el mito a los hombres desde que saben que no tiene realidad. «Mythos» significa «narración», y la es de lo que no ha acontecido. Desde que algunos hombres, en alguna parte, se han dado cuenta de ello, comenzaron a buscar las causas o motivos por los que un mito pudo ser creído. Encontraron en los mitos tantos elementos irracionales, que repugnaba que el «animal racional», se les hubiera adherido: dioses que asumen formas animales, que nacen de una manera inexplicable, que cometen crímenes, que se dejan arrastrar por las pasiones y los vicios, que experimentan sufrimientos, que permiten la rebeldía de los hombres y aun

* Del autor.
NB.—El autor dejó proyectadas una serie de notas que no llegó a desarrollar y que, completadas por el editor, siguen el orden alfabético. En éstas las palabras originales del autor van en letra bastardilla. Las demás notas que siguen la numeración ordinal en guarismos, son acotaciones y aclaraciones que el editor ha juzgado necesarios para una mejor inteligencia, actualizada, del texto original.

son a veces vencidos por ellos, que sienten miedo... Nada de esto parece tener un sentido racional.

Entonces comienzan las especulaciones para encontrar, o por lo menos para explicarse el origen de tan peregrinas historias. Los filósofos griegos, algunos escritores cristianos, los humanistas del Renacimiento, ciertos sabios modernos de la época romántica, algún literato o pensador, y hasta algún etnólogo más reciente, acuden a la alegoría —los mitos serían dramatizaciones alegóricas de fenómenos físicos (Teágenes de Regio, Voltaire, E. von Hartmann) o verdades filosóficas (Porfirio, Aristóteles, Creuzer), o de las revoluciones de los astros (Duprés, Max Müller, los pambabilonistas).

Euhemero y sus seguidores paganos, muchos cristianos y algunos modernos, buscaron una explicación histórica: los dioses habían sido personajes reales que dejaron huella en la memoria de la posteridad; los mitos, acontecimientos ampliados y modificados por la imaginación de las gentes.

En la creación de los mitos, según Max Müller y su dilatada escuela, intervienen de un modo decisivo la metáfora y la falsa etimología: los dioses descienden de las palabras, *nomina numina;* la mitología es una enfermedad del lenguaje... Ya los indios y los griegos habían caminado por esta senda.

Guillermo Mannhardt ve en todos ellos los espíritus de la vegetación, y se coloca, más o menos, en la línea de aquellos que tratan de explicar el mito por el rito: cuando se ha perdido la memoria del origen de una ceremonia religiosa o mágica y de los propósitos que le dieron nacimiento, se inventa una historia para explicarla.

Por fin, una larga serie de sabios —los positi-

vistas— cuyo origen se hace remontar al Inca Garcilasso de la Vega, al jesuíta Lafiteaud, a Fontenelle, al presidente Des Brosses, y en la que podemos contar al flósofo Hume, a Gottfried Müller, a Mac Lenrian, Tylor, Spencer, Andrew Lang, Robertson Smith, Frazer, fue creando y desenvolviendo las doctrinas de la «escuela antropológica», la más estimada, la que goza de mayor autoridad, precisamente por su falta de imaginación. No se les puede negar saber, talento, ingenio o sutileza en las combinaciones, pero sí puede culpárseles de una suerte de especial incapacidad para la metáfora o, cosa semejante, de obstinación en querer ver las cosas por fuera, en pretender explicarlas de fuera a dentro, y de una falta absoluta de simpatía. A veces, llega uno a creer, leyéndoles, que la ciencia enfría el cerebro y lo esteriliza por congelación.

Mediante el «totem», el «tabu», el «mana» y otras concepciones «salvajes», mitad descubiertas, mitad inventadas, llegaron a la de una «mentalidad primitiva» o «prelógica», cuyo teórico principal fue Levy-Bruhl, de la escuela sociológica francesa de Durckheim, hipótesis cómoda para salir con facidad del paso... La «mentalidad primitiva» es la *virtus dormitiva* que da nacimiento a las representaciones mitológicas.

Todas estas teorías tratan de explicar el mito en cuanto error; pero no es esto lo que hemos de tratar aquí, sino precisamente lo contrario.

Todas ellas pueden tener razón y es completamente indiferente que la tengan —aunque sería terrible, más que terrible, depresivo, que la tuviera la escuela de Durckheim—. Probablemente, con cada una de ellas se pueden explicar satisfactoria-

mente tales o cuales hechos. Existen en las creencias de los diversos pueblos, casos indubitables de alegoría, de error en el significado de las palabras, de ritos referidos a un origen divino, de personificación de las «fuerzas de la naturaleza», de descripción dramática del curso del sol o del año, o del ciclo de la vida vegetal, y aun también de magia simpática o contagiosa, de totemismo, de pre-animismo. Nada de ello nos importa aquí. Todos son aspectos que el mito presenta por fuera; el método comparativo de la escuela antropológica positivista, en realidad, sólo puede aplicarse a estos aspectos. Dejemos pues, en pie, todas esas teorías, para que se debatan en el terreno de la interpretación científica, si ésta quiere darlas por suficientes, que en eso no hemos de meternos.

II

Sin embargo, he aquí un mitólogo moderno y científico que nos dice lo siguiente:

«Mythos», o sea propiamente «narración», significa, como a menudo se define, narraciones acerca de los dioses, pero más que historia de seres divinos, que es lo que «en sentido más estricto» se suele designar como mito, una narración que expresa la relación vital profundamente secreta entre el hombre y la divinidad, entre la esfera humana y la divina.

Ya se trate o no de divinidades, o de relaciones humanas, o más bien de un sector de la naturaleza

que emerge o culmina en el ser humano (1), siempre habrá que reconocer como fundamental que el mito se afana por expresar la relación de lo humano con algo divino no sensible, en forma de narración. No es necesario que se trate de seres divinos personales, sino de la fundamentación del ser humano en lo que está fuera de lo sensible... Y es también la relación mutua entre estas dos partes del ser, lo sensible y lo no sensible relación que, según lo observado en muchos primitivos, parece ser la idea original, tanto que la influencia de lo divino no sensible en lo humano no aparece menos fuertemente acentuada (2).

---

(1) Con esta expresión, poco transparente para nuestra mentalidad moderna, se está refiriendo el autor al nivel más profundo de la realidad, aquel en que, según la mentalidad arcaica, los entes no se hallan aún totalmente diversificados, sino que participan todos en todos, como condensaciones de una común energía cósmica, en la absoluta unidad orgánica del Todo que culmina en la autoconciencia humana. El mito, de otra parte, no es una mera *narración* fabulosa, como una etimología superficial podría inducir a creer, sino una condensación simbólica de las relaciones profundas entre el grupo humano y el cosmos, o sus instituciones y medios de vida esenciales, o sus dioses y espíritus expresada dramáticamente y ritualmente repetible. El mito con su dinámica ritual, y gracias a ella, puede hacer vitalmente asimilable al grupo en cuestión una conciencia profunda de las raíces de su existencia, y puede además *hacer presentes realmente*, diversamente homologados en diversos tiempos y lugares, los acontecimientos o gestos primordiales que dieron sentido a la vida de la comunidad.

(2) Esta terminología, a base de una distinción entre el nivel de lo sensible y el de lo suprasensible, es de origen platónico y obedece a una mentalidad muy posterior a la de las culturas arcaicas. Para esta mentalidad mágica y mítica son también *sensibles* o perceptibles los dioses, los espíritus y las fuerzas cósmicas profundas: todo lo que es en alguna manera *real*, es en alguna manera perceptible sensorialmente (al mismo San Agustín le resultó especialmente laborioso el llegar a la idea de un espíritu absoluta-

Los mitos no han de ser mirados, sin más, como productos de la fantasía..., sino como productos de una esforzada marcha del pensamiento, por medio de la cual los problemas que preocupan al hombre (no sólo en sus grados inferiores de evolución, sino en todos los grados de formación espiritual) son traídos a una solución visualmente representable.

He aquí algo que indica un camino diferente: una aproximación al menos, a la consideración de los mitos desde dentro. Porque aunque es indudable que nos interesa su origen histórico o psicológico, no tenemos inconveniente en dejarle a la ciencia ese terreno, para que lo estudie con los métodos que para ello ha creado. Mas también podemos preguntarnos —y es ello el tema de nuestro

---

mente inmaterial y no sensible). Tampoco pueden estas realidades considerarse como "trascendentes" al cosmos, puesto que aparecen como constituyéndole en su ser o en su acontecer. El concepto de *Trascendencia* se ha de ir, por el contrario, insinuando laboriosamente también, a lo largo de los libros de la Sagrada Escritura: es una categoría existente únicamente de un modo reflejo y claro en el pensamiento indio y en el judeocristiano. Los dos planos en relación y en tensión a que el autor hace aquí alusión, podrían más precisamente denominarse "plano de lo profano" y "plano de lo numinoso", y el hombre sería para esta mentalidad aquel ser privilegiado en el que precisamente lo numinoso puede hacerse constantemente presente en el seno de lo profano (recuérdense, por ejemplo, los innumerables dioses que según la mitología romana arcaica presiden todas y cada una de las acciones y partes de ellas de cada uno de los oficios y actos cotidianos de la existencia humana). El ser humano intuye constantemente a través de lo cotidiano y banal un mensaje más profundo, numinoso, de modo que la vida cotidiana y el mundo natural pueden constituirse en una *hierofanía* continuada, que dé a todas las acciones la calidad de un *rito*. Por esta razón precisamente toda la vida arcaica se halla ritualizada.

estudio— si en los mitos no hay más que error del entendimiento y delirio de la imaginación, si además de su cara externa no tienen otra interna en la que aparezca algún género de verdad.

III

Merejkowski, en su libro sobre la Atlántida, se pregunta qué es el mito, qué nos dice el mito... «El mito —dice— es el vuelo, la dialéctica, la escalera. Las alas del mito nos llevan a cimas indestructibles; el ojo del águila descubre los límites de la tierra y del cielo, el comienzo y el fin de todas las cosas. ¿Qué es un mito? ¿Ficción, mentira, cuento para niños adultos? No; es el ropaje del misterio. En Platón sólo las verdades inferiores se pasean desnudas; las verdades superiores están revestidas de mitos, que les permiten a todas transparentarse a través de la ficción como el cuerpo a través de un tejido sutil.

«Hay allí una paradoja incomprensible para todos los «Aristóteles»: la sagrada envoltura del pecado, la verdad —de mentira.»

Yo no creo que el mito sea un «revestimiento», un ropaje, una «envoltura». Porque si el misterio, revestido de mito, se transparenta como el cuerpo a través de un tejido sutil, ¿para qué esta envoltura que nada esconde? Solamente si las cosas fueran como, un poco artificialmente, las presenta Creuzer, tendría razón de ser este ropaje. Si una casta sacerdotal, para perpetuar su saber confiándolo a la memoria del pueblo, lo escondiera en relatos alegóri-

cos, que las gentes aprendiesen como tales relatos de lo acontecido, ignorando su verdadera significación, y así lo fuesen transmitiendo a las generaciones sucesivas, de manera que el pueblo fuera dueño de un tesoro cuyo valor desconociese y lo conservase aun después de desaparecidos los iniciados capaces de declararlo, hasta que viniese a dar a manos de inspirados o videntes que lo descubriesen, entonces podría hacerse que el mito es un simple ropaje.

Pero es indudable que en el mito hay algo por encima de la inventiva de los hombres, por encima de la habilidad de combinación de los propios sabios, en el verdadero sentido de esta palabra.

La relación entre el mito y el misterio es absolutamente cierta. Lo verdaderamente interesante para el hombre —y acaso lo entitativo— es el misterio. Sabemos, o por lo menos sospechamos sin refutación posible, que lo que actúa realmente en el fondo de las cosas se esconde a nuestras facultades ordinarias. Es decir: es el misterio.

Lo interesante en él no es precisamente su capacidad de ser descifrado —esto es lo que quieren los científicos, es decir: hacerlo desaparecer—, sino ser percibido en su presencia y como tal respetado. El misterio no es tan sólo lo desconocido. No todo lo desconocido es misterio, sino aquello en que adivinamos algo superior. Precisamente, aquello que puede ser percibido como «relación vital profundamente secreta de lo humano con algo divino no sensible», que es lo que habíamos aceptado como acertada definición del mito. El misterio es eso, y sólo es sabio el que percibe su presencia y se inclina ante él. Disolver el misterio en causas físicas es ignorancia y estupidez. Porque, aunque, en efecto,

actúen causas físicas, si todo se atribuye a ellas, se ignora lo que además de ellas está obrando, acaso, algunas veces, valiéndose de ellas como instrumento, pero permaneciendo detrás. Así, quien no ve más que aquellas causas, renuncia a la verdad profunda por la verdad aparente. Es lo que hacen la interpretación naturalista clásica de los mitos y la escuela antropológica positivista.

Hay que convenir en que el mito es verdad, y acaso no, como dice Schelling —que tan profundamente estudió este asunto—, un momento en el conocimiento de la verdad, una etapa en la evolución de la conciencia, sino un género de verdad y una clase de conciencia. Pero es que el mito es también mentira, en el sentido de ser narración de lo que aconteció. He aquí la paradoja de que habla Merejkowski. Mas he aquí que, por una parte, si el mito es al fin, aunque sea inspirada, obra de hombres, creación humana, ha de participar de la paradoja del hombre y ser a un tiempo mentira y verdad; y, por otra parte, si no fuese mentira, no sería un género de verdad, sino la verdad.

IV

¿Cuál es la verdad del mito? Los mitos son versiones del misterio de la vida, respuestas que el hombre adivina y no entienda porque no se pueden expresar en el lenguaje corriente las cosas que quieren decir. El mito tiene un sentido vital: es una dramatización de los intereses supremos del hombre.

No es una historia que aconteció, sino que acon-

tece: es el modo de acontener los hechos, de desarrollarse las cosas.

No refiere, como la historia, lo que sucedió una vez, sino que un mito es como un drama que puede tener un número indefinido de representaciones: el drama solar —el mito de Osiris y Typhon— se viene representando diaria y anualmente desde que cielo y tierra fueron creados, y lo que ese drama celeste significa aquí abajo, se ha desarrollado infinidad de veces entre los hombres.

No declara la verdad aparente —que es la fundada en una falsa interpretación de las apariencias y hecha en odio a las apariencias—, sino la verdad profunda por la cual las apariencias son como son. Por esta razón, el mito es más verdadero que la ciencia, porque ésta lo es de lo material y mira tan sólo a lo que aparece para disolver su apariencia en elementos hipotéticos, reduciendo el mundo a un juego de fuerzas, esto es, a algo informe, de lo que resulta que el mundo real, o sea, el que efectivamente vemos, es mito, por cuanto es forma viviente y por cuanto la ciencia no lo tiene por real. De modo que pudiéramos decir que, para quien sabe verlo, el hecho real se comporta como mito.

Y como si el mundo de fuerzas mecánicas imaginado por la ciencia existiera realmente, existiría para dar lugar al mundo tal como lo vemos —es decir: el mundo de fuerzas tendría su razón de ser en el mundo de las formas, el mundo científicamente experimentable en el mundo sensible, el mundo del laboratorio en el mundo del ojo—, resulta que el mito es la finalidad de la naturaleza, se halla con ésta en relación teleológica, significa su destino real y verdadero.

Pero también es lo mismo con respecto al espíritu. Contiene o, mejor dicho, expresa verdades que acaso no estén ni hayan estado en lo que llamamos la realidad exterior, verdades, internas, que están en el espíritu objetivo. Expresa maneras universales de sentir, de apreciar y de verificarse, de realizarse lo que sucede, actitudes eternas, connaturales con el hombre.

Los mitos son los modelos paradigmáticos de los hechos: todo lo que sucede realiza el sentido de un mito. Tal hecho ha sucedido o no, pero, si sucede alguna vez, ha de ser como el mito lo dice. Por eso el mito es profético. La guerra mundial que acaba de pasar, estaba prefigurada hasta con detalles en el *Mahabharata* y en el *Ramayana*. Tenía que ser así, porque el mito es la forma primordial y previa de la historia, es la epopeya que dice lo esencial, lo significativo, lo que indica el sentido, el sentido mismo. Se refiere principalmente al origen y al fin de todas las cosas y nos enseña el modo de comportarse las verdaderas fuerzas creadoras y destructoras.

El mito es el tipo de la historia y nada puede realizarse que no esté prefigurado en el mito. No hay acontecer humano, en la vida individual o en la colectiva, fuera de las direcciones que el mito señala y de los caminos que traza. No ya los pueblos y los imperios; cada uno puede ver en él lo que ha de sucederle: tal o cual mito ha de ser puesto por mí en ejecución, en cuanto se den las circunstancias precisas.

Mas también, si cada uno sabe mirar en el fondo de su alma, hallará cómo el mito se refleja en el espíritu subjetivo. El drama interior de cada hom-

bre está figurado también, desde tiempo inmemorial, en el mito: todos los modelos de conducta y todos los modelos de sentimiento, porque los mitos son las formas necesarias, universales y permanentes de la naturaleza humana.

V

De todo lo cual se desprende que la mentira del mito es tan sólo aparente, y depende de una falsa interpretación.

El mito expresa lo que no puede ser expresado con arreglo al pensamiento racional. La razón da rodeos y el mito es un lenguaje directo, es el lenguaje de la intuición, de la inspiración, de la iluminación, que nos hacen percibir lo que la razón no percibe. Pero como el lenguaje ordinario está conformado para la razón, todo intento de interpretación en este sentido nos llevará al error.

¿Quién arguye de mentira, seriamente, a la poesía? Pues la actividad poética y la actividad mítica son las mismas. Cuando el poeta toma en serio, hace simple juego. El que cree en lo que crea, aquel a quien lo crea se le presenta como inspiración, y cree que lo que crea lo adivina, mitifica.

Dice Schelling a este propósito: «Mitología y poesía son una sola y la misma cosa; todo lo esencial por lo que la poesía moderna cede ante la antigua, se resume en una palabra: no tenemos mitología.»

«Frente a la Religión revelada —dice también— se levanta en el paganismo, no una pálida negación, sino algo positivo de otro género. Esto otro y sin embargo análogo era todavía el proceso mitológico.

Positivas potencias reales gobiernan en éste. También es este proceso una fuente de inspiraciones y solamente por ellas se pueden concebir las producciones en parte gigantescas de aquel tiempo. Obras como los monumentos egipcios no nacen como las cuevas de estalactitas por el solo transcurso del tiempo; el mismo poder que hacia dentro creó las representaciones en parte colosales de la mitología, hizo surgir vuelto hacia fuera las empresas artísticas audaces que sobrepasan todas las medidas de los tiempos posteriores.»

¿Quién arguye seriamente de mentira a la creación artística? Cuando el poder es desproporcionado a los medios de que dispone, cuando la carga de espíritu es superior a lo que puede hacerlo perceptible, necesariamente se expresará de modo que sobrepase la comprensión que quiera atenerse a los procedimientos ordinarios. La multitud de brazos de los dioses indios no han nacido de una idea falsa, sino de la incapacidad de lo meramente visual, o de la semántica usual, para traducir ciertas concepciones metafísicas a que no alcanzan el lenguaje ni la plástica. Aquí se manifiesta el contraste entre lo que en sanscrito se llama, respectivamente, rupa y arupa, que, probablemente, es erróneo traducir por «forma» y «sin forma», ya que nada hay sin forma que exista en acto (3). El aspecto extraño que adquiere la verdad en el arte, en la poesía y en el mito, obedece a esa causa.

---

(3) En este punto hace valer el autor un principio del sistema tomista que no conviene absolutizar y que desde luego carece de vigencia en el pensamiento oriental, que no se rige por el esquema *posibilidad-actualidad*, sino por el de *inmanifiesto-manifiesto*, principalmente.

Por eso sabemos y damos por obvio que la poesía y el arte poseen una verdad propia, aunque se hable de sus bellas mentiras. Que también la belleza es un modo de verdad y muchas veces un criterio de verdad.

Los mitos son ciertamente, como ha dicho Keyserling, productos de una esforzada marcha del pensamiento, y explica por qué verdad y mentira tienen diferente significación en Oriente y en Occidente: «El oriental genuino no percibe inmediatamente el concepto moderno occidental de verdad ni puede percibirlo, pues desde su punto de vista una mentira empírica puede resultar la más veraz expresión de sentido». El llegar a comprender esto es una indudable superioridad que acaso no deba atribuirse, sin más, a la especial estructura de la mente oriental, tal como haya resultado de la herencia o de la educación, sino al refinamiento alcanzado por pueblos muy viejos, como los orientales que Keyserling llegó a conocer.

VI

Con toda intención he dejado para este lugar una teoría interpretativa de los mitos, que supone en ellos un contenido de verdad. Es una teoría judeocristiana que tiene dos formas: la propia de los judíos helenizantes, como Aristóbulo y Philon, que veía en los mitos griegos plagios desfigurados de la Sagrada Escritura, y la de algunos Padres de la Iglesia, que supone que son restos de la verdadera revelación primitiva.

Las huellas de esta revelación primitiva en los

mitos son tan patentes, que sería temerario ponerlos en duda. Para crear mitos, es necesario haber perdido la explicación primordial de las cosas, que sin duda alguna existió, y no se limitó a las verdades de orden religioso, sino que se extendió a todo aquello que era necesario para los primeros hombres, empezando por el lenguaje. Observa Eugenio d'Ors la imposibilidad de que una simple evolución del sonido animal o del grito haya hecho aparecer un léxico en ningún punto de la tierra, y que tampoco hay posibilidad, psicológicamente hablando, de que una mente cualquiera haya dado un nombre que deba preceder a la consideración aislada del objeto; que el hombre solo no puede haber descubierto el principio de contradicción; que «tampoco hay posibilidad del cálculo del tiempo sin la revelación de una permanencia en el sujeto mismo, noción que la experiencia espontánea no puede proporcionar»; que no es posible que «un dibujante cualquiera posea el contorno de una imagen, si esta imagen no corresponde a otra anterior». La revelación primitiva tuvo que alcanzar a estas y a otras muchas cosas que constituyeron la ciencia primordial, la ciencia de los Patriarcas, en muchos puntos superior a la nuestra.

Son varios los que han supuesto este saber antediluviano tan extraordinario, que superaba intensamente todos nuestros conocimientos, nuestros inventos, nuestras leyes, nuestras artes bellas y útiles, hasta el punto de que todo lo más que nosotros hacemos es redescubrir fragmentos de aquel saber

perdido. Bailly, Federico Schlegel y René Guénon (4) lo creyeron así, y hasta aportaron algunas pruebas sorprendentes. Es una idea de la baja Antigüedad, que sostuvieron Posidonio, Plutarco, Máximo de Tiro, según la cual las artes habrían sido inventadas en la Edad de Oro, y en Homero se encontrarían todas las doctrinas de los sabios de aquellos remotos tiempos.

Aunque así no fuese, parece necesario admitir que, si la familia de Adán, al salir del Paraíso y hallarse colocada en condiciones desfavorables, tuvo que crearse una cultura material que antes no le hubiera hecho falta, en cambio, su cultura espiritual era forzosamente muy superior a la de los pueblos que más adelante salieron de ellos (5).

---

(4) En general el movimiento cultural en torno al Idealismo Alemán, el de Schelling sobre todo, Schlegel profesó la tendencia a volver a las fuentes de inspiración de la religiosidad antigua y reunir así el Logos griego con la Mística germánica medieval, el Humanismo y la Religión, la Antigüedad y el Cristianismo (cfr., por ejemplo, *Sobre los límites de lo Bello*, en "Neuen teutschen Merkur", 1795). Entre otras diversas obras de carácter monográfico puede consultarse *Symboles fondamentaux de la Science Sacrée* (Paris, 1962), de René Guénon, una colección póstuma de trabajos que se refieren a sus estudios comparados entre las diversas "tradiciones" arcaicas. Según este autor, existen diversos focos de tradición primigenia en la Historia que vienen a coincidir con las grandes culturas, incluida la mejicana, la mongólica y la australiana. El origen de estas tradiciones que han ido iluminando a la Humanidad desde diversas perspectivas podría deberse o a diversas revelaciones originarias o a diversas situaciones privilegiadas en las que algunos genios religiosos o poéticos habrían intuido la verdadera naturaleza de algunas estructuras básicas de la existencia.

(5) Por lo que se refiere a exégesis bíblica habrían de ser completadas y reinterpretadas las afirmaciones del autor, a la luz de las últimas investigaciones y corrientes dentro de la misma Teología católica. El autor profesa aquí,

También es preciso admitir que la cultura material se desarrolló bastante rápidamente, pues ya los hijos de Adán practicaron la agricultura y el pastoreo, y Caín levantó la primera ciudad (6). Por lo tanto, no cabe duda que hubo una degeneración de una gran parte de la humanidad primitiva, es decir, de todos aquellos núcleos que se fueron despren-

---

como era natural, la actitud propia de los fieles del período preconciliar, hoy enteramente superada por los trabajos de los especialistas. No hace uso, por ejemplo, al tratar estos puntos delicados y oscuros, de la clave que pudiera aportar la consideración del género literario a que cada libro de la Escritura pertenece. En el caso concreto de los primeros capítulos del "Génesis" se admite comúnmente hoy que no se trata ni se podía tratar de una narración histórica al modo como hoy se entiende, donde la sucesión cronológica y la historicidad cotidiana de los hechos comprobados es requisito esencial. En la época a que la narración del "Génesis" pertenece —aún más antigua que la redacción del libro mismo inspirado— no existía tal concepto de narración histórica, luego mal podía haberla concebido el autor o los autores al modo de la historiografía moderna. La concepción de un relato histórico era entonces la de una presentación de una serie de *arquetipos* míticamente relacionados y cargados de significado simbólico, que explicasen etiológicamente las situaciones constitutivas y estructuras básicas del grupo o de la Humanidad. Con esto no se dice que este relato no pueda contener verdad histórica, pero ello no sería en virtud de la intención del hagiógrafo (que no *podía tenerla* a nuestro modo y según el método actual de escribir *historia*), sino en todo caso en virtud de un *sensus plenior* no pretendido por él. Por lo demás, los decretos de la Comisión *De Re Biblica* de 1909, han sido ya hace doce años mitigados oficiosamente por el Secretario de esta misma comisión declarando que expresan el estado de la exégesis católica de la época y en todo caso el celo de la Comisión romana por la pureza de la fe, siguiendo entonces una doctrina más segura *(tutior)* en las circunstancias en que entonces se hallaba la Teología.

(6) Es evidente que la situación social y cultural que entre los sucesores de Adán y de Caín se describe es propia del período Neolítico. No expresa, pues, el Libro sagrado una verdera sucesión cronológica, sino que trata de relacionar

diendo del núcleo humano original familiar primitivo, único (7) que conservó la primitiva revelación. Las culturas que nos hace conocer la prehistoria es la de esos grupos degenerados. En cambio, en el núcleo humano original y en sus descendientes que permanecieron adheridos a la primera, muy superior, aun en lo material, a la que revela la prehistoria y muy semejante a las grandes culturas antiguas en sus comienzos. Esta es la gran cultura de las Patriarcas Antediluvianos, que se conservó en línea ininterrumpida hasta Noé, y por Noé pasó a sus descendientes. Numerosas leyendas extra-bíblicas atribuyen a aquellos hombres los grandes inventos y los orígenes de las ciencias y artes, lo cual prueba una tradición común al género humano que nos da noticias fragmentarias de aquellos tiempos.

Los núcleos humanos que, antes o después del Diluvio, se iban desprendiendo del primitivo, fueron adulterando y hasta olvidando aquella cultura original pero en los mitos que, a causa de su forma narrativa se conservan con facilidad en la me-

---

con el tronco común de la Humanidad, a quien se refiere toda la Historia de la Salud, tema único de la Biblia, todas las manifestaciones culturales que alguna vez tuvieron lugar.

(7) A la luz de las investigaciones actuales de Historia comparada de las Religiones tampoco puede afirmarse la exclusividad del depósito de la revelación primitiva atribuida a un solo grupo humano —el de los Patriarcas en este caso—, pues no sólo existen coincidencias dignas de ser consideradas entre las diversas tradiciones religiosas, sino que los autores bíblicos —muy posteriores a todas las demás religiones arcaicas— fueron recogiendo elementos de sus narraciones, símbolos y figuras expresivas de las culturas vecinas de donde procedían o con las que se relacionaban. Así, por ejemplo, la Angelología bíblica no se desarrolla hasta la deportación del pueblo judío a Persia.

moria, acaso muchas veces en forma versificada, se incrustraron algunas de las verdades fundamentales, más en consonancia con las cuestiones que preocupan permanentemente al hombre.

No es extraño, pues, que la Mitología, verdadera ciencia del hombre arcaico, pueda seguir siéndolo todavía para nosotros.

VII

Hay aún, entre los Santos Padres, otra explicación para la coincidencia de los mitos de los diversos pueblos y sus analogías con ciertos relatos bíblicos o con ciertas ideas cristianas. San Justino mártir echó mano, para ello, de las σπέρματα ἔννοιαι de los estoicos, gracias a las cuales, la razón humana por sí misma, puede alcanzar el conocimiento de la verdad, y algunas analogías entre las religiones pueden fundarse en la identidad de la naturaleza humana. Pues «no hay alma —dice San Justino— que no lleve en sí alguna participación del Logos» y «todas las cosas que en todo tiempo pensaron o dijeron los filósofos y los legisladores, las conocieron porque de alguna manera descubrieron y consideraron al Logos. Pero como no conocieron todas las cosas que son del Logos, es decir, de Cristo, frecuentemente dijeron cosas contradictorias».

Si despojamos esta idea de su profundidad teológica, quedará reducida, poco más o menos, a la de los *Elementargedanke* de Adolfo Bastian: ideas elementales que, en virtud de la homogeneidad física y psíquica de la especie humana, hacen que

en circunstancias análogas puedan producirse creaciones culturales —objetos, instrumentos, mitos, ritos, organizaciones, costumbres— muy semejantes, por obra independiente, en pueblos muy alejados y sin comunicación, sin relación entre sí.

No es que podamos adherirnos por entero a esta doctrina, pero tenemos que reconocer en cambio, como muy dignas de tenerse en cuenta, las consideraciones siguientes del Conde Keyserling: «Hace mucho tiempo llamó la atención de los investigadores la semejanza de los mitos de todos los pueblos y épocas. Primeramente se quiso explicar esto por razones exteriores; se atribuía la semejanza a reminiscencias de las etapas principales de la evolución de la Naturaleza, iguales en todas partes. Hoy está establecido científicamente que aquella semejanza tiene un fundamento interno: los mitos son expresiones simbólicas de procesos subconscientes del alma, de los procesos más profundos y más antiguos; éstos son comunes a todos los hombres, vienen repitiéndose desde hace milenios y, por ello, aparecen fijados en la masa hereditaria con una forma determinada, hasta tal punto que acontece que un negro demente ofrece una caricatura de los mitos griegos. Por eso aquellas series de símbolos antiguos tienen el mismo poder convincente para todo el que se sume en ellos, pues evocan algo que vive en todos, de la misma manera que la expresión escrita de una idea conocida provoca la aparición de ésta en la mente de un modo inmediato. Además, los símbolos actúan como órganos apropiados para la percepción de determinadas relaciones psicológicas y metafísicas, de la misma manera que el ojo es el órgano para

la recepción de la luz; pues sólo por medio de determinados símbolos, que no son productos arbitrarios, nos ponemos en contacto consciente con la realidad interior que les corresponde. Esta es la razón por la cual todos los sistemas de autoperfección emplean los símbolos más antiguos para la consecución de sus fines; aquéllos son orgánicamente apropiados para realizar el sentido que les corresponde.

»En estas condiciones hasta los mitos más fantásticos constituyen una expresión de realidad interior. Hasta qué punto esta realidad es profunda es otra cuestión; con frecuencia está más en la superficie que el mundo del pensamiento normal, como ocurre con la gran mayoría de los sueños, que, como tales, sólo tienen una razón de ser puramente fisiológica. Pero en todo caso se trata de realidad. No puede hacerse invención alguna que no provenga de lo que hay en el fondo del alma y no hay nada convincente que no halle en aquél inmediatamente un eco comprensivo.»

Esto es lo que Jung pretende explicar por medio del análisis del inconsciente. Resumiendo sus observaciones y adivinaciones fundamentales, he aquí lo que resulta: hay una capa profunda del inconsciente, común a todos los hombres en la que se sedimenta la vida de todos nuestros antepasados, que contiene la experiencia universal de todas las épocas, las representaciones de la humanidad primitiva, los «arquetipos», los «dominantes», las ideas de Platón (8). Si penetramos en esa capa, se

(8) Las ideas de Platón carecen, sin embargo, de este carácter inconsciente y colectivo que poseen los *arquetipos* jungianos (formas de canalizar la energía anímica, hacién-

despiertan imágenes mitológicas que constituyen los más viejos, comunes y profundos pensamientos de la humanidad, que tienen cierta vida propia e independiente, y comprenden «lo más hermoso y grandioso», que jamás haya pensado y sentido el linaje humano y también «las peores infamias y actos diabólicos» de que haya sido capaz. Por eso no es de extrañar que tropecemos con los mismos temas legendarios y mitológicos en pueblos muy distantes geográfica e históricamente, y descubramos los mismos motivos en las formaciones delirantes de los enfermos mentales, en los ensueños y en los conocimientos geniales. Para Jung, toda auténtica sabiduría se halla en el retorno a esas representaciones primordiales en concordancia con las cuales obtendremos la plenitud de la vida (9).

Por atrevida que nos parezca esta concepción, es inevitable una profunda impresión de posibilísima verdad en muchos de sus rasgos. Se acerca tanto a lo que nos han hecho sospechar otras con-

---

dola cristalizar en determinadas condensaciones simbólicas, y creados lentamente por los hábitos inveterados de las generaciones). Mientras Jung atribuye a sus *arquetipos* un carácter meramente subjetivo-colectivo, las Ideas platónicas son *realidades* supersustanciales y trasmateriales que presiden, iluminan y conforman a las estructuras del mundo sensible, en calidad de esencias de los entes.

(9) A esta plenitud de vida la denomina Jung en su principal obra, *Relaciones entre el Yo y el Inconsciente (Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten*, Zürich, 1933) "Individuación" y consiste en un haber llegado a controlar y colonizar conscientemente toda la energía psíquica, para hacerla servir eficazmente a la Mismidad *(Selbst)*, con la que tendemos a identificarnos. Con tal de que esta identificación se haga conscientemente y no quede en las oscuridades del Inconsciente, cargada de explosividad y de peligro de disolución del individuo.

sideraciones y estudios propios sobre el material mítico, que no podemos desecharla sin aprovecharla.

VIII

Hay aquí, en estos pasajes de Jung y de Keyserling, un relámpago que ilumina de pronto todo lo referente al mito y que no sé hasta qué punto ambos autores habrán captado en todo su alcance. Se trata del papel decisivo del recuerdo.

El hombre se compone de cuerpo y alma, pero el alma es alma porque es memoria. El deseo y el recuerdo son las raíces de la vida. «El deseo —dice el *Veda*— nació primero y fue la primera simiente del espíritu»; pero el espíritu fue sólo deseo, y no existencia, hasta que el recuerdo lo hizo dueño de su ser. El deseo es potencia, el recuerdo es acto; el deseo es posibilidad, el recuerdo realidad. Puede decirse que el deseo es acaecer y el recuerdo lo acaecido, pero sin algo acaecido, realizado, actualizado, nada puede mover el deseo. Es difícil decir esto de modo que se entienda, no pretendo haberlo dicho, pero así es.

En el hombre hay dos sentimientos fundamentales: esperanza y remembranza, el ansia de lo que no se tiene y la nostalgia de lo que fue. El tiempo pasa sin cumplir nunca sus promesas. Deseamos alcanzarlas, pero también recobrar la que hemos perdido y que tuvimos, hemos perdido lo que hubiéramos deseado tener, hemos ido perdiendo día a día, la vida misma y sus posibilidades de cada momento que pasó, el tiempo que fue nuestro, el pasado que hubiéramos querido que lo fuese. Siem-

pre dejamos atrás los tesoros más preciados. Por eso el deseo no se detiene nunca, camina adelante y atrás, siempre atraído por lo lejano y por lo propio, creando para conservar, soñando el bien ganado y el que se espera. El hombre aspira al infinito y su alcance es siempre limitado. Este es el desasosiego, el cuidado, de todo hombre en todo tiempo.

De esta insatisfacción constante nace el mito. Hemos dicho que es una dramatización de los intereses supremos del hombre, por eso nace el deseo.

El mito es el deseo tomando figura en la memoria. Sin duda, para crear mitos, es necesario haber perdido la significación primordial de las cosas —revelación primitiva— y afanarse por recuperarla. De aquí que en el mito encontramos sus huellas y las «apprehensiones communes» escondidas en la memoria de la especie.

El mito es el misterio de la memoria universal. Es el arquetipo de todo acontecer, de todo pensar, oculto en esas capas profundas del inconsciente colectivo, que se remonta a los primeros hombres, por lo cual los mitos nos hablan siempre de los padres, de los antepasados de las razas. Mas cuando se nos habla del «inconsciente colectivo» no hay que confundirse, porque el mito no pertenece a lo que solemos llamar, a veces, una «colectividad», sino a una estirpe.

El mito es el ensueño de las estirpes.

León Bloy creía en una transmisión hereditaria de la memoria. Las imágenes que creemos olvidadas permanecen en lo más profundo de los almacenes del espíritu, como clichés fotográficos con-

servados en reserva para el día en que será necesario que todo aparezca. Y yo creo que esta reserva misteriosa es transmitida, con todo lo demás, por vía de herencia natural. Ana Catalina Enmerich, por ejemplo, ha debido tener lejanísimos antepasados que fueron testigos oculares y auriculares de las escenas que ella cuenta. Ella se acuerda... Los Profetas fueron testigos que se acordaban del Porvenir. Y León Bloy no sospechaba a Jung ni a Keyserling, y de sospecharlos los hubiera inexorablemente condenado. Porque él llegó aquí por otro camino. Sin duda, hay aquí un gran misterio. No se sabe cómo puede suceder esto, pero es posible. En cuyo caso, el recuerdo va en la sangre; en la sangre van los arquetipos míticos (10), las ideas, los sentimientos, las experiencias, los deseos fundamentales, hechos forma viviente, como en el ensueño. La gente sabe muy bien, sin darse entera cuenta, lo que es «llevar las cosas en la masa de la sangre; los sabios sólo ahora comienzan a sospecharlo. El mito nos enseña, pues, la significación de la vida, su sentido, no su realidad, pero sí su verdad profunda.

Existe el mito, porque toda significación demanda una forma, porque la vida es creación de formas que, de no poder tomar realidad apropiada en el mundo palpable, se expresan en un modo superior de realidad, como figuras ejemplares capa-

(10) Los *arquetipos* jungianos carecen de contenido concreto, según repite este autor frecuentemente a lo largo de toda su obra; no se trata de imágenes, sino de formas de canalización de la *libido* (energía psíquica) creadas filogenéticamente —y es éste uno de los puntos más flojos y controvertidos de su teoría— por la repetición generacional de hábitos de reaccionar, sentir e imaginar.

ces de explicar y ordenar el acontecer. De aquí la potencia creadora del mito, que produce formas en la realidad, porque les da un sentido.

IX

La interpretación que aquí va a intentarse, es posible que se parezca en algo a la de Creuzer, pero sin duda más a la de Bachofen. Sin embargo, es otra cosa. La interpretación de Bachofen lleva a descubrimientos históricos que, después, otros procedimientos van, en parte, confirmando; pero cae en lo sociológico, aunque no sin potenciarlo y elevarlo un tanto a superior nivel. La simbólica de los mitos ha de interpretarse por intuición, esto es, por el camino más próximo a aquel por el cual se han formado. Después, puede razonarse, incluso plausiblemente, pero la primera revelación de su sentido, cuando no es dado alcanzarla, es como un destello de evidencia inmediata.

Hay que admitir previamente la relación indudable que existe entre los mitos, la revelación primitiva, las «rationes communes», etc., en cuanto el mito es recuerdo y en cuanto es deseo. Por eso contiene siempre algo de verdad, aunque no lo sea en su forma perceptible. Verdad de un género arquetípico, y por lo tanto aplicable en cada caso con diversas significaciones. El mérito estaría, precisamente, en llegar a comprender qué verdad corresponde a cada rasgo fantástico, es decir, en descubrir la verdad de la mentira.

Para lo cual es erróneo tomar el mito como «ropaje» del misterio, en lugar de tomarlo por el mis-

terio mismo. No se trata de leer los símbolos valiéndose de un diccionario previo, porque aun el significado que en esta forma podría sacarse —labor ya realizada con bien diversos criterios—, varía en cada conexión. Tampoco se trata, en lo posible, de analizar como los mitólogos científicos «elementos mitológicos», sino, siempre que se pueda, examinar «conjuntos» y «sistemas» tal como, en diferente forma, lo hacía Schelling, y en la actualidad lo practican Lévi-Strauss y su escuela.

Por último, la única pretensión de este libro es reivindicar para lo sencillamente literario un terreno que le perteneció en otro tiempo, y que, pasando después por manos de los eruditos, luego de los filósofos, fue a dar en las de los cultivadores de la ciencia positiva. No se escribe aquí contra unos ni contra otros; tan sólo un simple hombre de letras vuelve a ocuparse de lo que trataron predecesores suyos más sabios y más hábiles, por un camino que no quisiera atravesarse con el de ninguno de aquéllos.

ORDEN Y CAOS

BELO Y AMOROCA.—He aquí lo que refiere Beroso Caldeo:

«Hubo un tiempo en que las tinieblas y las aguas ocupaban el universo; y había allí fieras, algunas de las cuales habían salido de sí mismas, pero tenían figura como las nacidas del ser viviente. Y había hombres provistos en parte de dos, en parte de cuatro alas y con dos rostros; y en un cuerpo tenían algunos dos cabezas, de mujer y de varón, con dos órganos de la generación igualmente, femenino y masculino. Y había otros hombres con patas de cabra y cabeza cornuda; otros aun con pies de caballo; otros, por último, con la parte posterior equina y la anterior humana, cual es la figura de los hipocentauros. Incluso fueron procreados toros con cabeza humana; y perros con cuádruple cuerpo, los cuales tenían cola como los peces; además, caballos y hombres cinocéfalos; otras fieras hipocéfalas y de forma humana con cola de pez; todavía mu-

chos otros animales con forma de dragón; por fin peces semejantes a las sirenas y re tiles y serpientes y otras fieras entre sí dif rentes en maravillosa variedad, cuyas imágene cuidadosamente pintadas, se conservaban e el templo de Belo. Y todas ellas eran domina das por una cierta mujer cuyo nombre er Marghaia, a la que en la lengua de los Caldeo se dice Thagatta, que se convierte en griego e Thalattan (es decir, el mar)» (11).

«Y como todas las cosas estuviesen mezcla das —continúa Beroso—, sobrevino Belo cortó a la mujer por la mitad; de una mitad hizo la tierra y de otra el cielo, y todas la bestias que allí había fueron exterminadas Añade que estas cosas se dicen por ingeniosa alegoría. Sin duda en aquel tiempo en que lo húmedo y el agua lo ocupaban todo y nada existía salvo las fieras, el dios se cortó su ca beza y la sangre que de ella manaba fue mez clada con la tierra por otros dioses, y así fue ron procreados los hombres: los cuales por esta causa están provistos de inteligencia y son partícipes de la mente divina.»

«En efecto, habiendo Belo, a quien los grie gos llaman Zeus (mas los armenios Manasdes), cortado las tinieblas, separó la tierra del cielo y dispuso bellamente el mundo; mas las fie ras, no pudiendo soportar la fuerza de la luz, perecieron. Entonces Belo, viendo que la re gión estaba desierta, aunque feraz, mandó a

(11) Esta es la versión de Eusebio. En la de Jorge Syncello la mujer se llama Amoroca, que Lenormant en sus comentarios hace derivar de un originario *Um-uruk*.

uno de los dioses que con la sangre que fluía de su cortada cabeza, amasada con tierra, formase hombres y los demás brutos y fieras que pueden soportar el aire. Después Belo formó las estrellas y el sol y la luna y los cinco astros errantes.»

Los autores antiguos que nos han conservado su obra, dicen que Beroso aprovechó los archivos antiquísimos de los templos caldaicos. Lenormant llega a suponer que esta narración está tomada del libro de *Oannes*, de quien más adelante hablaremos. Y, en efecto, los descubrimientos realizados en la antigua Babilonia (11 a) nos confirman que el historiador repetía tradiciones inmemoriales (a).

Se supone que nació Beroso en Babilonia, hacia el año 330 antes de Jesucristo, bajo el reinado de Alejandro Magno. Parece que fue sacerdote del templo de Belo, profundo conocedor de la astrología y de las antigüedades de su patria. Refiere Vitruvio que Beroso enseñó la ciencia de los astros a los griegos, que sus discípulos llamaron por ello *caldaica* (b).

(11 a) Y sobre todo los hallazgos del archivo de Ugarit.

a) *El mito de la Creación es como un esquema de la Historia entera —la ciencia lo está representando ante nosotros—. Mircea Eliade habla de la tendencia de los ritos a reproducir el drama de la creación. La historia reinterpreta a su vez este rito.* En esta nota condensada quiere decir el autor que la narración de Beroso es a su vez una reducción al lenguaje escrito de lo que originariamente fue un rito dramáticamente representado.

b) *Los tres libros de las* Babyloniaca *(escritas por Beroso en tiempo de Antioco Soter, 281-260) se perdieron muy pronto, pero gracias a las citas y copias de otros autores (Flavio Josefo, Clemente Alejandrino, Eusebio de Cesarea, Jorge Syncello, Plinio, Vitrubio, Séneca, Taciano, que a su*

MARDUK Y MUMMU TIAMAT.—Que Beroso repetía tradiciones inmemorables, acaso prehistóricas, lo confirma el *Enuma Elisch*, que es el poema babilónico de la Creación aparecido en 1875 en las ruinas de la biblioteca de Asurbanipal, en Khorsabad, escrito en siete tablas de barro. Se supone ser una copia hecha en el siglo VII antes de Jesucristo, de un original que se remonta al siglo XX, y según Jensen, al XXX, y que sería traducción o adaptación de un poema sumérico más antiguo (12).

> *«Cuando en lo alto no se nombraba el cielo — y abajo la tierra, no tenía nombre — y de Absu, el primer padre — y de Mummu Tiamat, la madre de todos — las aguas se fundían en uno — y los campos no estaban unidos unos a otros — ni se veían los cañaverales; cuando ninguno de los dioses había aparecido — ni eran llamados con un nombre, ni se los había fijado destino — fueron creados los dioses en el seno de las aguas — Lujun y Lajamu aparecieron primero y crecieron durante edades — Anschar y Kischar se produjeron tras ellos. — Los días se acumularon, los años se amontonaron: Anu, Enlil, Ea nacieron, porque Anschar y Kischar los habían parido. (Los dioses se levantan contra Absu y Tiamat)... —*

---

ves las toman unos de otros) se salvaron algunos fragmentos de cosmogonía, la narración del Diluvio e indicaciones cronológicas y geográficas.

(12) Cfr. THUREAU-DANGIN: *Rituels Accadiens* (París, 1921); ST. LANGDON: *The Babylonian Epic of Creation* (Oxford, 1923); G. FURLANI: *Il Poema della Creazione* (Bologna, 1934); R. LABAT: *Le poème babylonien de la Création* (París, 1935).

Dice Absu: «Sus maquinaciones me fatigan — de día no descanso y de noche no puedo dormir — voy a destruirlos y aniquilar sus estratagemas. — Que haya tranquilidad y podamos dormir... — Ea, el fuerte, más fuerte que sus padres, sin rival entre los dioses sus hermanos... el de oído fino, el habilidoso que conoce todas las cosas — inventó un hechizo invencible — palabras encantadas que recitó sobre las aguas — y con ellas adormeció a Absu — el dios del agua dulce, atólo fuertemente y lo mató»... «En la cámara de los destinos, en la casa de la fatalidad — el sabio de los sabios, el guía de los dioses, Marduk, fue procreado — en medio del Absu fue engendrado Marduk; fue Ea, su padre, quien lo procreó — fue Lajamu, su madre, quien lo dio a luz... — Cuando lo vio Ea, su procreador, su padre — se regocijó, su corazón saltó lleno de alegría. — Hízolo perfecto; lo dotó de doble forma divina — inefablemente bellas sus proporciones — imposibles de comprender, difíciles de considerar — cuatro son sus ojos, cuatro son sus orejas — cuando mueve sus labios centellea fuego — cuatro veces grande en su inteligencia — y así sus ojos ven todo — revestido de la majestad de diez dioses, es soberanamente poderoso... — (Tiamat crea los monstruos.) «Con dientes ponzoñosos — en lugar de sangre tienen veneno — las serpientes, la víbora, y el dragón — el gran ledu, el lobo carnívoro y el escorpión humano monstruos malignos, el hombre-pez, el carnero marino»... — (Anschar mandó a su hijo Anu contra Tiamat, pero ni

Anu ni Ea se atreven)... Marduk se levantó; «Yo iré y cumpliré el deseo de tu corazón. — ¿Quién te ha provocado a combate? — ¡Tiamat! ¡una mujer te habla de atacar! — Padre mío, procreador, regocíjate y alégrate — bien pronto pisarás con tus pies la nuca de Tiamat. — Los dioses dicen: «Tú eres glorioso entre los dioses grandes — tu mandamiento es Anu — Marduk, tú eres glorioso entre los dioses grandes — tu voluntad es sin segundo, tu mandamiento es Anu. — Desde este día, lo que tú ordenes no puede ser cambiado — el poder de elevar o rebajar será en tu mano — la palabra de tu boca durará y tu mandato no encontrará oposición. — Ninguno de los dioses traspasará tu ley... — (Anschar notifica a Lujina y Lajamu): «Vete, preséntate delante de ellos. — Repíteles todo lo que te digo. — Vuestro hijo Anschar me ha enviado — me ha hecho conocer la orden de su corazón — a saber: Tiamat, vuestra madre nos ha cobrado odio»... — (Marduk recibió las insignias y preparó las armas): «El arco, la lanza, el rayo, el fuego, la red, los cuatro vientos — creó la borrasca, el mal viento, la tempestad — los cuatro vientos, los siete vientos, la tromba, el viento sin segundo — (Montó en el carro) — Tiamat «se puso fuera de sí, perdió la razón — gritó Tiamat, arrebatada de furor hasta en sus raíces temblaron sus cimientos. — Pronunció su encantamiento, pronunció una fórmula mágica. — Los dioses aguraban sus armas para el combate... — Tiamat abrió la boca cuanto pudo. — El le hizo entrar el viento maligno, de modo

que ella no pudo cerrar los labios. — Los vientos terribles llenaron su vientre. — Su corazón quedó sobrecogido, abrió su enorme boca. — El lanzó una flecha y le atravesó el vientre — cortó sus entrañas, le partió el corazón — la redujo a la impotencia y destruyó su vida... El Señor Marduk quedó un momento mirando el cadáver — lo dividió después como una ostra en dos partes — y con una hizo el pabellón de los cielos — y con la otra estableció la tierra separándola del agua... Echó el cerrojo, puso porteros — les ordenó que no dejasen salir sus aguas — atravesó los pueblos, consideró los lugares — se colocó frente al Absu la morada de Ea — fundó su palacio parecido a aquél — dispuso las estrellas en forma de animales — para fijar el año mediante la observación de las constelaciones — doce meses (o signos) de estrellas en tres series — desde el día que comienza el año hasta su término. El señaló las posiciones de los astros errantes para brillar en su curso — a fin de que no hagan mal y no turben ninguno — las posiciones de los dioses — y abrió las grandes puertas en las tinieblas — El hizo robustas puertas grandes a derecha e izquierda. En su masa (el Absu) produjo una ebullición; al dios Uru hizo salir fuera de allí para gobernar la noche — para hacer de él el luminar de la noche hasta nacer el día — a fin de que el mes no fuese interrumpido y fuese regular en su todo — al principio del mes, al entrar la noche — sus cuernos aparecen y brillan en el cielo — el día séptimo comienza a agrandarse

un cerco — y dura hasta la aurora — cuando el dios Samas se acerca al horizonte del cielo... — Cuando Marduk oyó la palabra de los dioses — su corazón le impulsó a una actividad artísticamente creadora; — Al dios Ea dijo la palabra de su boca — lo que en su corazón había meditado, su decisión le comunicó — Recogeré sangre, haré huesos — formaré el Lilu: su nombre será Hombre — formaré el Lilu, el Hombre».

BEROSO, EN EL MUNDO HELENISTICO.—Beroso escribe en una época fermentaria, en aquel curioso mundo helenístico; un mundo gobernado por dinastías militares que sustituyen, incluso en la propia Grecia, la política por la administración, dominado por empresas mercantiles y bancarias, conmovido por las ambiciones personales de los caudillos que se hacen la guerra sobre las ruinas de instituciones muertas; pululan los gramáticos, retóricos, sofistas, hierofantes y profetas que, en colaboración con soldados, mercaderes y funcionarios, imponen hasta las márgenes del Indo un tecnicismo griego que se aplica a todas las cosas, desde la arquitectura hasta la mística.

Pero es sólo un tecnicismo, bajo el cual alienta, con empuje vital oscuro, pero potente, un «Oriente» nuevo que pugna por buscar su inspiración en sus más remotas tradiciones (c).

Es una reviviscencia afanosa del pasado, que autores como el caldeo Beroso, el fenicio Sauchonia-

---

c) *Paralelo de lo que hoy ocurre, cfr. el "inventario" de Malraux.*

thou, el egipcio Manethon, el judío Aristóbulo, despliegan en sus historias ante los ojos atónitos de los griegos. Se disputa sobre la antigüedad de las naciones y cada una quiere remontarse más allá que ninguna otra. Cada una pretende poseer las tradiciones más remotas, más auténticas y más veraces acerca del origen de todas las cosas.

En esta disputa, como en seguida diré, parece natural que Babilonia ganase a todas. Aparte de la elocuencia aúrea a que aludía la imagen que erigieron los atenienses a Beroso, que la defendía, tuvo éste a su disposición antiquísimas fuentes escritas, que no se reducían, con seguridad, al *Enuma Elisch*, que, sin duda, lo ampliaban en algunos puntos, e incluso fuentes figuradas, como las imágenes del templo de Belo.

Beroso aparece, en medio del abigarrado mundo helenístico, como uno de sus más típicos elementos humanos, un representante, acaso el más auténtico, del «Oriente» de entonces, y más profundamente como autorizado intérprete de la antigüedad remotísima, tal vez primigenia, como el portador del secreto de los siglos.

El mundo helenístico es un mundo de transición, de crisis, de contacto entre espíritus muy dispares. Estas épocas de cruce entre culturas diversas ofrecen un doble aspecto: por una parte, se da en ellas la impureza de los híbridos, de que más adelante hemos de ocuparnos, mas por otra parte, es en esas épocas cuando suelen revelarse los misterios. Revelarse o, al menos, presentarse, que no raramente basta con esto, y el misterio obra sin necesidad de dejar de ser secreto. Beroso se presentó entonces manifestando arcanos, pero en aquel tiempo mu-

chos se presentaron como tales trayendo las manos vacías.

El helenismo es interesante por esos hombres, griegos o bárbaros —«orientales»— que aportaban lo desusado; a veces extrañas verdades a cuyo alcance es difícil señalar límite.

PAMBABILONISMO.—El mundo de Omoroca —o de Mummu Tiamat— el mundo primordial del mito babilónico, es el primer mundo mitológico, la primera representación figurada del misterio.

Así como de la llanura de Sennaar partieron los hombres —según el Génesis— para poblar toda la tierra, después de la confusión de lenguas, así del mundo de Omoroca partieron todos los monstruos que pueblan las mitologías de todas las razas. Lo segundo es consecuencia de lo primero; la mitología confirma la historia: los pueblos, al dispersarse, trajeron de allí sus representaciones fundamentales.

Una escuela mitológica, la de Hugo Winkler Eduardo Stücken y A. Jeremías hizo derivar de Babilonia todos los mitos y religiones del mundo, y por eso se llama pambabilonista. Fue muy combatida; pero no cabe duda, si hacemos caso al Génesis, que nada de extraño tiene que de allí viniesen las más primitivas tradiciones, mitos, inventos, ritos, leyes, costumbres, instrumentos, etc... (d).

Claro es que, si los pambabilonistas nos dicen

---

d) *Esto no puede afirmarse así. Hay que hacerse cargo de lo otro.* Es decir, de toda la complejidad e interrelación de las culturas. Todo monismo culturalista está condenado a la unilateralidad y a ignorar la riqueza, la variedad, la intervención de factores desconocidos que juegan en el acontecer histórico. *Babel*, una narración a todas luces etiológi

como antes de ellos el un tiempo famoso autor de *Babel und Bibel*, que las narraciones del Génesis proceden de los mitos babilónicos, no merecen crédito porque es imposible que lo sencillo nazca de lo complicado, lo claro de lo confuso, lo razonable de lo fantástico, lo que tiene indudable acento de verdad de lo que muestra error patente; además, porque no hay ninguna razón para que no fuese lo contrario. Pero sí nos señalan en Sumer y Accad los orígenes de los mitos de tales o cuales pueblos.

En efecto, el conocidísimo relato del capítulo XI del Génesis, versículos 1-9, que no vamos a reproducir aquí, dice que la dispersión del género humano partió de la llanura de Sennaar, nombre bíblico de la Mesopotamia. Así, al menos, lo entendió la exégesis tradicional. Ya sé que la exégesis novísima se esfuerza por restringir la población de Sennaar, que erigió la Torre, «a los descendientes de Sem, y aún es posible que no a todos, como dice, en la nota correspondiente, la *Biblia de Montserrat*. Mas como el texto sagrado no la restringe, y como no nos está prohibido seguir la opinión tradicional, prefiero atenerme a ella (e).

Incluso, con un poco de audacia se podría hacer el intento de determinar los caminos probables que siguió la primitiva cultura de los constructores de la Torre de Babel, hasta los países que pasan por ser los núcleos de las grandes culturas antiguas. Por

---

camente mítica, supone un estado de cosas ya muy avanzado; nada menos que la idea de los grandes Imperios y en ningún caso puede servir de punto de partida a los mitos y tradiciones, mucho más arcaicos, prehistóricos incluso, que todo lo que a la cultura mesopotámica se refiere.

e) *Esto hay que variarlo*, ha escrito como acotación al margen el propio autor.

ejemplo: el camino hacia el Este pasaría por Elam (cultura de Susa) y por el Turquestán (cultura de Anau) hasta la China (cultura de Yang Chao); otro hacia el Sudeste iría por las riberas del golfo Pérsico, por el mar hasta la cuenca del Indo (cultura de Mohenjo Daro); otro hacia el Norte, contorneando el mar Caspio hasta Rusia y Siberia; dos hacia el Oeste, uno por el Danubio hasta Hungría (cultura del Danubio), y otro por mar hasta Creta (cultura premicénica o preminoica); por fin, otro hacia el Sur hasta Egipto (cultura de las primeras dinastías), sin duda, esta es hoy una hipótesis temeraria, quizá algún día no lo sea tanto (f).

También hay que reconocer otro defecto en el pambabilonismo: es el de suponer que el fundamento de todas las mitologías del mundo es, precisamente, la mitología astral de Babilonia; Stücken observa la constancia del mito de las Pléyades, por lo cual supone que la época de la influencia babilónica fue por el año 3.000 antes de Jesucristo en que el equinoccio de primavera tenía lugar estando el sol en Tauro. Pero la narración de Beroso y el *Enuma Elisch* nos presenta más bien como original en Ba-

f) *Como hipótesis sólo, hay que tratar aquí de la cultura megalítica.* Es cierto que la cultura megalítica parece haber poseído la idea de unidad estatal e incluso la de expansión colonial, pero ni su supuesta expansión desde Escandinavia por Irlanda, la Península Ibérica y Francia, los Balcanes, hasta Grecia, las islas del Mediterráneo, el Norte de Africa, el Budán, Cáucaso, India, Indochina, Nueva Guinea, Australia septentrional y Melanesia (según teorías más recientes la expansión habría seguido la dirección contraria: desde un foco asiático se habría propagado primero al Mediterráneo en simultaneidad con el lejano Oriente, y de la Península Ibérica a las Islas Británicas y Escandinavia), ni su datación: la Protohistoria, sirven para explicar lo más mínimo el origen de los mitos.

bilonia, una teogonía en que predominan los dioses del elemento húmedo... Acaso la victoria de Belo sobre Omoroca y la de Marduk sobre Mummu Tiamat, representen precisamente la de los dioses celestes, astrales, sobre los de la tierra y el mar... Bachofen lo hubiera interpretado así, y no hubiera dejado de traducirlo por la victoria de un culto patriarcal sobre otro matriarcal más antiguo... Acaso haya tenido lugar algo así en Babilonia; Max Scheler indica la idea de que toda alta cultura pueda o deba provenir de la fecundación de un pueblo matriarcal agrícola por un pueblo de pastores patriarcales. Idea sugestiva, que parecería responder a la polaridad universal de la naturaleza y de la historia. En Mesopotamia coexistían sumerios al parecer agricultores y acadios semitas y, en parte al menos, pastores (g).

Con las correcciones a que haya lugar, el pambabilonismo alude a un hecho cierto que, a veces, del modo más inesperado, se nos revela en la tradición de un lugar muy distante. En Galicia existen serpientes que guardan los tesoros encantados; cuando esas serpientes se hacen viejas, les nacen alas y llega un momento en que emprenden el vuelo hacia Babilonia. Por el camino van diciendo:

Pra Babilonia vou,
malia queu me vin novoa e cou me matan.

Han cumplido su tiempo, y vuelven a su origen. Van en busca de las tierras pantanosas del Eufrates

g) Cfr. Frobenius: *Die Zeitalter des Sonnengottes.*

y del Tigris, a sumirse de nuevo en el reino de Omoroca (h).

LA ALTERACION DE LA REVELACION PRIMITIVA.—La semejanza entre las tradiciones babilóni-

h) *Aquí el simbolismo de la Serpiente y su mitología, en relación con el simbolismo del légamo, de las aguas, la Luna, etc...;* a fines del Paleolítico Superior inicial la difusión de la cultura asiáticooccidental (la del *homo sapiens diluvialis* del lago Baikal, el Lena superior, Gagarino y Malta), dará lugar en Moravia y en Austria a la cultura Gravettiana, que es el tránsito al Auriñaciense superior, extendido hasta el extremo occidental de Europa. En los enterramientos de esta cultura Gravettiana se encuentra ya en gran profusión amuletos a base de conchas, dientes caninos, cuentas de serpentina y ocre rojo. Las conchas aparecen en las cuevas de Vézère y Laugerie Basse pareadas sobre cada uno de los miembros del cadáver. Tal distribución, inequívocamente ritual, significa muy probablemente un medio para comunicar un influjo mágico al cadáver. A la presencia de estas conchas en el cadáver se une el ocre rojo, símbolo tal vez de la sangre, principio vivificante. Mircea Eliade dice (*Images et Symboles*, París, 1952, pág. 178) que mediante el contacto con las conchas, el difunto no acaba de separarse de la fuerza cósmica que alimenta la vida (así en las tumbas arcaicas chinas se usaban conchas o como sucedáneo perlas o jade para preservar de la corrupción). También es curioso el paralelo entre las cuentas de serpentina del Sur de Francia y el jade verde de China).

Un himno del *Atharva Veda* (IV, 10), en honor de la concha nos da el sentido complejo y profundo de la presencia de conchas en las tumbas paleolíticas, a pesar de los milenios transcurridos entre la extinción de esta cultura y la aparición de la cultura brahmánica:

..."Nacida del cielo, nacida del mar, nacida del oro,
es para nosotros la joya que prolonga la vida.
"Joya nacida del mar, sol nacido de nube,
que ella nos proteja por todas partes de las flechas
de los dioses y de los asuras!
"Prolonga nuestras vidas! El hueso de los dioses se ha convertido en perla: adquiere vida y se mueve en el seno de las aguas.
"Yo te cuelgo para tener vida y vigor y fuerza;
para la larga vida, la vida de cien otoños."

Ciertamente este himno podría haber sido el canto ritual

cas y los relatos de la Biblia, sólo puede argüir contra éstos en la opinión fabricada con prejuicios obstinados de los «críticos» del siglo XIX, es decir, de los que se proponían destruir la fe en la Sagrada Escritura de un modo o de otro, por cualquier procedimiento.

---

que acompañase la acción litúrgica de imponer las conchas sobre el cadáver paleolítico.

Mas con esto no se agota el simbolismo de la concha, en la cual convergen dos centros de cosmicidad y un arquetipo jungiano. Los centros de cosmicidad son las aguas y la Luna, el arquetipo es la Madre (maternidad y nacimiento como acontecimiento universal): fuente y puerta de la vida. Las aguas se hallan, a su vez, estrechamente relacionadas con la Luna por estar sujetas al ritmo de las estaciones (en climas tropicales y subtropicales) y a mareas y, además, por ser germinativas, de modo que todas las divinidades lunares conservan atributos y propiedades acuáticas, así como la gran mayoría de las diosas de la fecundidad son al mismo tiempo divinidades lunares, e igualmente los dioses de la vegetación son lunares (Dionysos, Osiris, Tammuz). El fundamento de tales asociaciones no es por sí mismo evidente, pero es una convicción profunda y general de los pueblos tribales y arcaicos la estrecha relación, mejor la identificación, de la fecundidad animal y de la Luna, así como del simbolismo bovino (en las representaciones neolíticas de forma bóvida puede afirmarse con seguridad que nos hallamos ante una divinidad de la fecundidad). La asociación del simbolismo bovino y de la Luna parece descansar sobre la analogía de la cornamenta y la media luna, así como la relación con el caracol: cuernos y apariciones y desapariciones periódicas, como la Luna. Sin embargo, el toro, animal fálico por excelencia (cfr. Malten, *Der Stier in Kult und mystischem Bild*, "Jahrbuch des deut. archäol. Institut" XLIII (1928), 90-139) es ya, por sí mismo, un símbolo de fecundidad (en el mitraismo de la antigüedad tardía la creación procede del semen de un toro primordial eyaculado en el momento de ser sacrificado), pero mientras este animal representa el polo masculino del gran acontecimiento cósmico de la fecundación, la Luna supone el polo de la feminidad.

Otro animal, cargado durante toda la Historia de simbolismo religioso (hasta en el Antiguo Testamento y en la Gnosis, la Alquimia medieval y la Ilustración) es la serpiente, que por su forma fálica, sus fases letárgicas y sus anillos

Para quien considere las cosas honradamente, no tiene nada de particular que exista semejanza entre relatos que provienen de una tradición común. La mayor existe entre los relatos del diluvio que no nos interesan aquí. Se han establecido tablas sinópticas de las que se dan en los relatos de la Creación: el

---

(tantos, según la leyenda, como la Luna días cuenta) se halla estrechamente asociada a la fertilidad, a la feminidad, al mundo subterráneo, a la noche, a las aguas y al légamo. El ciclo menstrual de la mujer (fenómeno cargado de fuerza mágica y numinosa en las culturas tribales) viene a establecer una estrecha relación entre la feminidad, el sexo, las conchas (por su semejanza con la vulva y su fuerza creadora de perlas), la Luna y, a través de ésta, con las aguas (elementos en el que se originan las conchas), aguas primordiales y generativas (y por lo tanto el légamo que ellas producen, cargado de gérmenes vivos) y la serpiente. El pensamiento arcaico se mueve a base de estas constelaciones asociativas de símbolos, así como el moderno procede por raciocinios lógicos, por eso no hay que extrañarse de que una mera semejanza externa funde una estrecha asociación simbólico-dinámica, máxime cuando además de las semejanzas figurativas existen comportamientos análogos (en este caso las fases y los ritmos lunares, menstruales, letárgicos y las mareas).

Según cuenta Trilles se usaba entre los Pigmeos una fiesta de la Luna Nueva en que todos estos elementos se ven dinámicamente asociados y, precisamente, en una de las culturas más arcaicas (de tipo prelítico) actualmente existentes: se trata de una fiesta celebrada exclusivamente por mujeres en honor de la Luna "Madre y asilo de espíritus", cuyas danzas y libaciones van dirigidas a la "Madre de los vivientes", poco antes de comenzar el período de las lluvias, para que aleje el influjo maléfico de los espíritus de los difuntos y favorezca la fecundidad de hombres, caza, pesca y frutos. El carácter funerario y psicopómpico de la Luna aparece claramente asociado a los demás atributos simbólicos arriba citados. Así se nos presenta en toda su intensidad (tal vez ya desde las culturas prelíticas) la constelación simbólica más pertinaz y más central de todo el mundo primitivo y de todas las culturas en general (hasta de la cultura griega: Démeter-Hades y del Vudú haitano: espíritus *Guedé*): la identificación de Muerte-Nacimiento-Fertilidad (Alimento-Vida). La muerte se halla estrecha-

Caos compuesto de agua y tinieblas, separación de la luz de las tinieblas, separación del cielo y la tierra, creación de los astros, de las plantas, de los animales, de los hombres... Se ve que esto pertenece al fondo de la primitiva revelación, que los Patriarcas

---

mente asociada y próxima a la Vida, y el Sexo constituye la frontera entre la Vida y la Muerte. Por eso lo sexual es, a la vez, riesgo y esperanza, mata y da la vida, amenaza y fecunda. Y de aquí toda su ambigüedad, su fascinación y su terribilidad. Cuando lo sexual se banaliza, como en nuestra cultura occidental, es que se ha perdido el último resto de sentido numinoso, de visión profunda de las cosas. Mucho después de este simbolismo femenino-acuático-serpentino-lunar, comenzarán a extenderse por las culturas los símbolos solares, cristalizados en la *chakra* india (la rueda de seis radios y los discos escandinavos y célticos). Pero incluso entonces el Sol adquirirá atributos fálicos.

Propio de esta edad protohistórica y como desarrollo de un simbolismo mucho más antiguo, como acabamos de apreciar, es el auge de la *Serpiente* en el culto y en la iconografía. El punto central de la religiosidad protohistórica asiática no es todavía una divinidad personal, sino la *Totalidad*, la *Unidad* y el *Centro* de todo lo real, en cuando tales, que ya en los *Vedas* y en los *Brâhmanas* aparece como suprema indistinción de ser y de no-ser, de luz y de tinieblas, de cielo y tierra (*tad ékam* = "este uno"; confróntese *Rig Veda*, X, 129, 1-3; *Taittiriya Samhitâ*, VI, 4, 5, 3; *Jaiminiya Brâhmana*, III, 359; *Chatapatha Br.*, X, 5, 3; 1, 2). Ahora bien, el simbolismo iconográfico de este *Centro* y de este *Uno* total es el dragón, el *Uroboros* o *Vrtra* (serpiente circular que muerde su propia cola y que a veces aparece alada), y asociados a él, el Monte (*Meru*), la *Chakra*, el Arbol cósmico, el Anciano, a quien como hijo o hermano se une *Indra* o Matador del Dragón (como será San Jorge en la iconografía medieval y bizantina) y suplantador de su propio padre, el Anciano, cuyos tesoros distribuye proteicamente a los mortales mediante la creación, cuyo proceso evolutivo se desencadena al ser disuelto el "Constrictor" (*numuchi*), el *Uroboros*, que entre sus anillos tenía aprisionadas las fuerzas cósmicas. El *Tad ékam* serpentino ha de ser reabsorbido como Primer Principio para que las fuerzas cósmicas así liberadas den origen al ser.

En realidad, como observa muy acertadamente Cooma-

se fueron transmitiendo por tradición oral, de generación en generación.

Y en las notables diferencias entre unos y otros relatos se advierte que debió ser allí, en Babilonia, donde la revelación primitiva sufrió la primera torsión que la desfiguró y que comunicándole formas

---

raswamy *(Hindouisme et Bouddhisme*, París, 1949, páginas 20-23, 32-33, 64-65), el Dragón y su Matador son uno en espíritu, son dos caras de una misma realidad. Indra es, como Prometeo, el amigo de los hombres, mediante el cual se pacifica el Dragón, que de principio indiferenciado *(prajāpati)* se introduce como Dragón de *Fuego* (cfr. el Fuego prometeico) en el seno de Indra y de la realidad para vivificarlos *(Taittariya Samhitā*, II, 4, 12, 6). *Agni* (Fuego) y *Soma* (Agua) se hallaban constreñidos entre los anillos de *Vrtra*, cuya disociación desencadena el acaecer cósmico. Y esta Serpiente inexhaurible en su abundancia viene, como la *Tiâmat* mesopotámica, a ser desarticulada en segmentos para dar origen al mundo *(Rig Veda*, I, 32).

Ya desde el Paleolítico venía la Serpiente siendo la guardiana de las Aguas (símbolo de fecundidad y de abundancia), y este simbolismo acaba extendiéndose a todo el mundo al comenzar el Neolítico, agrícola y matriarcal. Mas conforme el proceso civilizador avanza, se va alejando la Serpiente de los poblados y refugiándose en lugares solitarios y pantanosos (ríos, estanques, lagos, grutas), con ello adquiere un carácter a la vez maléfico y metafísico (trascendente y, como la Luna, psicopómpico e infernal). En el fondo es éste el proceso que siguen todas las divinidades de una cultura vencida o superada: el Olimpo celeste de la época anterior pasa a ocupar el Hades en la cultura siguiente, y los dioses antiguamente benéficos son relegados a una existencia marginal, ambigua y demoníaca. Así la Serpiente resulta ser uno de los símbolos más desconcertantes y ambiguos de todas las mitologías: tan pronto aparece en las profundidades de la tierra, como en las alturas del cielo, naturalmente como Dragón alado e ígneo. Mas con la particularidad de que en algunas culturas este Dragón celeste es de carácter maléfico (el *Apophis* egipcio, que lo es por devorar o amenazar al Sol), mientras que el genio telúrico (en Roma, por ejemplo), es de carácter claramente benéfico (cfr. Warburg, *A Lecture on Serpent Ritual*, "Journ. of the Warburg Inst.", II (1939), 4). Al mismo tiempo ambas

fantásticas, dio nacimiento a los mitos teogónicos y a las falsas religiones.

Efectivamente, el mismo Génesis pone allí el origen de la idolatría y nos da la noticia del movimiento de soberbia y rebeldía que llevó a los hombres a erigir la Torre de Babel. La construcción de la Torre

---

clases de serpientes ejercen funciones de custodia en el reino celeste o infraterrestre de los muertos.

Incluso en el poema de la Creación maya, el *Popol Vuh*, aparece también la totalidad del cosmos —Cielo y Tierra— simbolizada por la Serpiente alada *Gucumatz* (con idéntico significado que el *Kukulkán* de los mayas del Yucatán y el *Quetzacoatl* de los Toltecas, que representaban la conjunción del mundo superior y del inferior, es decir, lo mismo que la Hierogamia de Cielo y Tierra o el Andrógino de otras mitologías). También en China los principios complementarios que constituyen la Totalidad: *Yang* y *Yin* se representan como una pareja de hermanos de distinto sexo y algunas veces con cuerpo serpentiforme y cabeza humana, exactamente como el *Serapis* alejandrino. No otro es el significado de las dos serpientes enlazadas en el caduceo de Hermes. El Dragón alado solitario significa en China no tanto la Totalidad cuanto la Ley universal *(Tao)* que ordena el cosmos.

En el *Poimandres*, uno de los libros del *Corpus Hermeticum*, obra egipcia-alejandrina que data todo lo más del siglo III a. de C., vuelven a aparecer asociados la Serpiente, las Aguas y el Cosmos: el Discurso I del *Poimandres* (afín al *Serapis* u Hombre Primordial cósmico), comienza con la descripción de una eclosión de la Luz sin límites que ilumina, como Logos, la totalidad del cosmos; mas queriendo Poimandres revelar el origen de éste, hace que descienda una "tiniebla terrible y sombría enroscada en espirales serpentiformes" (ed. Nock, 2, 4, 18-19), y que se cambia en una especie de "naturaleza húmeda, estremecida de sacudidas y exhalando vapor", de esta humedad serpentiforme e inquieta se exhala a continuación un Fuego vivo, ligero y activo, mientras que en la región inferior se coagulan la tierra y las aguas. Es la misma imagen del *Rig Veda*: Agni y Soma preconcebidos entre los anillos de Prajâpati.

En la leyenda de Budha, durante una vigilia del vidente en el templo de Uruvela, en postura *âsana*, le asalta un Dragón de Fuego al que vence adoptando a su vez Budha

de Babel es un hecho altamente significativo, que explica muchas cosas, que explica casi toda la historia.

Mientras el hombre se deja conducir desde arriba, es muy fácil permanecer en la verdad, más cuando quiebra su relación con lo divino queda reducido a sus propias fuerzas y éstas son incapaces de alcanzar por sí solas las últimas verdades, en su forma definida y concreta. Hay, además, una cosa terrible: el espíritu humano, es principalmente, memoria; por la memoria conserva el hombre su identidad, puede conocerse a sí mismo, es quien es, es un alma en un cuerpo, una persona. Pero he aquí que posee también la más peligrosa de las propiedades que es el olvido. Sin duda, el olvido es necesario,

---

la forma de Dragón ígneo, combatiendo así "al fuego por el fuego". En el Tantra, modalidad barroca de la espiritualidad popular hindú, a partir del siglo VI p. C., el simbolismo ofídico juega un papel preponderante en lucha con la *Shakti* o Madre cósmica. Igualmente en algunas sectas gnósticas de la segunda mitad del siglo II (de las que en otra parte hemos tratado por extenso).

Además de su asociación con el Fuego, sería interesante examinar la asociación de la Serpiente con el Monte cósmico, con el Tesoro (como en la *Canción de la Perla* gnóstica de las *Acta Thomae* apócrifas, ed. Lipsius-Bonnet, 1903; cfr. Schulz, *Dokumente der Gnosis*, Jena, 1910) y con el Arbol cósmico. Asociada a este último símbolo la vemos precisamente en el segundo capítulo del Génesis y también atentando contra la Madre de los vivientes, *Jaiwwá* (Eva) y después la segunda Eva, *María*, como en el Tantra atenta el Dragón contra la Shakti. Más que como una anécdota, debería este primer episodio dramático del Génesis ser considerado como una profunda enseñanza metafísica, cuya interpretación metódica según las directrices de la Historia Comparada de las Religiones, habría de descubrirnos asociaciones y profundidades tal vez insospechadas. La Serpiente, asociada o no al *Huevo* cósmico es simultáneamente símbolo de la generación, la eternidad y la evolución cósmica.

es una capacidad de selección; pero también, puede ser un castigo. Sin duda, la confusión de lenguas, se operó por medio del olvido. Por olvido pierde el hombre la verdad —el olvido es siempre pérdida— y pierde a Dios. Y la memoria, afanosa por recuperar lo perdido, forja los fantasmas del mito, semejanzas de reminiscencias oscuras, que están más en el deseo que en la mente.

Pero no hay que dejar de tener en cuenta —sería también olvidado, acaso culpable, como el de aquellos hombres— que la revelación primitiva comprendía, además de la verdad religiosa, verdades naturales (13), que hallan en el mito una expresión de su esencia profunda, intraducible al pensar corriente, de modo que, siendo posiblemente engañoso en una de ellas, puede ser cierto en las demás. Es así como el mito, que viene de lo más hondo del alma del hombre, puede ser, según la expresión de Merejkowski, «la verdad de la mentira».

En esta inteligencia, podemos perseguir la significación de los mitos, en busca del saber primordial y eterno.

---

(13) No es fácil de separar en la tradición religiosa de la Humanidad un grupo de verdades "naturales" y otro de verdades reveladas, ya que las relaciones entre ambas esferas han sido múltiples y han acabado por constituir una trama intrincada. De una parte *todo* el pensamiento religioso humano se halla más o menos influido por la revelación primitiva, no pudiéndose hablar de verdades mera y puramente "naturales" en este punto; y de otra, aun la misma Revelación ha tenido que valerse de las expresiones y símbolos religiosos, producidos durante milenios por la fantasía poética humana al servicio de las vivencias religiosas. No es difícil ir descubriendo en el Nuevo Testamento —para no tratar del Antiguo y de la Liturgia— todos los recursos de la simbología religiosa universal, puestos al servicio del mensaje cristiano.

ORDEN Y CAOS.—Vamos ahora a penetrar en las entrañas del gran mito babilónico. Es como si descendiésemos a la Cámara de los Misterios de cualquier culto secreto de los que nos ofrece el Asia *helenística*, el Oriente pseudomórfico.

No vamos a ascender las escalinatas o las rampas del «zigurrat», desde cuyas terrazas se leen las geometrías celestes y se descifran los giros de los luminares del firmamento; vamos hacia abajo, hacia las concavidades oscuras donde se incuba la vida, vamos en demanda del útero de la Gran Madre. Es allí donde dicen que descendían los iniciados de los cultos arcanos, para contemplar el misterio de los orígenes, y volver a nacer infusos de la sabiduría de los dioses, revestidos de la túnica blanca de los espíritus purificados.

He aquí el mundo primordial, en el cual, en el principio, reinaba Omoroca. La rodean seres en los que se mezclan todas las formas imaginables, en confusión alucinante, «como si se hubiese soltado el receptáculo de los gérmenes», según la frase de Gustavo Flaubert, que vio o imaginó esta escena en el techo y en las paredes del templo de Tanit, en Cartago. Era como si todavía no se hubiese establecido la clasificación de las especies, como si no se hubiera asignado a cada una su fisonomía inalterable. Son los seres de una suerte de creación primordial, anterior a la Obra de los Seis Días. Es, en una palabra, el Caos, conocido por los griegos como origen de todas las cosas, según nos enseña Hesiodo, de quien hemos tomado esta palabra; el *tohu-wa-bohu* del Génesis, que los intérpretes dan por intraducible, el *Tehôm*, océano primitivo «derivado del *tiamutum* de la cosmogonía babilónica». En códices españoles

del siglo XI: la Biblia de Roda, la Biblia de Farfa, aparece representando el Caos, con la cabeza de Omoroca emergiendo de las olas espumantes, entre las que se revuelven seres embrionarios. No podemos decir que Omoroca esté allí intencionalmente dibujada: se trata, con seguridad de un recuerdo inconsciente, evocado por la necesidad de dar una forma gráfica al asunto, pero allí está y si no ¿cómo llamarla?

Así era el Caos, todo confusión y desorden, cuando sobrevino Belo; con la victoria de Belo sobre Omoroca, desapareció el Caos, la creación primitiva, para dejar lugar al Cosmos, el mundo creado por Belo.

Belo sobrevino; esto hay que entenderlo en el sentido de que Belo procedía de la región celeste, del firmamento astral incorruptible e inmutable en la perpetuidad de su movimiento —así lo concebían los antiguos, así lo concibieron Aristóteles, Santo Tomás y el Dante, quién sabe si con más razón que los astrónomos modernos, que esto no puede probarse— de las esferas celestes, cuyos giros rigen desde entonces los sucesos de aquí abajo (1).

En el *Enuma Elisch*, los mismos dioses proceden del Caos, como en Hesiodo; esto nos ofrece, por el momento, una dificultad que *dejaremos para después*. Pero, en el relato de Beroso, Belo da la impresión de ser un dios de luz, representa la inteligencia: ya la Inteligencia divina imponiendo leyes a la

1) *Según la concepción primordial que distingue un cielo superior libre de cambios y de corrupción, y un mundo sublunar, corrompido, mudable pero fecundo bajo el influjo de las esferas celestes, a los que corresponden una mitología celeste y una mitología del légamo.*

materia, ya la Inteligencia humana poniendo orden en el mundo de las sensaciones. La filosofía griega y el idealismo vivirán trabajados por estas ideas.

Pero el gran mito babilónico es susceptible de múltiples interpretaciones. Tiene un sentido metafísico, un sentido psicológico, biológico, histórico, geográfico, todos tan íntimamente conexos, que es muy difícil separarlos, y no sé si nuestro esfuerzo alcanzará a tanto.

FORMA Y MATERIA.—Por ahora, estamos dentro de lo fácil. Que la forma es orden, por oposición a la materia informe, es demasiado evidente. Nadie necesita un esfuerzo grande del entendimiento para ver en el Caos la Materia Primordial, la materia prima de los escolásticos, que, siendo pasiva, potencia pura, nada que anhela ser algo, contiene en sí la posibilidad de todas las formas, las que ya se han realizado y las que pueden realizarse en lo futuro, si es que el Poder Creador no ha decidido —que es donde está el misterio— prescindir definitivamente de parte de ella (14).

---

(14) En pura teoría aristotélica, las formas, o mejor las entidades compuestas de *materia y forma*, nunca dependen exclusivamente de la materia, como si la materia fuese un Caos primordial que contuviese previamente una infinidad de "formas" que pudiesen indiferentemente ser educidas de él. La educción metafísica de una forma para obtener un *synolon* o ente hilemórficamente compuesto, depende principalmente de dos factores: de una potencia activa capaz de educir determinada forma (la potencia generadora capaz de educir una forma viva vegetal o animal, por ejemplo) y de las *disposiciones* previas de la materia. Como se dice en la *Física* de Aristóteles (II 9,200 al 14) la naturaleza de cada materia impone ciertas exigencias para la educción de la forma; mientras el *telos* o fin es libre de ser propuesto por el agente, el sujetarse a las condiciones que im-

Esto es lo que representan las formas confusas y embrionarias que se agitan alrededor de Omoroca, en el seno de las tinieblas, es decir, en la no-existencia, en la no-realidad..., o en un género de realidad diferente de la que tenemos por tal. Son como las creaciones de un ensueño cósmico, el ensueño de la materia soñando torpemente con la forma, como un anhelo de lo uniforme hacia lo diferenciado, de lo continuo hacia lo discontinuo, de lo único hacia lo múltiple, de lo incoherente hacia lo que tiene figura discernible, de lo inorgánico hacia la vida. *En el mundo de Omoroca no hay límite* ni distancia entre las formas, y yo he leído en alguna parte que «la vida de un tipo ofrece caracteres de normalidad cuando se contiene dentro de límites» que «los límites son los que constituyen el tipo», que «la vida crea el tipo porque tiende al orden», que «sólo en las formas se realiza plenamente», que «puede establecerse una adecuación entre la ordenación y lo viable»; y yo he visto siempre que la forma —también la que se llama «forma substancial»— es exterior e interiormente, *contorno*, diferenciación; he aprendido hace muchísimos años, que «ser diferente es ser existente». Cada forma tiene su ley, la ley constitutiva, cada forma es un fin. En el pensamiento indio, esta ley es a la vez destino: *dharma*.

He aquí el mundo de Omoroca, el *pralaya* de los

---

pone una determinada materia en orden a una forma, es necesario una vez propuesto el fin. Más explícitamente se trata de las condiciones necesarias y previas a la educción en el Libro Primero de la *Física* (188 a 31 - b 26) y lo mismo en el tratado *De Partibus Animalium* (663 b 22) y en el capítulo primero de *De Generatione et Corruptione*. Sobre el concepto de Materia, sus propiedades y su problemática, cfr. L. Cencillo, *Hylé*, Madrid, CSIC, 1958.

indios, antes de comenzar la actividad creadora, el Océano primordial, verdadero Mar Tenebroso, materia prima, *mulaprakrite*: raíz de la materia, pura potencia y posibilidad.

Belo, al cortarla, separa lo que debe existir de lo que no debe existir, lo que ha de ser real de lo que no ha de serlo. La acción creadora es selectiva, entre lo posible, entre lo que puede concebirse y lo que no merece la realidad; lo que no merece la existencia, es rechazado... La Kabbalat llama a estas formas de que se ha prescindido, *Klippoth*, cascarones, y asegura que los demonios asumen estas formas... Todo en los demonios es engañoso, por eso sus formas aparecen y no son. Entonces, las formas del mundo de Omoroca que veremos aparecer en muchísimas ocasiones ¿son demonios? Acaso sí. Y si no son demonios, serán apariencias, fantasmas sin realidad, figuraciones vanas, espejismos; pero ¿qué agente es el que las hace aparecer?

Omoroca, bajo el nombre de Mummu Tiamat, está representada en los monumentos babilónicos en figura de un monstruo horrible, que se vuelve enfurecido contra Marduk. Aquella figura tremenda es el prototipo de todos los diablos que desde entonces se han esculpido, dibujado o pintado, de un extremo a otro de la tierra, y es la imagen que todos nos formamos de tales personajes.

APOLO Y DIONYSOS.—El gran mito babilónico de Belo y Omoroca —o de Marduk y Mummu Tiamat— nos muestra dos etapas cosmogónicas sucesivas, dos estados diferentes, o dos aspectos contrapuestos del Cosmos.

Pero el estudio del hombre nos muestra asimismo,

dentro de éste, los dos mundos: el mundo de la regularidad, del límite, del contorno, de la forma definida, y el mundo de las formas híbridas, indiferenciadas, monstruosas, sin lógica, sin precisión, es decir: el Orden y el Caos... Es natural que así sea, puesto que el hombre es el Microcosmos, el mundo compendiado, el resumen del universo y por lo tanto en él se han de reflejar la faz clara y la faz oscura, el ser y el devenir, lo comprensible y lo incomprensible, lo patente y el misterio (15).

(15) Es lo que K. Jaspers en su *Philosophie*, parte tercera, ha acertado a formular con el binomio: "ley del día" y "pasión de la noche", estableciendo una serie de conexiones existenciales muy dignas de ser tenidas en cuenta para un estudio a fondo de las estructuras del mundo y del existir humanos. Es lo simbolizado en el *Tao* chino por el segmento claro y el segmento oscuro del círculo de la Totalidad, y en la Alquimia y el Chamanismo por el Sol y la Luna. En el hombre y en la esfera del conocimiento más concretamente, se da una alternancia y una complementariedad de racionalidad e irracionalidad, de lucidez y de presentimiento, de Logos y de Pathos, de Conciencia, Infraconciencia y Sobreconciencia cuya síntesis armónica ha de ser continua y laboriosamente mantenida, pues una vez perturbada —en un sentido o en otro— se expone cada hombre y cada civilización a las reacciones más paradójicas y más inesperadas, todas ellas fatales para la salud y el bienestar morales de las sociedades. Debemos advertir además, que hoy, a la zona subliminar de *Inconsciente*, se suele añadir por los especialistas otra zona sub o supraliminar del *Sobreconsciente*, ambas incontrolables volitivamente, ambas carismáticas, transindividuales y transtemporales, que de vez en cuando emergen o irrumpen en la vida consciente y la iluminan, o envuelven en presentimientos, o le dan un carácter profético y arquetípico que la incapacitan en adelante para una vulgar existencia intramundana. La actividad sobreconsciente del espíritu suele ser explicada de modo breve mediante la comparación con los *computer* electrónicos: del mismo modo que los cerebros electrónicos —una máquina al fin y al cabo que no llega ni con mucho a reproducir la inmensa complejidad del cerebro humano— van sintetizando los datos suministrados por la realidad y

El único descubrimiento interesante de la psicología moderna consiste en la revelación de esa región del alma a que no alcanza la conciencia normal y que por ello se llama el Inconsciente.

La psicología india, conoce hace bastantes siglos esa zona oscura del alma. Distingue tres estados de conciencia, que se llaman, respectivamente: *jagrata*, conciencia despierta, conciencia del estado de vigilia, del hombre que vive en el mundo y percibe las cosas y los sucesos; *svapna*, conciencia de ensueño, llamada conciencia «sobredespierta», que se manifiesta en el estado de ensueño, y corresponde a la subconsciencia de nuestros psicólogos; y *suschupti*, conciencia de «sueño sin ensueño», que es la propia de los estados místicos superiores. El que se somete al difícil entrenamiento de técnica psíquica que entrañan las prácticas del Yoga, asciende progresivamente por estos estados de conciencia, hasta alcanzar la identificación con el principio supremo del ser, con el sentido radical del universo.

Esta ascensión es realmente un proceso hacia den-

---

comunicando dictámenes infalibles, puede existir una actividad parecida e incluso mucho más profunda y perfecta en lo íntimo del espíritu humano; más una actividad tan compleja y tan profunda que nuestras categorías de la vida consciente sean incapaces de vaciarla en sus moldes, más o menos calcados de la realidad manual. Unicamente a momentos, momentos privilegiados, se podría hacer permeable la estrecha franja de nuestra conciencia a esta actividad latente de la *Sobreconciencia*, que por su imprevisibilidad sería *zona de misterio* en el mismo grado que lo es el *Inconsciente*. Para la simbología del Inconsciente cfr. G. C. Jung, *Psychologie und Alchemie* (Zurich, 1944), *Von den Wurzeln des Bewusstseins* (Zurich, 1954) y nuestra *Experiencia Profunda del Ser* (Madrid, 1959), especialmente los capítulos titulados: "Sentido del Misterio" y "Sentido de la Paciencia" pp. 41-54.

tro —*dhyana, samadhi* (16)— en que el alma se interioriza cada vez más en su propia profundidad, y es en él donde se encuentran los diversos mundos de las formas divinas —*daivi jagrat*— que el yogui ha de ir superando hasta llegar a la indicada identificación *moksha*.

---

(16) La autonomía respecto de los estímulos del mundo exterior y del dinamismo subconsciente por el *pratyâhâra*, (que se traduce por "retracción de los sentidos" o "abstracción" y que consiste en la facultad de liberar a la actividad sensorial de las impresiones sensoriales para hacerla actuar independientemente de ellas, de modo que aún sin contacto físico sensorial pueda el intelecto —*citta*— conocer objetos exteriores distantes u ocultos, a base de pura concentración en sí mismo, facilitada por ejercicios musculares, posicionales y respiratorios debidamente combinados: Yoga), permite al yogui hacer la experiencia de una técnica triple, que los textos —el *Yoga Sutra* sobre todo y el comentario de Vacâspati Micra a Vyâsa— denominan *samyama*, o los tres *yogangas* o últimas etapas de la meditación yóguica: la concentración: *dhâranâ*, la meditación: *dhyâna* y el éxtasis: *samâdhi*. Estos ejercicios se califican de "sutiles" (*antaranga*) para designar que no implican ninguna nueva técnica fisiológica, sino la depuración por repetición diuturna de la técnica yóguica habitual. En el *dhâranâ*, dice Patañjali "se fija el pensamiento en un solo punto" (*Yoga Sutra* III 1) *para comprender* (y en esto se distingue de un grado inferior, el *ekâgrâta* que consiste en la mera concentración estática e inmanente a sí), concentración que, según Cácaspati Micra, no puede conseguirse si no se adopta un objeto como punto de fijación: un *mandala*, o en el *chakra* o centro del abdomen (ombligo), o en el Loto del Corazón, o en la Luz de la Cabeza. En esta Luz o Loto del Corazón, en su centro se encuentran las tres letras: A U M que resumen la Totalidad de lo existente y cuya repetición —también en el Sufismo musulmán— conduce al éxtasis por identificación con el Todo y con la Mismidad. Para esta concentración se necesitan doce *prânâyâma* o respiraciones controladas, iguales y lentas, y prolongando otras doce veces estos doce *prânâyâma* se accede al nivel del *dhyâna* o meditación propiamente dicha, que Patañjali define como "corriente de pensamiento unificado" (YS. III 2). Lo más interesante de esta meditación es

Es notable la identidad esencial de esta doctrina con la de Jung cuando dice: «Al rodearnos de nuestros muros racionales, nos hemos aislado de la eternidad de la naturaleza. La psicología analítica intenta derribar esos muros, alzando de nuevo las fanta-

---

que hace tomar esencialmente conciencia de una serie de homologaciones mítico-alegóricas que engendran una sabiduría cósmica e inefable. Por ejemplo, si se medita acerca del Fuego, se le van revelando simultáneamente y en todas sus conexiones místicas al yogui: el fenómeno natural de la combustión, la combustión animal que está teniendo lugar en su propia fisiología, y que le conduce a *identificarse con el fuego solar*, a causa de ello debe obtener una visión simple del existir en tanto que *fuego* (fuego metafísico y arquetípico), para así penetrar en el interior del acaecer cósmico en todos sus niveles, del macrocósmico y astral al infinitesimal. Finalmente, todos estos niveles vienen a reducirse al arquetipo de la *Prakrti* (Hombre Primordial femenino que simboliza la totalidad de la Materia) en su dimensión ígnea, para acabar dominando el fuego: el fuego vital interior primeramente, y después el fuego físico, las brasas de fuegos que tiene el yogui ante sí y que le han servido de objeto de concentración. Una vez realizada esta penetración esencial en el cosmos, una vez tomada posesión espiritual de lo real, no mediante la asimilación intencional, sino mediante una asimilación mucho más profunda, metafísica y por identificación arquetípica, se halla en condiciones el yogui de ejercer prácticamente este dominio sobre los elementos del cosmos. Y en esto consiste precisamente el *samâdhi*. El *samâdhi* (prescindiendo de sus degeneraciones milagreras en el Budismo y en el Tantra) es un estado tan firme que resulta invulnerable, enteramente cerrado a los estímulos: en este estadio, el mundo ha cesado de ser un *ob-iectum* para transformarse en una posesión. En él se produce una *ruptura de nivel* que conduce a la fusión de todas las modalidades del ser y, por lo tanto, a la liberación suprema del mundo aparencial y el pensamiento viene a confundirse con los núcleos infinitesimales de energía que constituyen la trama de todo el universo. Así, enraizada en el *samâdhi*, la conciencia (*citta*) tiene una revelación inmediata de la Mismidad (*Purusha*): Hombre Primordial masculino), que produce una abolición del dolor de existir (Cfr. Vijñâna Bhiksu, *Yoga-sâra-samgrâha*, 5). A partir de este momento, el yogui puede producir toda

sías y los símbolos del inconsciente que el intelecto racional echó de sí en tiempos remotos; estos símbolos están al otro lado del muro y pertenecen a aquella naturaleza en nosotros que, con toda probalidad yace en nosotros sepultada y contra la cual nos hemos escudado mediante el muro de la razón. De ahí nació el conflicto con la naturaleza, que la psicología analítica trata de descubrir» (17).

---

serie de efectos maravillosos como descifrar los gritos de todas las criaturas, conocer estados mentales íntimos de los demás hombres, recorrer el tiempo en sentido inverso, ubicuidad, movimiento a distancia, invulnerabilidad al fuego, levitación, etc... son los *siddhi*, que los autores indios califican de *peligrosos* por la facilidad que tienen de desviar la atención del yogui hacia el milagro y el poder bastardo que proporciona, y apartarle del verdadero camino de la purificación de todo lo mundano.

(17) El Psicoanálisis ha sido desde sus primeros momentos, en el fondo, un procedimiento para descubrir el fondo insobornable y nuclear de cada persona, fondo que no ha de ser concebido estáticamente, sino *dinámicamente*, constituido por una serie de actitudes básicas, de esquemas de acción, de tendencias situacionalmente condicionadas en un principio, pero de modo que las situaciones vividas en épocas y momentos de una especial plasticidad anímica han podido deformar o bloquear en un determinado sentido, y que es preciso liberar o reconducir a su dinámica normal y espontánea. El hombre precisamente por ser un ente autoplástico y abierto esencialmente a situaciones y a su circunstancia vital, corre constantemente el peligro de dejar de ser el mismo o lo que debería haber llegado a ser, es decir, de errar el camino de su Mismidad; el Psicoanálisis es la terapéutica de esas profundidades básicas y actitudinales más o menos bloqueadas, más o menos mediatizadas traumáticamente, que constituyen la *naturaleza* propia de cada cual. Una *naturaleza*, por supuesto, que tiene que ver muy poco con el mundo inorgánico y orgánico del paisaje, de la flora y de la fauna, una *naturaleza* que por ser eso mismo necesita del Psicoanálisis, porque no se halla dada en sus estructuras de una vez para siempre, sino que es esencialmente abierta y autoplástica, como se ha ocupado en demostrar experimental y suficientemente Malinowski (1884-1942) en sus obras: *The Family among the Australian Abo-*

A esa «naturaleza en nosotros» pertenece también aquella sedimentación de la vida de nuestros antepasados a que hemos aludido en la Introducción, que produjo los arquetipos «lo más hermoso y grandioso» y «las peores infamias y actos diabólicos», pudiendo decir Jung que «un hombre que dispusiera de ésta poco menos que inmortal experiencia... estaría por encima del curso del tiempo. Para él lo mismo significaría el presente que cualquier año del siglo cien antes de Jesucristo; sería un soñador de sueños seculares y, por motivo de su experiencia infinita, un incomparable adivinador. Pues habría vivido infinidad de veces la vida individual, de las familias, de las razas y de los pueblos, y gozaría de una plenitud vital que le haría poseedor del ritmo del devenir, del florecimiento y del desaparecer». Todavía, estos poderes maravillosos son los *siddhis*, que los indos atribuyen al yogui: solamente que el yogui no se contenta con ellas y teniéndolos por tan engañosos como los de este mundo accesible a los sentidos, se esfuerza por superarlos, por desligarse de todo lo sensible o de algún modo representable, para sumergirse totalmente en lo absoluto sin cualidades. Este anhelo místico, propio del alma inda, se proyecta, con inusitada ambición y energía, más allá del Cosmos, más allá del Caos, hacia el *Absu*, hacia el abismo de los abismos, hacia el «vacío del bostezo». En la filosofía Vedanta, la plenitud del ser no se distin-

---

1929), *Sex and Repression in Savage Society* (London, 1927), *riginés* (London, 1913), *Sexual Life of Savages* (London, *Crime and Custom in Savage Society* (London, 1926), *Myth in primitive Psychology* (London, 1935) y *A scientific theory of Culture* (Chapel Hill, 1944).

gue del no-ser, hay allí como una indiferencia al sí y al no. El *Chandogya-Upanishad* dice: «Antes fue la pura no-existencia, una en verdad y sin segunda; de esta no-existencia, nació la existencia». Y el *Parâmanusamhita* dice: «Nada existía entonces, ni ser, ni no-ser» dicen del *Nirguna-Brahamana* otros textos, sólo puede darse idea por negaciones (18).

Resulta, pues, que en el fondo del alma humana, existe siempre, de mil modos disimulada, la irresistible atracción del *Absu* —idea primitiva del no-ser, que antes de aparecer en la sabiduría inda, inventora del *cunya*, del «vacío», del «cero» matemático, estaba ya en la ciencia de los Patriarcas— y el camino hacia el *Absu* pasa por el Caos, por el mundo de Omoroca, es decir, por la inmensa zona del inconsciente, con su innumerable contenido. De estas penetrantes reflexiones del psicoanalista suizo, hay que retener una observación del máximo valor: en esa región inconsciente del alma humana, se atesora «lo más hermoso y grandioso» y también «las peores infamias y actos diabólicos». Hemos dicho que en los monumentos babilónicos se representa a Omoroca Mummu Tiamat en horren-

(18) Es la tendencia, fecundísima en todo el pensamiento místico, incluso en el cristiano, de la *via negationis*, por remoción de límites y de imperfecciones, la *Teología Negativa*, para llegar a la idea de Dios, para obtener un concepto relativamente viable del esencialmente *Otro*, del *Trascendente* que de ningún modo puede ser vaciado en ninguna de nuestras categorías lógicas. Esto no es irracionalismo, sino suprarracionalismo. Por eso tuvo que hacerse *Hombre*, para poderse hacer inteligible al lenguaje humano sin una inadecuación demasiado crasa. Pero aun entonces, Cristo es un misterio y todo su lenguaje posee unas resonancias trascendentes e inexhauribles, que lo sintetizan todo en todo y que han de moverse según una dinámica de paradoja.

da figuración diabólica; esta representación no expresa más que media verdad: no todo es mal en el mundo de Omoroca, como no todo es bien en el mundo de Belo-Marduk; rige en ambos la misma polaridad, Orden y Caos ofrecen ambos una faz luminosa y una faz tenebrosa. La *Ada-Nari* inda nos muestra una representación más exacta, porque los indos profundizaron mucho más en la exploración del inconsciente (19).

Los griegos trabaron conocimiento con el inconsciente en el delirio dionisíaco, que les fue revelado por Orfeo.

Orfeo es un personaje enigmático y contradictorio. Viene de la Tracia (19 a), que es un país bárbaro, y es uno de los fundadores de la poesía griega. Posee una lira con cuyos sones amansa las fieras, edifica las murallas de Tebas, obligando a las piedras a disponerse en hiladas superpuestas; adormece al Cancerbero, ilustra a los dioses del Hades; es decir, por dondequiera, hace reinar el orden, es-

(19) Mientras la cultura helénica parte y se centra en el Logos, la cultura india se centra en lo supralógico, y de este modo, descubre lo infralógico; es decir, sale del círculo luminoso del Logos, y fuera de él se hunde en las paradojas, los infinitesimales macro y microcósmicos, la *coincidentia oppositorum*, que en Occidente sólo tratará la Alquimia y se esforzará por introducir en la Filosofía, desde la Teología Negativa precisamente, Nicolás de Cusa, profundamente influido por nuestro Raimundo Lulio, cuyas obras, en varias ediciones incluso, aparecen profusamente anotadas de la propia mano del Cardenal en su biblioteca particular que todavía se conserva en el Hospital fundado por él en Cusa.

(19 a) Hoy se discute el origen tracio tanto de Orfeo como del culto dionisíaco; Orfeo y Dionysos parecen haber sido importados, en época micénica, del mundo semita occidental, tal vez por mediación de Creta. Cfr. M. Astour, *Hellenosemitica*, Leiden, 1967.

tablece el triunfo del espíritu sobre la materia. Por otra parte, establece el culto de los misterios, que se practica en los bosques, en los montes y en las cavernas, con danzas orgiásticas que provocan el éxtasis, iluminador del alma, y la libertad del eterno ciclo del nacimiento y de la muerte. En lo cual encontramos la idea del *samsara* indo, pero implica un ejercicio diferente del Yoga de los indos, aunque no del de otros pueblos del Asia, y que pervivió en los derviches volteadores; aunque debamos recordar que Krischna hacía danzar a sus pastores, al son de la flauta —el instrumento báquico— en la selva (20).

---

(20) *Krshna* es el dios yóguico por excelencia según el *Bhagavad Gitâ*, él mismo lo ha revelado a Arjuna, como caminos que conducen a la liberación final (a este efecto revela Krshna la estructura del universo y las diversas modalidades del Ser). Krshna invita a *comprenderle* a él mismo y a *imitarle*, y aunque él mismo no está sujeto a actuar de modo alguno, permanece siempre activo para servir de ejemplo a los hombres y mantener así al mundo en vida. Y siempre que el orden universal (*dharma*) vacila, Krshna se manifiesta (BG. IV 7), revela de una manera apropiada al momento histórico en cuestión la sabiduría intemporal que posee. Krshna ha creado las diferentes clases de modos de existencia con su *karman* correspondiente y continuamente crea y recrea el mundo mediante su *Prâkrti* (cfr. nota 16) y la aceptación de un determinado estado de cosas, de una determinada situación histórica y existencial (*guna*) actuando de acuerdo con sus exigencias, no implica en modo alguno, sino que excluye una valoración absoluta de los propios actos y de la propia condición histórica. Es decir, que debe negarse una verdadera realidad ontológica a toda situación humana, pues sólo Krshna posee el Ser en plenitud y en realidad. En la mística vishnuita (popular y barroca) Krshna se halla esencialmente constituido por *Râdhâ*, el Amor infinito: la mujer participa de la naturaleza de *Râdhâ* y el hombre de la de Krshna, por eso la verdad profunda de los amores de Krshna y de Râdhâ no puede ser vivida, experimentalmente conocida, sino a

La tradición que hace a Dionysos conquistador de la India e importador de sus fiestas, acaso tenga razón. Sin embargo, lo que se afirma es que Orfeo aprendió su culto de las mujeres tracias —¿un culto matriarcal?— las ménadas que, acaso por haber descubierto su secreto, lo despedazaron furiosas, y arrojaron al mar —que es el residuo del Caos primitivo— su cabeza y su lira.

Pero el secreto quedaba ya en manos de los «Orfeotelestes» y podía comunicarse a una serie indefinida de iniciados.

La fuerza —en el sentido de potencia— ideopoética y praxogenética de los mitos se prueba por el hecho de que, para nosotros, hoy, las representaciones luminosas y apacibles, los conceptos claros y artísticamente dispuestos, que se mueven en la superficie de las cosas, el pensamiento racional «more geométrico», la belleza consistente en las «fiestas», proporciones, la armonía, la serenidad, el equilibrio, la moderación, lo *sophrosyne*, todas las virtudes que pródigamente atribuimos a los griegos, y que, acaso por ser de ellos, tanto admiramos, aunque de ninguna manera las practiquemos, están en relación con Apolo, que es de ellas cifra y símbolo. En cambio, Dionysos significa todo lo opuesto: lo pasional, lo trágico, lo orgiástico, el «furor sacerdotal», el delirio sagrado, el éxtasis, todo lo que comprendemos confusamente bajo los términos «misticismo», «romanticismo», «panteísmo natura-

---

nivel de la corporeidad sexuada. De ahí la prostitución cultual y las ceremonias que ritualizan la unión sexual convirtiéndola en una homologación de la Hierogamia primordial, propias de las religiones arcaicas; en el caso de Tantra vishnuita: el *maithuna*.

lista». Fue Winckelmaun quien definió para nosotros el aspecto apolíneo del alma griega, con sus caracteres serenos y luminosos. La revelación del aspecto dionisíaco se debe a Nietzsche. Apolo, en efecto, representa y preside el aspecto diurno del mundo visible y del mundo celeste, el mundo dispuesto por Belo-Marduk, después de su victoria sobre el Caos. La lira de Apolo simboliza la armonía con que Belo-Marduk dispuso los astros en el firmamento. Pitágoras —un geómetra— escuchaba aquella disposición de los cuerpos celestes como «música de las esferas». Como Belo-Marduk, dio muerte a Mummu Tiamat, prototipo de todos los dragones y, con ella, a los monstruos que la acompañaban, también se dice que Apolo dio muerte a la serpiente Python, que según algunos representa a la tierra, en cuanto antagonista de Zeus. Como Belo-Marduk, Apolo es un dios de Luz, es el sol mismo, símbolo de la conciencia vigilante y de la lógica.

Dionysos, en cambio, es un dios nocturno, al que se asocia todo lo misterioso, lo profundo, lo agreste, lo subterráneo, el Inconsciente.

Pero resulta que Apolo vino del Asia —de Asia, la calumniada— y se estableció en Delfos. Y allí tenía un oráculo comunicado, por medio de una mujer: La Pythia, Pitonisa o Sibila Délfica, que lo pronunciaba extática, «en trance» producido por las emanaciones narcóticas de una sima, esto es, de una boca del mundo subterráneo, envuelto en palabras incoherentes, como podrían hacerlo, en su danza furiosa, las Ménades o las Bacantes; y que luego los sacerdotes articulaban en versos ambiguos... Aquí nos encontramos, bajo «el laurel de

Apolo», bien lejos del luminoso razonamiento apolíneo, bien lejos del Orden, tal como lo conciben los racionalistas helenizantes... (21). En el templo principal, en el centro de la religión de Apolo, en el *Omphalos* (cfr. nota 26), hemos caído de lleno en

(21) Apolo y Diónysos en realidad no se distinguen tan radicalmente como pretendió Nietzsche, son dos polos complementarios de una misma realidad que los envuelve y los une: en Delfos se veneraba el sepulcro de Diónysos junto a trípode de los oráculos apolíneos, y el mismo trance de la Pitonisa tenía mucho más de dionisiaco que de apolíneo. Todo el recinto sagrado de Delfos se hallaba consagrado a ambos dioses, así como en las diversas cimas del Parnaso, no lejos de Delfos se celebraban orgías en honor de ambos por las *thyadas* (o sociedades femeninas de Misterios) venidas del Ática, en unión con las mujeres délficas. Sus atributos se confundían y el mismo Heródoto se admira de la enorme semejanza que existe entre los oráculos dionisianos de Tracia y el oráculo délfico. Este Apolo tan estrechamente emparentado con Diónysos (y con Helios) no es el conocido Apolo aqueo-dorio, hijo de Latona, sino el Apolo cretico, hijo del Koribante (en cretense: *kouretós*) y emparentado por lo tanto con el culto de Cibeles, la "Gran Madre" siria (la Démeter eleusina), que no se distinguía mucho del frigio Attis-Sabazios, de ahí el aspecto andrógino de algunas representaciones tardías de Apolo. Diónysos también procedía de una fusión de Osiris con el Koribante frigio o con Attis, ambos de carácter solar (Helios). Las nuevas versiones, ya en territorio helénico, tanto de Apolo como de Diónysos se hallan hermanadas por este carácter solar: así como Apolo es el Sol del hemisferio superior, Diónysos lo es del mundo subterráneo, dios psicopompo del reino infernal. Esta unión del dios orgiástico con el Hades es, como ya hemos dicho más arriba, una constante de todas las mitologías que simboliza la estrecha relación entre la vida y la muerte. El Orfeo de Esquilo nada tiene que ver con el culto orgiástico al dios del vino, pero sí era servidor de Helios y gracias a sus *Misterios* parece ser que se fue propagando la asociación cúltica de la tríada Apolo-Diónysos-Helios; por eso es denominado en la Tragedia, en Sófocles y en Eurípides, Apolo *Bakkhos* y Aristóteles, según Macrobio, (*Sat.* 1,18) declara que Apolo y Diónysos son la misma divinidad. Orfeo parece haber importado a Tracia el culto dionisiaco después de haber sido en Creta

las redes del Inconsciente. A esta caída en el inconsciente se le teme mucho. Pero está más en lo cierto Jung. En el inconsciente hay «las peores infamias», pero también «lo más hermoso y grandioso». No es cierto que todo el mal esté en el Inconsciente y todo el bien en la conciencia vigilante. Ni Mummu Tiamat es enteramente un diablo ni Belo-Marduk es un dios verdadero. Por el contrario, son innumerables los indicios que nos llevan a creer que cada uno de los dos mundos, el de Belo y el de Omoroca, tiene una faz clara y una faz tenebrosa, es una mezcla de bien y mal; una ley universal de polaridad rige el universo entero, el Macrocosmos, y por lo tanto el Microcosmos. Los instintos, los impulsos, los sentimientos, incluso desordenados, que suben de los fondos oscuros del Inconsciente, pueden llevarnos a la adivinación y al heroísmo; es de allí de donde vienen las fuerzas secretas del genio. En cambio, la razón, cuando se encierra exclusivamente en sí misma, se ciega sin duda a todo lo que excede a las breves proporciones huma-

---

discípulo de los Dáktylos, sacerdotes de la Gran Madre frigia del Ida. La efigie en madera (o sea arcaica) de Orfeo se hallaba junto a la de Démeter en los templos del Taigeto y del Helikón. Tardiamente se llegó a distinguir entre dos Orfeos: el hijo de Eagro y el otro, fundador de los *Misterios*. Los sacerdotes de estos Misterios, los *Orficos* se propagaron por toda la Hélade y mantuvieron la unión espiritual entre los distintos focos cúlticos. Las tradiciones órficas profesadas por ellos inspiraron toda la espiritualidad de la secta pitagórica y tuvieron así un influjo poderoso en Platón y en todo el pensamiento griego y helenístico; al perderse la vigencia de los mitos homéricos puede decirse que toda la religiosidad helénica se nutre de mística órfica, con su tendencia hacia la interiorización y trascendentalización de la vida, su creencia en la inmortalidad personal y, en consecuencia, sus prácticas catárticas e iluminativas.

nas. Un racionalista tan sistemático como Hegel —«todo lo real es racional, todo lo racional es real»— acaba por decir:

«es el torbellino de las bacantes».

Y Platón sabía bien que llega un punto en que no basta el raciocinio lógico, y se ve obligado a recurrir a los mitos, porque, para él, *saber* es *recordar*. Platón sabía que la razón en último caso, sólo sirve para avivar el recuerdo: la verdadera ciencia reside en la memoria, para alcanzarla hay que remontarse a lo anterior a nuestro nacimiento, a cuando estuvimos en el mundo arquetípico, en que pudimos contemplar directamente la Ideas Madres, las que según Jung, se encuentran en el Inconsciente transpersonal, herencia psíquica de los remotos antepasados... ¿Será verdad que ese último estrato de la memoria es el Caos?

ORFEO, PLATON, ARISTOTELES.—Volvamos a los tres estados de conciencia de la psicología inda *jagrata, svapna, suschupti*, que, referidos a una suerte de conciencia universal, y correspondiéndose a las tres letras de la sagrada sílaba Aum. Aum, pronunciado Om ¿no será el rumor del gran abismo, Apsu, o del abismo de las aguas «que en la lengua de los caldeos se dice *thagatha* y en la de los griegos se convierte en thalatta, es decir, el mar? ¿No parece sonar esa sílaba en el caldeo Um-uruk, griego Omoroca? ¿No será Aum onomatopeya del rumor de las aguas primitivas del Génesis? correspondiéndose a las letras A, U, M, se llaman alguna vez *Vaisvanara, Taijasa* y *Prajña*, a

saber, conciencia despierta, conciencia sobredespierta y conciencia suprema, o también, conciencia de vigilia, conciencia de ensueño, conciencia de sueño sin ensueño, que, en nuestra psicología moderna corresponden respectivamente a la conciencia vigilante, al subconsciente e inconsciente, o según otros a la *Sobreconciencia.*

La primera es la conciencia de todos los días; la segunda se alcanza en el ensueño, en el sonambulismo, en los estados de entusiasmo e inspiración, en los estados místicos; la tercera no ha llegado aún a nuestro conocimiento.

Ahora bien, los gnósticos distinguían tres clases de hombres, que llamaban *hylicos, psíquicos* y *pneumáticos;* en los primeros predominaba la materia, las representaciones referentes a la vida del cuerpo y sus necesidades o apetencias; en los segundos predominaba el alma, o lo que nosotros consideramos como capas inferiores de ella; en los terceros predominaba el espíritu, que para nosotros se identifica con lo racional y transferible, más que para ellos sobrepasaba la racionalidad, y por eso podía alcanzar las verdades supremas (22). El *pneûma* aparece en contacto con lo que es ignoto para el hombre corriente, por sabio que sea —sea hylico, sea psíquico— o más bien, con lo que el hombre corriente y normal, por sabio que sea, lleva consigo sin saberlo, relegado en el Inconsciente.

(22) Al cabo de unos años, no nos parece que pueda decirse ya hoy lo mismo. El *noûs* y menos el *pneûma* no pueden identificarse con lo racional simplemente: ésta fue precisamente la confusión que condujo al Racionalismo y a la trágica crisis del mismo, las *Críticas* kantianas, al no concebir la posibilidad de la *intuición intelectual.* Mucho más matizado, antes del auge del Racionalismo, es Cusa

Recuerdo que, hace muchos años, éramos cuatro o cinco amigos que leíamos cosas de las cuales los eruditos y sabios de nuestra provincia hacían desprecio y chacota, porque estaban fuera de las normas de lo «clásico» y de lo «razonable». Entonces nosotros decíamos de aquellos señores que tenían indudablemente «talento», pero no tenían «espíritu». Este «espíritu», era para nosotros, una cosa indefinible que estaba por encima de la razón y

---

que distingue *cinco* vías de conocimiento: la sensible, la *fantástica* (o sea la esfera de lo mítico y alegórico precisamente), la racional, la *intelectual* y la *extática*. La Naturaleza se halla, para Cusa, llena de transparencias en diversos grados, niveles y aspectos. Si evitamos toda precipitación en reducir unas realidades a otras a base de exagerar los rasgos comunes y silenciar los diferenciales, que es lo que han venido haciendo todos los racionalismos, y nos guiamos por una paciente fenomenología del conocimiento, que se deja dirigir la palabra por las realidades sin imponerles sus pautas y esquemas a priori de toda experiencia, hemos de reconocer que, además del discurso racional, nos son trasmitidos conocimientos por la *imaginación poética*, la *vivencia estética*, la *intuición intelectual*, los *presentimientos*, la *sobreconsciencia profética*, el *ensueño*, la intuición o iluminación *mística*. No es ésta ocasión de hacer el análisis fenomenológico de cada una de estas vías; baste enumerarlas para sugerir toda la complejidad y riqueza que el fenómeno del conocimiento posee, insospechada, por lo visto, para los racionalistas, y que los antiguos trataron de expresar con las denominaciones de *noûs* y de *pneûma* (incluido el mismo San Pablo). En el fondo se trata de la apertura existencial y esencial del ser humano al Ser, aunque esté por encima de sí y le sea desproporcionado a su capacidad de conocimiento, pero con respecto al cual conserva una cierta afinidad, una cierta receptividad que toma expresión de modos insólitos, más allá de lo puramente lógico y racional, pues no hay que olvidar que la lógica del hombre no puede nunca identificarse con la lógica en sí, con la lógica inconmensurable del Ser en sí, infinito. Esta apertura esencial al hombre y que se canaliza por esas otras formas y vías de conocimiento pneumático o noético es lo que los teólogos clásicos han llamado *Potentia Obœdientialis*.

que permitía apreciar matices, significaciones, expresiones, conexiones, que se escapaban a los hombres de talento; acaso se pareciese al «esprit de finesse», de Pascal pero no parece posible que una mente, al fin francesa, pueda darse entera cuenta de ello. Era como una luz interior que alumbrase desde cerca del corazón mientras la razón tiene algo de luz exterior que ilumina desde afuera el ojo... y fuese siempre el ojo... (23).

---

(23) De las insuficiencias de la Lógica humana se dio muy bien cuenta aquel gran racionalista, superador genial del Racionalismo sin caer en la situación inviable de Kant, que fue Pascal: "hay razones del corazón que la razón no comprende", había dicho en el esbozo de una obra que nunca llegó a redactar y que constituye *Les Pensées*. El *esprit de finesse* de Pascal expresa todavía crepuscular e indiferenciadamente esa apertura esencial del ser humano a lo que le supera, esa capacidad de intuición intelectual y poética (la *Sapienza Poetica* de otro autor del período barroco, G. B. Vico en su *Scienza Nuova*), ese *noûs* abierto a los influjos *pneumáticos* por el que el espíritu humano va penetrando en las profundidades de los seres y de las situaciones, de las estructuras del mundo y de su propia conciencia, más allá de las percepciones sensoriales y de los raciocinios lógicos. Naturalmente la imagen más apropiada para expresar estas formas de conocimiento es la del Ojo, que en razón de su correspondencia adecuada con el intelecto se presta a un complejo simbolismo que nos sale al paso en el lenguaje de todas las tradiciones y religiones, más con una particularidad siempre: nunca se representan los dos ojos, sino siempre *uno sólo*. Los dos ojos corporales expresan ya una bipolaridad ambigua, que fragmenta la realidad, el ojo único (inscrito en un triángulo como en la iconografía cristiana o masónica, abierto sobre la frente como la iconografía shivaita y budista, *Ojo del Corazón* como en el Sufismo, o *mônos ophthalmós* de Plotino...) unifica y profundiza las realidades; es único y central como la luz divina y se encuentra —en iconografía extremoriental sobre todo— situado entre las dos visiones más superficiales (exterior e indirecta, e interior y relativamente directa). El Ojo frontal de Shiva corresponde en los humanos a la *conciencia de la eternidad* que les comunica un sen-

El «espíritu» no encontraría demasiado extrañas las formas anormales del mundo de Omoroca, y hasta sería capaz de encontrar belleza en ellas: una belleza de expresión, de significación superior a simple belleza formal, la cual, para el «espíritu», es decididamente fea, cuando no hay correspondencia entre la forma y lo que expresa. Y, sobre todo, el «espíritu» es capaz de distinguir en el mundo de Omoroca, lo divino y lo diabólico «lo hermoso y grandioso» y las «infamias y crímenes», las formas que deben realizarse y las que deben rechazarse.

Desde luego, este «espíritu» no es el que hoy llaman *espíritu* los filósofos. No es el de Klages ni el de Scheler, no es ni siquiera el de Hegel, no es, sobre todo, el de los neokantianos de ninguna escuela... Pero el de éstos es el «entendimiento separado» de los averroístas.

Viene después Frobenius y nos señala tres grados en el desarrollo paideumático: *Das Daemonische, Die Idealen, Die Tatsachen*, o sea, como si dijéramos: fase fantástica, fase idealista, fase realis-

---

tido del misterio, de lo provisorio de las realidades terrenas, del valor simbólico y signitivo de cada ente mundano. Perdida esta conciencia en cuanto facultad natural en la humanidad decaída, puede considerarse que se "ha retirado" de la superficie del ser, como, según algunas tradiciones asiáticas (y en los Indios Pueblos) el Edén se considera retirado de sobre la haz de la tierra a regiones subterráneas para reaparecer al final de las edades del hierro y de las sombras (que son las nuestras). Según la mística musulmana, finalmente, el hombre en busca de Dios ha de descender a su propio corazón para hallar el Paraíso Perdido y realizar así la "Unidad suprema de la existencia" (*wahdat el-Wujûd*), como dice el Sufí Mançûr El-Hallâj: "He visto a mi Señor con el Ojo de mi corazón, y dije: ¿Quién eres Tú? Y me ha contestado: ¡Tú!" Cfr. F. Schuon, *L'Oeil du Coeur* (Paris, 1950) p. 25.

ta, que se dan lo mismo en el desenvolvimiento de los individuos, que en el de los pueblos y en el de las culturas... Vienen a corresponder a las tres etapas de cada uno de los ciclos históricos de Juan Bautista Vico: divino, heroico y humano. Al primero —*Daemonisches*— corresponde la mentalidad mítica de los niños y de los hombres primitivos; al segundo —*Idealen*— la mentalidad entusiasta de la juventud —la edad heroica— y de las épocas que tantas veces llamamos «bárbaras»; al tercero —*Tatsachen*— el realismo frío, el «positivismo» de la madurez y la ancianidad y de las épocas de civilización. El predominio actual de las representaciones e intereses económicos y de la técnica, indican que nos hallamos en una de esas épocas conclusas, egoístas, prácticas, hostiles, como ha demostrado, a toda visión poética y a toda gran empresa de tipo heroico, contra la cual todo nuestro mundo se pone tan fácilmente de acuerdo.

He aquí, en cambio, algo muy importante: el poeta, el artista, en general, el creador en cualquier orden, el genio, es tan sólo aquel hombre —y lo que se dice del hombre individual se dice de los pueblos— que en la edad adulta conserva una mentalidad fantástica, mística, *dämonisch*...

Los que poseen tal tipo de mentalidad son, pues, los hombres que yo llamo de «espíritu», los pneumáticos, los capaces de la ciencia sobredespierta, de alcanzar *Taijasa*, y *Prajña*. Aquellos en cuya mentalidad predominan los *Idealen*, son los hombres de talento superior especialmente los que sienten una apetencia desinteresada y heroica; son los psíquicos, que pueden llegar a algunos de los primeros escalones del *svapna*. Los que se atienen a los

«hechos» —*Tatsachen*— son los hombres de talento simplemente práctico, los hylicos, que no se elevan a ninguna parte, que se agarran a la conciencia vigilante referida al mundo sensible, *jagrata*.

Volviendo al gran mito babilónico, las formas del mundo de Omoroca serán consideradas por los primeros con curiosidad y esperanza, por los segundos con duda y sonrisa, por las terceras con odio y temor.

Aristóteles es el más eminente de los últimos, Platón de los intermedios, Orfeo de los más elevados.

LOGOS Y BIOS.—Belo-Marduk y Omoroca-Manumu-Tiâmat pueden muy bien ser traducidos, sin violencia en las significaciones, respectivamente por «Logos» y «Bios», la inteligencia ordenadora y la vida protoplásmica en el seno de las aguas primitivas. Si así lo hacemos, hallaremos que el mito expresa de un modo sorprendente la doctrina de Klages.

Klages ha logrado determinar, en sus observaciones grafológicas y psicológicas, algunas de las perturbaciones vitales que en el hombre produce la intervención del espíritu o intelecto en la vida del alma vital que se conduce por la intuición y por el instinto. El espíritu —Logos— tiende naturalmente a la destrucción de la vida. Pues bien, en el mito, la aparición de Belo-Marduk representa el momento de la inserción del espíritu. No puede dudarse de que el espíritu produce una escisión en la vida, una separación, como Belo-Marduk en el cuerpo de Omoroca-Munumu-Tiâmat, que divide en dos el alma

humana, la vida humana, entre cuyas dos partes existe desde entonces perenne conflicto, incesante lucha: «o sobra la materia o sobra el alma», lo cual hay que entender en muy diversos sentidos... Porque es posible que Belo-Marduk haya separado la faz clara y la faz oscura, de las dos que probablemente tenía Omoroca —haya separado verticalmente las dos mitades opuestas de Adda-Nari— y así haya distinguido el bien del mal... Aquí tocamos a un misterio terrible que, según dicen, sólo pudo resistir el Rabí Akiba.

El mito nos explica cómo se insertó el espíritu en la vida, por haber sido amasado el hombre con sangre de los dioses, que lo hizo participante de la mente divina. Solamente, en el mito, el espíritu aparece con el hombre y en Klages mucho después, pero sólo es cuestión de tiempo.

Desde luego, la identificación del Bios con el Caos nos ofrece una nueva dificultad: la vida supone un orden; la materia viva es, precisamente, la materia organizada; existe un orden biológico previo al orden del espíritu, el cual lo supone, y sólo superponiéndose al orden biológico puede existir y subsistir en este mundo.

Todo puede aclararse si echamos mano de la superposición de los diversos mundos, tal como la expone Nicolás Hartmann, a saber, de abajo arriba: en la base, el mundo de las energías físico-químicas regido por las normatividades que les son propias; sobre él, soportado por él, como condición necesaria, reposando en él, pero rigiéndose por otras leyes propias, diferentes de las del mundo inorgánico, el mundo de la vida, de lo vital; en un grado superior, descansando igualmente sobre el plano de la

biología, pero sujeto a leyes diferentes e independientes, el mundo de lo psíquico, de las almas; sobre éste, el mundo del espíritu, esto es, de la lógica, de los valores, de la moral, del derecho, de la religión, que tiene también sus propias leyes, pues, aunque todo eso que llaman espíritu vive en las almas, como las almas en los cuerpos y la vida en la materia, ni la vida puede ser explicada por la física y la química, ni el alma por la biología, ni el espíritu por la psicología (24).

Pero, aceptando esta idea de Hartmann, podemos observar también que, en cierto sentido, para cada uno de esos mundos, es caos el mundo inmediatamente inferior y los que hacia abajo le continúan: la muerte, que restituye los cuerpos animales y vegetales del mundo de lo vital al de las fuerzas físico-químicas, lo hace destruyendo en aquéllos la organización biológica, mediante la cual aquel cuerpo vivía. Es decir, los vuelve del orden al caos. Y pocas imágenes del caos hay tan gráficas como la descomposición de un cadáver.

Lo que sucede es que, en realidad, el orden no elimina el caos de un modo absoluto; el caos sigue existiendo, en potencia, en el seno del orden; por

(24) Es lo que el mismo Hartmann denomina *Ley de la Fuerza* y *Ley de la Libertad*, de modo que las categorías inferiores son las más fuertes, y las categorías superiores las más libres, frente a éstas, en su contenido específicamente nuevo (autónomo), aunque "descansan" sobre estas inferiores, sin que por eso se agoten las formas superiores en esta dependencia de las inferiores. Esta concepción, que deja traslucir un influjo inmediato del pensamiento de Scheler, corresponde todavía a la visión cuantitativo-mecanicista de la Ilustración que siempre condiciona, con un cierto materialismo latente, al sistema de Hartmann.

eso, de hecho, el caos recobra cuanto del mundo del orden se desprende.

El Bios de Klages incluye el orden biológico y el psicológico. En el hombre, esto se llama somatopsique y timopsique. Pero este orden se haya más cerca del caos que el del espíritu. Sin embargo, Klages no preconiza el caos. Son sus contrarios, los racionalistas, los que desean el tiempo del espíritu a expensas de la vida, los constructores del mundo more geométrico, o que así pretenden entenderlo —cosa menos fácil que organizarlo—, los que implícitamente llaman caós al orden biológico. En realidad, también la inteligencia, incluso la razón, es una función vital. El orden reside precisamente en que cada cosa esté en su sitio, cada potencia realice su propia función y en que todo se mantenga dentro de su límite natural; poner en tensión las realizades hasta que sobrepasen sus propios límites es lo que es operar en el sentido del caos (25).

Por lo tanto, en los momentos de perintelectualización, como dice Max Scheler, cuando domina la inteligencia mecánica, entonces, en efecto, el Logos

---

(25) Klages es un autor incitante, fermentario, pero sumamente ambiguo e informe, en el que toda la pasión lírica, naturalista y panteísta del *Sturm und Drang* germánico recibe su expresión más acabada. Resulta un genial vulgarizador de las *Filosofías de la Vida* en su versión más extrema, procedente del círculo del poeta Stephan George. Klages pretende haber vuelto al auténtico Nietzsche, a su concepto genuino de *Vida* que identifica absolutamente con lo Dionisiaco (*Vom kosmogonischen Eros*, 1922). Su obra principal —cuyo enunciado es ya un sistema— es *Der Geist als Widersacher der Seele* ("El Espíritu como contradictor del Alma") 1929-1933. El principal mérito científico de Klages es el haber sabido hacer del ocultismo grafológico una verdadera ciencia grafológica, detectora del carácter y de las tensiones profundas de la persona.

se opone al Bios y el drama señalado por Klages tiene entonces lugar. Pero es que el desorden se ha producido por parte de la inteligencia; es ésta la que tiende a realizar el caos; Belo sucumbe ante Omoroca, porque se ha cansado de su creación y desea incansablemente sin limitación y sin fin otras nuevas, más y más perfectas. Pero se encuentra con que las formas, como hemos dicho, tienen sus límites y condicionamientos, que la forma misma consiste en ser un límite ontológico. Lo vemos en las formas naturales, que están limitadas en sí mismas, en el tiempo y en el espacio; las criaturas que se apartan de la normal figura humana, mueren a poco de nacer; los gigantes y los enanos tienen vida breve y precaria; ningún individuo vivo traspasa el máximun de edad señalada a su especie. Las bestias del mundo de Omoroca no pudieron resistir la fuerza de la luz, porque estaban fuera de las leyes naturales implicadas en la existencia misma de la luz. Las formas artificiales tienen su límite en las posibilidades de la materia y de las energías físico-químicas que en ella residen, y en las propias de la imaginación humana. Y cuando la inteligencia pretende ultrapasar esos límites, quiebra las formas posibles, quebranta el orden natural sin poder crear otro nuevo, y sólo crea formas truncadas. No es el sueño de la razón, es su vigilia siempre insatisfecha la que produce monstruos.

También hay que tener en cuenta que no hay un solo Caos, sino dos. El orden se encuentra en medio de ambos. Hay un caos pre-vital y un caos post-vital. El primero es aquel del cual se origina la vida —se origina el orden biológico y gracias a él, el del alma y el del espíritu, que no pueden existir sin la vida—,

el cual tiene dos símbolos, uno antiguo y otro moderno: el mito cosmogónico del *Huevo* cósmico, el *Huevo* del mundo (26), que Flaubert vio pendiente del ombligo de la diosa porque es el huevo de la gran Madre —y el mito científico del *batybins*, en otro tiempo tan famoso como creído. Es el caos de las esperanzas, porque de él todo puede venir, de él sale el orden. Como el proceso es irreversible,

(26) Con este símbolo tocamos uno de los puntos más cargados de contenido mítico-metafísico: el *Huevo* cósmico se relaciona estrechamente con la *Caverna*, con el *Corazón* y con el *Omphalos* délfico, que, como es frecuente en los símbolos del *Centro*, tenía forma ovoide. El *Huevo* no es símbolo del cosmos en su estado de plena manifestación, sino en su estado germinal, potencial e inmanifestado, a partir del cual se efectuará en todas direcciones, a partir del huevo inicial el despliegue del ser cósmico, de modo que el *Huevo* seguirá ocupando el *Centro* (Caverna, Corazón, Omphalos). En la mística india el germen espiritual macrocósmico se denomina *Hiranyagârbhâ* (lit. "embrión de oro") y se identifica con el *Avatâra* primordial (expresamente designado como *Agni* = Fuego...) por lo cual el Huevo cósmico adquiere un simbolismo solar (el Sol es en las diferentes tradiciones otro símbolo del Centro del mundo); en el orden microcósmico, el Huevo se denomina *Brahmânda*, porque en él se halla envuelto embrionalmente *Brahmâ* (o el Ser total). Este "germen de inmortalidad" (*Agni*) se denomina *Luz* en la tradición hebraica. Con frecuencia aparece una *Serpiente* enroscada en torno al *Huevo* cósmico, lo mismo en torno al *Omphalos* y a los betylos, así como la *Kundalini* en torno al germen de inmortalidad y el Dragón en torno al tesoro y a la Perla; íntimamente relacionado con la potencia germinal en la que todas las cosas se encuentran implicadas, se halla el símbolo de un dinamismo cósmico dispuesto a dispararse en toda su peligrosidad, su agresividad a la vez celosa y generosa, que entre sus anillos retiene el poder germinal de despliegue, a la vez que alude a un inmediato y prolongado salto. Un salto que simultáneamente pondrá de manifiesto las riquezas inexhauribles de la potencia germinal y las amenazará de muerte en virtud de su mismo existir (la misma morfología genital recuerda esta asociación y ciertamente ha influido en la cristalización del símbolo tan frecuentado por

no hay posibilidad de que un orden cualquiera retroceda a su fase ovular. Lo que acecha a todo orden es el caos post-vital, en que el orden no se vuelve protoplasma, sino que se deshace en detritus: la salida, el final, no es el embrión, sino el cadáver.

El pintor surrealista, el soñador de inventos absurdos —aunque se realicen— el utopista, político, social o técnico, el filósofo forjador de sistemas gratuitos, son racionalistas insatisfechos, enemigos de lo posible, enemigos, por tanto, de la vida y creadores de un caos inferior al de Omoroca, porque es el de los detritus y de la muerte.

HISTORIA Y SUBHISTORIA.—Se dice que la memoria de los acontecimientos históricos no consignados por escrito no alcanza a más de tres generaciones, de manera que todo lo que queda más allá se confunde y trastrueca en la memoria de los pueblos, toda referencia cronológica desaparece y todo aquel pasado de muchos siglos se relega a un mismo plano, que se supone remotísimo e inmemorial. Así, los acontecimientos de períodos muy distintos se sitúan como próximos y aun contemporáneos unos de otros; se atribuyen a uno solo las hazañas de muchos, o se personifican en él pueblos enteros, y, en general, los sucesos se combinan siguiendo la más leve analogía. Así es como se explican los investigadores de mitos y leyendas la formación de los grandes ciclos míticos y épicos. Ese

todas las místicas y las tradiciones míticas). La asociación de la Serpiente y el Fruto (no la "manzana") en el relato del Génesis podría interpretarse con ayuda de estas representaciones tradicionales. La Serpiente, recordémoslo, es a la vez símbolo de la generación, de la eternidad y del proceso evolutivo cósmico.

pasado único, esa ignorada prehistoria, recibe de los aborígenes de Australia el nombre de *Alcheringa*, familiar a los etnólogos, como los de maná, totem, tabú, de que tanto partido han sacado o pretendido sacar. Entre nosotros es el «in illo tempore», «antaño», «jadis»; en Galicia «o tempo en qu'as bestas falaban», y, desde luego, «la noche de los tiempos» de tantos historiadores. Podemos llamarle —ya veremos por qué—, con Eugenio d'Ors, la «Subhistoria». Es como un premundo en el que muchas veces, sitúan los pueblos sus mitos, en el que suponen acaecidos los grandes prodigios, en el que vivían los monstruos y seres de la fábula, y en el que bestias, hombres y dioses vivían en constante comercio y trato. Es decir —y esto es importante—, que el mundo de Omoroca se ha ampliado, y se concibe a los hombres viviendo en aquel mundo, en compañía de aquellos seres de pesadilla y de otros diferentes, y que en aquel mundo y en aquel tiempo, no todo se considera como maléfico, sino que, como decíamos antes, existe allí, como en el reino de la lógica, idéntica polaridad.

Nuestra «prehistoria» continúa en forma científica esa concepción mítica. En su versión literaria, la descripción que hace Wells de la vida del «hombre primitivo» es bastante expresiva de la capacidad del hombre moderno para la creación mitológica. Lo más interesante es que la descripción no se debe al novelista, sino a un Mr. Worthington Smith, a quien cita como autoridad. Lo más notable es que tales cuadros, en los que no se ha perdonado detalle para acentuar la animalidad de nuestros infelices antepasados, son creídos igualmente por sabios de

bastante más crédito y renombre que Mr. Worthington Smith.

Eugenio d'Ors ha llamado a aquéllos «Subhistoria», y con una repugnancia acaso excesiva —Eugenio d'Ors está decididamente por Belo-Marduk contra Omoroca—, quiere expulsarla del campo histórico. Con toda la razón, en esto, niega que se trate de una época: «Para mí (y creo que, una vez bien considerado el problema, para toda mente emancipada de la superstición literal de los vocablos, ha de ser lo mismo) lo prehistórico no es una época en la evolución de la humanidad, sino un estado puramente de ésta. Prehistórico no lo es únicamente el hombre del «período de la piedra» y luego del «período de los metales». Lo es hoy el salvaje, nuestro contemporáneo»... y así enumera al hombre de la tribu trashumante de las afueras de las grandes ciudades, al pastor de nuestras montañas y, por fin... la generalidad de las mujeres. Prehistórico es, para él, el hombre que no entra «en el sentido de la continuidad» de la historia, cuya memoria y conocimiento del pasado no se remonta más atrás que sus bisabuelos, en una palabra: el hombre sin tradición...

Esto necesitaría un largo desarrollo, discusión y aclaración, pero, en sus líneas fundamentales, es la verdad.

Sin embargo, no por eso el *Alcheringa* deja de existir. Como dice muy bien Schelling: «Siempre que, con cualquier propósito, nuestra investigación se remonte a los tiempos primitivos de nuestra especie, sea para buscar, sobre todo, los comienzos de la misma, sea para los orígenes de la religión, de la sociedad civil, o de las ciencias y las artes, siem-

pre tropezaremos al fin con aquel oscuro espacio, con aquel *chronos ddelos*, que solamente es captado por la Mitología».

Desde luego, existió el Alcheringa, «la noche de los tiempos», con seguridad —porque tenemos testimonios suficientes para creerlo así—, muy diferente de como la imagina la investigación prehistórica, no siempre enteramente ciega, no siempre mal intencionada, pero enferma de evolucionismo desde su nacimiento. Muy diferente de las reconstrucciones prehistóricas, pero tan oscura, que aún sigue mereciendo el nombre de *noche*. Por eso el mundo nocturno de Omoroca es, en este aspecto, su más auténtica representación mítica.

En este aspecto de oscuridad, de desconocimiento, de arcano, y en otro todavía: el mundo de Omoroca no es histórico, es subhistórico, ciertamente; la historia comienza con la inserción del espíritu —de cierta forma o de cierta eficiencia del espíritu— en la vida, hasta entonces desprovista de la tendencia que lleva al predominio del espíritu de tal manera considerado, es decir, la historia comienza —siempre siguiendo esta concepción— con el triunfo de Belo-Marduk, cuando éste corta en dos mitades el cuerpo de la Señora del Caos, organiza el mundo, lo pone en orden, y trae a él la luz, que puede servir de símbolo a la razón. La historia comienza, pues, con el predominio de Logos sobre Bios. Sin duda, a primera vista, esto es lo que se desprende de las consideraciones que hemos visto y tenido en cuenta; pero realmente no es así: el comienzo del predominio de Logos sobre Bios, con referencia al hombre, que en el mundo ha de ser el portador de Logos, según se dice, no coincide con

la hazaña de Belo-Marduk. Con la victoria de Belo-Marduk sobre Omoroca comienza la historia del mundo; la historia del hombre comienza con Oannes.

EL PEZ OANNES.—«*Ya en la misma ciudad de Babilonia* —continúa la narración de Beroso, transmitida por Eusebio— *se revolvía una ingente multitud de hombres de orígenes diversos, que llevaban un género de vida enteramente lujuriosa y bestial.*»

«*Y en el primer año, emergido del Mar Rojo dentro del mismo término de los babilonios, aquella inmensa fiera de nombre Oannes, que refiere Apolodoro en su historia: todo su cuerpo era de pez, pero debajo de la cabeza de pez tenía otra cabeza adherida y en la cola pies en figura humana y con habla semejante a la de los hombres; y su imagen se conserva dibujada hasta hoy. Esta fiera, dice, por el día solía estar con los hombres, sin tomar ningún alimento; enseñó a los hombres las letras y varios géneros de artes, descripciones de ciudades, construcción de templos, legislación, determinación de fronteras; además de eso les hizo conocer la recolección de semillas y frutos y comunicó a los hombres todo lo que contribuye a la vida en sociedad, pues desde aquel tiempo nadie inventó ninguna cosa. Luego al ponerse el sol, aquella fiera Oannes de nuevo solía sumergirse en el mar y de noche se alojaba en el inmenso piélago y así pasaba una vida anfibia. Sucesivamente fueron apareciendo otras fieras semejantes a la dicha, de las que se promete hablar en la historia de los*

reyes. De nuevo dice que Oannes escribió acerca del origen de las cosas y del régimen público para los hombres a quienes había dado lenguaje e industria.»

En efecto, más adelante dice cómo, en tiempo del rey Anunenu, salió del mar un monstruo llamado Idotion Anidosto o Annedoto; en el del pastor Davanus, cuatro monstruos. Así, pues, he aquí que los hombres formados por los dioses amasando con tierra la sangre de Belo, participantes por ello de la divina inteligencia y dotados de razón, vivían, no obstante, como las bestias, en estado completamente salvaje —he aquí, en el gran mito babilónico, el prototipo, la protoforma del inextinguible «mito del hombre salvaje», que nos ha de salir al paso una y otra vez, repetidamente, que los prehistoriadores se imaginaron haber encontrado en el «hombre de Neanderthal», el hombre de Brocken Hill o en el «Eoanthropus Dawsoni». Esta concepción extra-bíblica viene trabajando el inconsciente de nuestra estirpe (27).

Lo más notable no es esto, sino el que los hombres hayan recibido los rudimentos de la cultura y de la vida civil —que, naturalmente, no es lo mismo

(27) El autor, como muchos creyentes entonces y aun actualmente, supone existir una cierta contradicción entre la concepción paleontológica de un elevarse laborioso y paulatino del Hombre a partir de un punto cero, de un estado "salvaje" hasta las diversas formas superiores de cultura, y la concepción bíblica que, más bien, parecería suponer una degeneración histórica a partir de un estado primordial de máxima elevación espiritual. Para evitar confusiones es preciso ir examinando las diferentes cuestiones aquí implicadas. Ante todo dos puntos aparecen a este respecto relativamente claros: 1. Las manifestaciones culturales de

que «cívica»— y los inventos fundamentales, de un ser que, por todos sus caracteres, tenemos que atribuir al mundo de Omoroca, de un ser cuyos semejantes se encuentran entre las creaciones que el Enuma Elisch atribuye a Mummu-Tiâmat.

---

orden puramente humano, como son el lenguaje, la escritura, las formas de gobierno, la ciencia, los mitos, la terapéutica, la organización económica, doméstica y civil, no se deben a ninguna "revelación" o influjo sobre o preternatural, como algunos autores fideistas y tradicionalistas del siglo XIX supusieron y la Iglesia desaprobó, sino que todas estas manifestaciones son un producto pura y exclusivamente humano, laboriosamente conseguido en virtud de una lentísima evolución cultural (para explicarla y justificar el estado de relativa madurez moral en que aparecen los protoparentes en el Génesis se ha recurrido a suponer la existencia de seres humanos preadamitas, que habrían sido los portadores de la evolución cultural a la que habría pertenecido Adán, el primer hombre llamado (*vocado*) a un conocimiento íntimo y amical o filial de Dios, y por lo tanto, el *primer hombre* en la historia de la salud, mas no el primer hombre en absoluto). El capítulo VI del Génesis haría precisamente alusión a una recaída de los "hijos de Dios" (los vocados como su padre Adán a una vida espiritualmente superior) en el estado preadamita, al unirse con las "hijas de los hombres" (es decir, de los preadamitas no vocados a una vida superior), así se evitarían las suposiciones fantásticas y francamente mitológicas a que han tenido que recurrir algunos exegetas orientales, como la de uniones de "ángeles" con mujeres. 2. La elevación de los primeros hombres (al menos llamados) a un estado "sobrenatural" no afecta al orden cultural o cívico o económico, sino mediatamente, de modo que los dones sapienciales del estado de integridad pueden ser compatibles con la rudeza *primitiva* cultural y viceversa, una degradación de orden moral, puede correr paralela a una elevación económica y cultural. Finalmente, dado el conocimiento más exacto del carácter, el valor y el alcance de los Libros Sagrados, que hoy posee la Exégesis bíblica (*Formengeschichte*, Géneros literarios, etc...) no es en absoluto posible en tránsito *eis állo génos* que significa tomar las expresiones de las narraciones veterotestamentarias a la letra y colocarlas en el mismo plano que las afirmaciones científicas de nuestra investigación actual (esto es precisamente lo que se usaba en

Pues Oannes nos es presentado como «aquella bestia», es decir, ni hombre, ni dios; su figura es una figura mixta, híbrida, mezclada de hombre y pez: a sus sucesores y semejantes se les llama, en el texto armenio, *iusghabarigh*, que se interpreta por «monstra», que los antiguos glosarios explican por «en parte mujer, en parte volátil», y con la que la Biblia armenia traduce el «onocentauro», de Isaías; Oannes sale del mar, el residuo perenne del Caos, lo que queda del mundo de Omoroca, el elemento cuyo nombre equivale al de Mummu-Tiâmat: *Marghaia* (en el texto armenio), o *thagatha*, que se convierte en griego en *thalattan*, con lo que —*si nomina omina*— caos y mar se equivalen; todavía dicen —o decían los biólogos— que en el mar se originó la vida: Bios, por oposición a Logos.

Pero aquí, el Logos: letras y artes, fundación de ciudades, construcción de templos, dación de leyes, fijación de lindes, cultivo y recolección de frutos, proviene del Bios, lo consciente de lo inconsciente, cultura de natura...

Parece ser que Oannes no aparece en los textos escritos babilónicos descubiertos, pero sí en los mo-

---

tiempos de Galileo), para criticar y rechazar las unas a base de las otras. El tema de la Biblia es la *historia de la salud* y no dar una explicación científica acerca del origen del hombre o de la constitución íntima del cosmos. Siempre es, sin embargo, posible que en la Biblia se contengan afirmaciones valiosas para la ciencia, pero no se puede hacer valer *cualquiera* expresión bíblica como un argumento científico-positivo; habría que aquilatar primero el valor en sí, natural e históricamente comprobado, de cada afirmación en cuestión. Este carácter específicamente religioso-soteriológico de la Escritura ha sido recogido en documentos del Magisterio como son la *Humani Generis* de Pío XII (12 agosto, 1950) y el esquema *De Revelatione* del Concilio Vaticano II.

numentos figurados, idéntico a como lo describió Beroso. Su nombre ha sido interpretado por los investigadores modernos por Ea-Han, Ea el Pez. Sería, por lo tanto, un ser divino, una forma del dios Ea. En efecto, el dios Ea es un gran favorecedor de los hombres: fue él quien advirtió a Uta Napistin —Hasisadra de los textos asirios, Xixuthros de Beroso— y le salvó del Diluvio... En la India, Manu fue también salvado del Diluvio por Vischnu en figura de pez (*Matsyavatara*). Pero aunque Oannes fuera, en efecto, el dios del elemento húmedo, del mar y del pantano, del légamo primordial, en último caso todos los dioses son allí progenie del abismo y del caos, de Absu y de Mummu-Tiâmat, de modo que el Orden procede del Caos.

No puede suponerse que Beroso hubiera dejado de advertir en esto una contradicción, si existiera. Beroso repetía fielmente tradiciones antediluvianas; sus narraciones históricas deben ser auténticas, sus alegorías encierran la sabiduría primitiva, la ciencia de la que es un eco lejano el Libro de Henoch, sólo que en forma hoy difícilmente comprensible (28).

---

(28) En torno a este personaje —Henoch— objeto de diversas leyendas semitas, que le hacen, por ejemplo, padre de la Astrología debido a las revelaciones por él recibidas de parte del Angel Urial, conocido por los frigios bajo el nombre de *Annakus* a quien atribuían 300 años de edad y un famoso oráculo, se fueron reuniendo una serie de escritos proféticos y apocalípticos de diversa procedencia, que adquieren su forma definitiva —*Libro de Henoch*— hacia el siglo II antes de Cristo, en una época que oscila entre el primer período de los Macabeos y el tiempo de Juan Hircano. Cierto es que el libro no es una obra unitaria, sino un conjunto de obras independientes, las principales de las cuales son dos discursos alegóricos de carácter mesiánico (párrafos 45-57; 70-71; 72-90) y las *Dos Visiones* (párra-

Por lo tanto, Beroso debía saber que aun el Orden tiene un último fundamento irracional. Y quizá más: probablemente sabía que el Orden —precisamente por ser superior— incluye el Caos, que la lucha entre Belo y Omoroca durará cuanto dure el mundo, que en la lucha se mezclan y confunden y que el reino del orden racional y «realista» recibe constantemente inspiraciones y sugestiones que provienen de la orla de oscuridad que lo rodea. Quizá es esto lo que Beroso quiso decirnos con la historia del Pez Oannes. Quizá sabía que el Orden mismo consiste en un equilibrio entre lo racional y lo irracional, que el Orden mismo exige que lo irracional y lo caótico ocupen su lugar en el sistema; que el hombre, Mirocosmos, ha de reunir en lo íntimo ambos elementos: consciente e inconsciente, ya que su propia conciencia vigilante y su razón raciocinante se mueven sobre trasfondos irracionales; ya sean, de un lado, intuiciones sensibles, ya, del otro, últimos principios trascendentes. Debía saber también que el mundo irracional está regido, como el de la lógica, por la ley de polaridad —una de cuyas manifestaciones, en el orden del conocer y del pensar, es la dialéctica— que hay, por lo tanto, en él bien y mal, superior e inferior, subconsciente y ultra-

---

fos 83-108) donde se cuenta el nacimiento de Noé y se describe el fuego infernal. La única versión completa que se conserva es la etiópica (además de fragmentos griegos, hebreos, eslavos y uno latino), difundidos en Europa por Bruce (3 manuscritos) en 1773 y publicados como traducción inglesa por Lawrence en 1821. El texto etiópico fue publicado por primera vez por Lawrence en 1838 y en edición crítica según 5 manuscritos por Dillmann en 1851. Las ediciones más recientes son las de Flemming (1902) y Charles (1906), así como la traducción francesa de Martin (1906).

consciente, una vinculación con la raza de los monstruos, en la que van incluidos los demonios —cuyas formas tradicionales tienen también sus prototipos en Babilonia—, aunque no todos los monstruos sean demonios, y una vinculación con el mundo de los dioses celestes. Por abajo, queda la magia; por encima, la mística.

Ahora bien: la confusión entre ambos reinos, el de arriba y el de abajo, es, por industria de los propios demonios, demasiado fácil. De aquí, si tenemos en cuenta que Belo no es un dios creador, sino un Demiurgo que opera sobre materia preexistente, podemos llegar a la inversión gnóstica de los conceptos, estableciendo una pugna entre Oannes y Belo, de donde puede llegarse a la apoteosis de la rebeldía y al satanismo. A esto llegaron los griegos con el mito de Prometeo, en que se conjuga la rebeldía con la tesmoforía y con la filantropía, conjugación que es simiente del anarquismo. Pero esto rompe el equilibrio dinámico entre Orden y Caos —ritmo vital, representado por la serpiente de Hermes, en el «simétrico antagonismo de su movimiento y es, por lo tanto, pura magia negra.

Si, por el contrario, nos mantenemos dentro del equilibrio vital de la ley interior del mundo y del hombre —que los indos llaman *dharma*— la interpretación será un poco la de Frobenius: que la genialidad del hombre, su potencialidad espiritual creadora, depende de que en su edad adulta —racional— y en las edades adultas de la historia —racionalistas— conserve la disposición necesaria para vivir su mundo marginal y su noche subliminal de los tiempos.

De otro modo, no encontraremos en la noche de

los tiempos más que hachas de silex y en el mundo inexplorado máscaras rituales.

ECUMENO Y EXOTERO.—Existen, pues, dos Ordenes que han sido sacados del Caos, a saber: el Orden de la naturaleza, creado por Belo, y el Orden humano, el Orden de la cultura y de la historia, introducido por Oannes.

No hay inconveniente en que la creación de Belo comprenda todos aquellos estratos del mundo que hemos mencionado: físico, químico, biológico, psicológico, y que a él se deba también el mundo del espíritu; pero quien aplicó éste a aquéllos fue Oannes.

Tenemos ahora que el orden humano, histórico-cultural no abarca por entero, ni toda la faz de la tierra, ni toda la especie humana. El orden histórico cultural deja fuera —como ya hemos visto— pueblos y comarcas que viven todavía y acaso vivirán siempre, en lo que hemos llamado «subhistoria», en la noche de los tiempos. Y aun prolongando el alcance del texto que hemos citado de Eugenio D'Ors, a quien el término «subhistoria» se debe, hemos de ver que hay constantemente hombres y grupos que pasan de subhistoria a la historia, y otros que, por el contrario, recaen en la subhistoria.

Geográficamente aplicados estos conceptos, tendremos lo que el mismo filósofo llama «ecúmeno» y «exótero». Claro que Eugenio D'Ors los aplica desde el punto de vista de la unicidad de cultura que él concibe y que yo no concibo; pero en el mismo sentido podemos aquí aplicarlos a toda la realidad cultural, en su indudable variedad. «Ecúmeno» será la tierra donde reina una cultura superior, sea ésta la

que sea... Desde cierto punto de vista, cada gran cultura tiene su ecúmeno del modo que explicaremos; pero hecha esta salvedad, no hay inconveniente en que llamemos ecúmeno al conjunto de todas ellas, para mayor comodidad.

El «exótero» es, por el contrario, el ámbito geográfico adonde no llega la cultura —o, en particular, adonde no llega determinada cultura—. Pero hay más unidad en el exótero que en el ecúmeno; hay áreas completamente incultas.

La historia nos enseña que el ecúmeno, el mundo «civilizado», la naturaleza cultivada y dominada, la «vida civil» del hombre, la cultura, comienzan en islcos separados, englobados en el exótero, rodeados por él y por él alejados unos de otros. Dondequiera que se rotura la tierra, se levantan ciudades, se erigen templos, se escriben textos, se establecen costumbres, se acatan poderes, dondequiera que se crea una tradición, sea en las tierras pantanosas de la desembocadura de los ríos, en los claros talados en la selva, en los oasis del desierto, en las islas próximas a la costa, o en las lenguas de tierra que se internan en el mar, nace una cultura que pervive o muere, se impone o es absorbida por otra; si persiste y obtiene un gran crecimiento, llegará a dejar su huella en la historia: será Mesopotamia, será Egipto, será India, China, Grecia, Roma, Persia, Irán o Europa. Cada una tiene su ecúmeno y su exótero, es decir, su área de expansión, en conocimiento y en dominio, y su lindero tras el cual comienza lo desconocido, lo impenetrable. La expresión «países desconocidos» que aparecía aún en los mapas de mediados del siglo XIX cubriendo, por ejemplo, gran-

des partes del Africa Central y Meridional, indicaba la máxima resistencia que hasta entonces había opuesto el exótero.

Ahora bien: en el ecúmeno reina Belo, el ordenador; en el exótero reina Omoroca, la señora del Abismo, la Reina del Caos... Hay un exótero absoluto, que es la tierra inculta y salvaje, perfecta imagen del Caos; este Caos puede ser el pantano, con sus temibles trencedales y su fauna venenosa; puede ser la selva con sus fieras y animales gigantes y su penumbra temerosa; puede ser el desierto con sus arenas abrasadas y los espíritus invisibles que viven en él; pueden ser los hielos legendarios y desolados del Norte; puede ser el mar, con sus tempestades y sus monstruos. Sea lo que quiera, siempre es algo en lo que es peligroso aventurarse, algo que puede volverse sobre la ciudad y anonadarla, sobre los campos y arrasarlos, sobre los hombres y devorarlos. Pero que también contiene una fuerza creadora y fecundante aún informe.

El caos es una amenaza constante sobre el hombre que vive en las ciudades: en Bretaña, el mar se ha tragado la ciudad de Ys, según dicen, por la impiedad de sus habitantes; en Galicia, la ciudad de Antioquía yace en el fondo de la laguna Antela, y aún se oye el canto de los gallos y el tañido de las campanas en las noches serenas; otro lago sumergió una población de nombre desconocido, porque no dio albergue a la Virgen María, que iba de viaje... Ciudades hoy sepultadas bajo las dunas del desierto y otras hoy deshabitadas porque sus moradores han desaparecido sin que se sepa cómo.

No se puede cometer un pecado, y ni siquiera tener un descuido, sin correr el peligro de que la ciu-

dad sea destruida por las fuerzas oscuras y ciegas del caos.

Esto nos enseña que el orden humano, el estado de cultura es un estado precario y perpetuamente inseguro. Breves y raros —dice Max Scheler— son los períodos en que florece la cultura en la historia de la humanidad; y cita la frase: «Breve y raro es lo bello en su delicadeza y vulnerabilidad», pues originalmente, lo inferior es poderoso, lo superior es imponente. Toda forma superior del ser, es con respecto a los inferiores, relativamente inerte, y no se realiza mediante sus propias fuerzas, sino mediante las fuerzas de los inferiores. Y éstas son, casi siempre, caos domado, que se puede desmandar...

El estado de cultura ha de sostenerse con tensión, con esfuerzo ha de ser constantemente defendido de lo inferior que lo amenaza. Este es el simbolismo del castillo y de las murallas de la ciudad. Orfeo, conocedor de las fuerzas del Caos, las creadoras y las destructoras, con su lira, que simboliza el Orden —armonía— levantó las murallas de Tebas, para guardarla y preservarla. La cultura ha de vivir arma al brazo, provistas sus murallas de medios de defensa, teniendo dentro jefes con imperio, soldados valerosos y ley penal. También debe guardarse del afeminamiento y del vicio, de la molicie del cuerpo y de la blandura del alma, pues de otro modo, las fuerzas del Caos pueden tragarse continentes y culturas enteras, como le aconteció a la famosa isla Atlántida —que merece ser tratada aparte— la cual fue sumergida por el mar, es decir, como hemos indicado, por lo que queda aún operante del abismo antiguo.

El exótero relativo es, para cada cultura, aquellas

otras que no son ella. Cuando los romanos llaman «bárbaros» —sin darle, acaso, a esta palabra el sentido que nosotros, más grecorromados que los romanos y los griegos mismos le damos, pero presintiéndolo— a los pueblos que no hablaban griego ni latín, expresan ese sentimiento del exótero, de lo extraño. El exótero es, para cada cultura, aquello que no entiende. Camoens estuvo en la India, y la ignoró completamente: sólo supo allí recordar a Baco. Esa «sensación de exótero» que en los hombres de una cultura produce otra diferente, se da más que nunca en culturas limítrofes, o puestas en contacto; ejemplo típico es la relación Cristiandad-Islam, con todo lo que comporta, aunque la Cristiandad viva no fue tan excluyente. Dentro del mismo ámbito cultural hay a veces más radical oposición: Alemania y Francia son, para muchos franceses y alemanes —más para franceses que para alemanes— lo mismo doctos que ignorantes, respectivamente, caos; los franceses designan el pensamiento alemán como caótico, algunos alemanes el francés como maléfico. En ambos países y en los demás de Europa existen, además, y han existido en diversas épocas los clasicistas, para los cuales, lo que no es clásico —incluso, muchas veces, lo propio—, o lo que es de su raza y de su historia, es exótico.

Todo esto es, en parte, un empleo abusivo de la idea del exótero. En su verdadero sentido, en su sentido absoluto, el exótero se identifica con el *Alcheringa* con la noche de los tiempos. Y es que hay hombres, tribus, pueblos, que viven hoy mismo sumergidos en aquella noche.

La creación primordial sobre la que reinaba Omoroca, no ha desaparecido con la victoria de Belo. La

mitología universal nos presenta, por el contrario, a aquellos seres del mundo de Omoroca como existentes y vivientes después de aquel suceso, y dentro del mundo creado por Belo. Todo héroe antiguo ha tenido que vencer a alguno de aquellos monstruos. Dentro del ámbito de la Cristiandad, los caballeros andantes guerreaban con dragones, endriagos y bestias ladradoras. Seres poderosos y terribles de aquel mundo custodian tesoros ocultos, roban doncellas, mantienen encantadas princesas e hijas de reyes. Finalmente, existe la magia, que puede inclusive crear seres semejantes.

Hemos dicho que la cultura, la vida civil, comienza como un islco de núcleos dispersos en medio de la tierra inculta y caótica para el hombre que es el exótero. Hay comienzos y momentos en que lo conocido y colonizado es infinitamente menor que lo desconocido, la tierra incógnita. La imaginación, mejor dicho, la memoria de la especie proyecta sobre esa tierra incógnita el recuerdo subconsciente del caos y la puebla de los monstruos que rodeaban a Omoroca.

No enumera Beroso, ni podría, todas las formas que poblaban el abismo, pero en su descripción, encontramos muchas conocidas, algunas, incluso, como las sirenas, los hipocentauros y los dragones, designados con los mismos nombres que nosotros les aplicamos. También aparece allí el minotauro: «fueron procreados toros con cabeza humana»... Esta es, desde entonces, la forma que adopta el exótero: a veces éste se halla tan cerca que basta que el caballero salga de su castillo para encontrarse con la bestia ladradora; otras veces hay que ir a buscar-

la a lejanas tierras; otras, por fin, uno de esos monstruos deja su morada, se presenta en el ecúmeno y se aproxima a las murallas de la ciudad o del castillo, para exigir tributo, como en la leyenda del dragón del patriarca en Valencia.

EL MINOTAURO.—El exótero nos envía de cuando en cuando sus emisarios que, por lo general, vienen a reclamar de nosotros una contribución de sangre; vienen a exigir que les entreguemos nuestros hijos, para devorarlos.

Parece ser la manera que tiene el caos de cobrarnos el permiso que nos da para que vivamos en orden, para que vivamos vida de cultura; las ventajas que ésta nos proporciona: la religión, el arte, el saber, la paz, hasta la buena mesa, hasta la estética fastuosa y musical de los ejércitos; se conoce que hay que pagarlas de algún modo, ya que, periódicamente reaparecen en la forma que sea, corpórea o incorpórea, individual o multitudinaria, los emisarios del caos, con sus exigencias. Uno de sus prototipos es el Minotauro que, como acabamos de decir, aparece entre las formas descritas por Beroso. El Minotauro merece cierta atención.

Desde luego, el Minotauro es una bestia del Caos, pero nació en la ciudad. Esto encierra ya una altísima enseñanza, de evidente aplicación histórica y práctica; diríamos, incluso, política... Tiene, indudablemente, algo de hombre, pero no es hombre más que a medias; es un híbrido. Habíamos prometido hablar de la inmundicia de los híbridos, y puede que sea ésta la ocasión oportuna: los híbridos han sido mirados siempre con desconfianza, siempre se sospechó en ellos lo maléfico. Hay una tendencia

inevitable, una suerte de sabiduría ciega, acaso una secreta indicación superior, supraconsciente, que nos lleva a ello. Sobre la mula pesa una antigua maldición que, a veces, según el pueblo —el verdadero pueblo, el que tiene *vox*— se dice que le fue lanzada en el Portal de Belén. El híbrido envuelve siempre un equívoco, cuya expresión es, a veces, el hermafrodita. El instinto lo repugna de un modo inevitable, y el instinto será lo que sea, pero es guía infalible para la vida. Incluso el híbrido humano, el mestizo es justamente sospechoso; se dice: «Dios hizo a los negros y a los blancos, y el diablo a los mulatos»... Los sabios no están de acuerdo, unos dicen que sí, otros dicen que no; pero los enemigos del mestizaje se fundan en hechos históricos que cada uno puede comprobar, y los defensores, en estadísticas que cada uno lee como quiere... Hay algo superior a todas las estadísticas, que nos dice, desde el fondo del alma, que la limpieza de sangre es un bien y este algo: el sentimiento vital, el instinto —que es también, por otro lado, «tacto», sentido cultural, «espíritu»— se expresa en la mitología y nos dice lo que nos dice de las formas híbridas del mundo de Omoroca: el mestizaje es un regreso hacia el Caos (29).

---

(29) Sin embargo, esto no puede absolutizarse sin caer de nuevo en concepciones míticas y, lo que es peor, explosivas, propias de todos los racismos. Que las formas y las "sangres puras" sean *estéticamente* más valiosas que las híbridas, es evidente, pero lo que ya no es evidente es que estas determinadas realidades fisiológicas hayan de producir efectos sociales como las discriminaciones raciales, o, mucho menos aún, morales, como el desprecio y la descalificación ética de seres humanos afectados de estas modalidades somáticas. Sea lo que sea de la realidad somática, el valor absoluto de la *persona* domina sobre todas ellas y se im-

El Minotauro se parece a un rey y por eso lleva su nombre, pero no es un rey; tiene sangre real, pero corrompida, prostituida. Porque el Minotauro —esto hay que tenerlo muy en cuenta— es «hijo del pecado»: nació de un capricho bestial de Pasifae y aquí nos sale al paso otro misterio: la atracción del abismo sobre los seres de luz, porque Pasifae era hija del Sol. Nada más monstruoso que la degradación de la grandeza... Y no quiero poner ejemplos históricos.

El monstruo puede venir del exótero, pero también puede originarse en el mundo civilizado, por pecado o por maldición o por misterioso decreto del destino: así se origina el *Werwolf* (30) y se originó

---

pone por encima de todo, de todo lo biológico y de todo lo meramente estético. Porque la persona en cuanto tal nunca es *caos*, y toda persona humana, hasta las más puras en su "sangre", ha de luchar con las fuerzas desintegradoras de su propio *caos* íntimo. Todos participamos de algún modo de elementos caóticos en nuestro propio ser y tal vez sea preferible que este caos tome expresión —por otra parte *simbólica*— en la esfera de lo biológico que en la de lo moral o social. El hacer producir consecuencias sociales y éticas, penosas para la *persona humana* a los símbolos míticos es el gran defecto de perspectiva de los racismos y los totalitarismos. Los cristianos han aprendido de San Pablo que Cristo, con su encarnación, *todo lo ha santificado*, para que en adelante no haya ya esclavo ni libre, judío ni pagano, sino que todos sean uno en Cristo, considerándose el esclavo, liberto de Cristo, y el libre, esclavo del mismo Señor. Y así sean todos hermanos en una misma libertad y en una misma servidumbre, liberados de la única servidumbre verdaderamente tal que es la del pecado.

(30) Acerca de la densa tradición mítica en torno a la identificación del hombre con el lobo cfr. Eisler, *Man into Wolf* (London, 1951) y Montague-Summers, *The Werewolf* (London, 1933). Todavía en nuestros días continúan en Haití las sociedades de hechiceros y los *loup-garou* sembrando el terror nocturno por las campiñas y arrebatando mujeres y niños (cfr. Metraux, *Le Vaudou haitien*, Paris, 1958, pp. 259-266).

el «Alarbe de Marsella» y otras horrendas cosas de que nos hablan tradiciones y romances. Todas las fieras de la mitología clásica, que no hace falta recordar, otras de las mitologías «exóticas», de la tradición popular o erudita de todos los pueblos, incluso los «salvajes», representan la misma idea y proceden del mismo origen.

Por España corrieron, en tiempos relativamente recientes, numerosos romances de ciego en los cuales se repetía típicamente el tema: la famosa fiera Corrupia, cuyo nombre se hizo proverbial, que tenía las uñas «como ganchos de romana», y sus derivadas, la fiera Maltrana, la fiera Galupa, que yo mismo he visto pintada en un cartel, aplastando con sus garras un regimiento de soldados, la fiera del Encinar, la Harpía americana y otras que no sé que hayan pasado al romance, tal cierta Serpiente voladora, que rondaba hace muchos años la ciudad de Orense. Al ir y al venir del Instituto, al pararnos en un puesto de pliegos de cordel, no dejaba de producirnos secreto escalofrío el grabado de la fiera de Oporto, que recuerda los monstruos de doble y cuádruple cuerpo, de que habla Beroso. La fiera de Oporto tenía tres cabezas, una de lobo, otra de serpiente y otra de mujer en medio, que llevaba encima seis velas encendidas, tenía seis brazos y seis piernas en un mismo tronco... La presencia de algo extraño empezó a sentirse en Oporto, porque los niños desaparecían de sus casas sin que se supiese cómo... La gente se llenó de espanto, se hicieron rogativas... A los nueve días oyeron un gemido espantoso que procedía de un cercano monte, y los vecinos acudieron con armas a aquel lugar; entonces se presentó el monstruo, pero los portuenses acabaron las mu-

niciones sin poder acertarle y tuvieron que dar vuelta. Así sucedió la segunda vez y la tercera; mas al fin, conjurada por el Cabildo, la fiera explicó que venía enviada por Dios para castigo de los presentes, por la mala educación que daban a sus hijos, y después de darles una edificante lección de moral, les devolvía sus hijos y desapareció. La degeneración moralista del mito era inevitable, aunque deja de tener también su sentido y la identificación de la fiera con un ser infernal era, seguramente, para quien compuso el romance, la única interpretación posible. Pero en el inconsciente del que compuso el romance, movíanse recuerdos milenarios, que acaso no significasen lo mismo.

Porque, ni todo lo relegado al Inconsciente es irracional, ni todo lo irracional es caótico, ni todo lo caótico es horrible, ni todo lo horrible es maléfico.

Si examinamos un mapa-mundi medieval, observaremos, en primer lugar, una zona de la superficie terrestre en la que todo es habitual y conocido. Allí están los ríos, las montañas y las ciudades de siempre, que desde entonces y desde antes vienen sonando por la historia: Roma, Milán, Zaragoza, París, Colonia, Nuremberg, el Rhin, el Sena, los Pirineos, los Alpes... Hay allí iglesias, caminos, sembrados, viñas, libros, utensilios, leyes y costumbres. Es el mundo racional y razonable organizado y humanizado, habitable y habitado, sin grandes desproporciones ni seres extraños, el mundo de la vida civil, donde reina el orden...

Alrededor de este isleo de conciencia vigilante, de humanización de regla, se extiende una gran zona de mares, selvas y desiertos, donde reina lo extraordinario. En este mundo marginal habitan toda

suerte de seres extraños y desusados: razas humanas afortunadas y felices, como los Hyperboreas, o de dilatadísimos años de edad, como los Macrobios, o que celebran con gran alegría las exequias de sus difuntos, como los Essedones, o que viven los varones en un isla y las mujeres en otra, visitándose durante un mes al año, o como en una isla cerca de Hibernia, en que las mujeres son llevadas a parir a otra isla, mientras en otra los enfermos son llevados a morir fuera de ella; otras razas hay feroces y crueles, como los Blemyes y los Grifos, otros que se alimentan de carne humana; las de gigantes, como los que aprisionaron a los Maghurinos lisboetas y de enanos como los Pigmeos, que tan pronto aparecen en Africa, como más allá de la India, en guerra con las grullas; también hay hombres de extraña conformación tal los Acéfalos, que no tienen cabeza, los Manópedos, que no tienen sino una sola pierna, y andan a saltos y otros que tienen las orejas tan grandes que se envuelven en ellas para dormir. No se sabe si pueden ser adscritos a la especie humana ciertos seres mixtos como las Sirenas, que han sido vistas mil veces por los navegantes, y una de las cuales fue capturada en 1403 y llevada a Harlem, donde aprendió a hilar. Desde luego, Antonio Galvão refiere que en los mares del Africa oriental se pescaban unos peces que andaban de pie en las aguas y tenían rostros y naturaleza de mujeres, con que los pescadores se desenfadaban cuando los cogían. Los mares están infestados de animales fabulosos, desde la rémora, que detiene las embarcaciones, hasta la serpiente de mar, que reaparece insistentemente aún en nuestros días, en las formas más diversas. En tierra firme viven el Fenix, de que

tanto se ha escrito, el unicornio, que sólo se rinde a la virginidad de una doncella, el basilisco, que mata con la mirada, el catablepas que causa la muerte del que mira sus ojos, el ichucumon que vence a las serpientes más venenosas, el grifo, mixto de león y águila, el cinocéfalo, hombre con cabeza de perro, el dragón, y otros muchos que no habría espacio para contar, pues a ellos habría que añadir las plantas, árboles, fuentes, piedras, montañas, ríos, con propiedades maravillosas que se encuentran en esa zona que podríamos llamar el reino de la extravagancia. Hay, pues, como dos círculos concéntricos, de los cuales el menor sería el mundo de Belo —en parte, de Oannes— y el mayor el mundo de Omoroca.

Y he aquí que, en la noche de los tiempos, todo el mundo fue tierra mitológica. Después fue cuando se roturó una parte cada vez mayor, y los seres mitológicos fueron siendo expulsados de ella hacia la zona marginal (30 a). Esto mismo, puesto que el hombre es un *microcosmos*, acontece con cada uno de nosotros en la infancia; mas el que vivamos en un mundo mitológico, y que después, al desarrollarse la racionalidad, se vayan expulsando aquellas representaciones fantásticas y centrándose el hombre en la realidad y en la razón... es una explicación demasiado científica para no ser sospechosa. De todos modos, la cultura surgió de la selva primitiva, etc... Pero no es esto lo que nos interesa. Lo que interesa es que en el mundo, en el hombre y en la historia, ni todo lo reprimido es irracional, ni todo lo

(30 a) Hoy es el espacio interplanetario lo que ha adquirido el papel de "exótero" con sus "platillos volantes" y sus seres de ciencia-ficción.

irracional caótico, ni todo lo caótico horrible, ni todo lo horrible maléfico. Es ese mundo marginal, fuera del ámbito de lo razonable, de lo proporcionado, de lo «civil», de lo humano, si se quiere, se encuentran todas aquellas cosas y parajes hacia los que van los anhelos del ensueño y de la ilusión.

Allí están todos los países maravillosos: el país de los Hiperbóreos, que describió Hecateo de Abdera, con su templo de Apolo y sus cisnes, situado debajo del Polo Norte, de donde sopla el Boreas; Panchaya, citada por Virgilio, Plinio, Mela, Servio y Diodoro, tierra de los perfumes y patria del Fénix, que lleva un nombre que suena a sánscrito y se encuentra, bien en el Egipto, bien en la Arabia Feliz; el magnífico Imperio del Gran Khan de Catay, con su inmensa capital Cambaluc y la ciudad de Guinzai, en la dirección Nordeste, más allá de la China; el Imperio del Preste Juan de las Indias, en el corazón de la Etiopía, rodeado de tierras mahometanas; Ansen, en la Georgia, provincia que hacen falta tres jornadas para atravesarla y que se halla cubierta perpetuamente por una densa nube que nada deja ver, aunque se oiga allá dentro rumor de las gentes, relincho de caballos y canto de gallos, de modo que en ella nadie puede entrar ni de ella salir; la tierra de Asjareth, donde se encuentran los Diez Tribus perdidas de Israel, ocultas también por una nube y rodeado por el río Sabateon, que corre y agita sus arenas seis días a la semana, y deja de correr el sábado y se aquietan sus arenas; la misteriosa Tierra de Befinu, de que hablan las tradiciones irlandesas; el País de las Hadas, donde no corre el tiempo, y el

hombre que logra penetrar en él conserva indefinidamente su edad, mas si vuelve al mundo de los hombres, envejece en minutos todos los años que allí pasó, detenido el curso de su decadencia; Agharti, el país subterráneo de los mogoles, donde mora el Rey del Mundo; el mundo subterráneo habitado por gigantes que tiene su salida en las márgenes del Tajo, de donde vendrá el Anticristo; y el Nifleheim de eterna bruma y el Muspelheim de fuego eterno, y Midgard el apacible con la ciudad de los Ases donde reina Odin, y el Walhalla que recibe a los héroes; y Ofir y Punt, y la India misma, cuajada de cosas mágicas y extraordinarias.

América misma se llenó en seguida de esplendorosas comarcas inencontrables: la Gran Quivira, en la del Norte, donde fundaron un enorme y riquísimo Imperio los aztecas fugitivos de los españoles; el Gran Paititi, entre Perú y Chile, donde hicieron lo mismo los últimos Incas; la ciudad de los Césares, en Chile, las tierras inaccesibles donde viven los israelitas, según los datos recogidos por Menasseben Isarael; el país de las Amazonas; y sobre todo, Eldorado, donde las casas tienen tejas de oro puro y donde son de oro los utensilios y las marmitas...

Y las montañas sagradas de todos los países: el monte Meru en el Himalaya, alrededor del cual hace su giro la bóveda celeste, y que levanta en su cumbre el Kailasa, morada de los devas; el Olimpo, donde los dioses de la Grecia se alimentan de néctar y ambrosía; el Parnaso, donde reina Apolo con las Musas; el Atlas, que sostiene el cielo; el Caucaso.

El monte Sagrado, de Galicia, donde las ovejas sacan oro de la tierra con sus pezuñas... (31).

ALEJANDRO MAGNO.—Las mayores maravillas del mundo se reúnen en la India. La India es como la máxima concreción, del milagro natural y la ma-

(31) Como la Caverna, el Corazón, el Loto, la Flor dorada, la *chakra*, el Arbol, el Huevo, la Perla y otros símbolos, es el *Monte* una imagen expresiva del *Centro*. La estrella de David se halla precisamente compuesta por los dos símbolos superpuestos del Centro: el Monte (triángulo derecho) y la Caverna (triángulo invertido), lo elevado y lo profundo: el centro macrocósmico y el microcósmico, la Totalidad y la Individuación. Por eso en casi todas las regiones y tradiciones existe un Monte sagrado, morada de la divinidad o de un panteón de dioses, y en él existe siempre una *Caverna*, que significa la faz nocturna, abisal, dionisíaca, afectiva e íntima de la realidad total, dominada por la elevación espiritual significada por el Monte. Mientras la mística judeocristiana prefiere el simbolismo del Monte, la mística hindú y la islámica prefieren el de la Caverna, y los griegos, con el Olimpo, veneran la caverna oracular de la Pythia; si Zeus reina sobre el Olimpo, Dionysos influye desde las cavernas. Y mientras San Juan de la Cruz se vale de la alegoría de una ascensión iniciática al Monte Carmelo, para expresar el proceso de purificación mística, Teresa prefiere la imagen de las Moradas, es decir, de la intimación en cámaras cada vez más hondas, como una Caverna. De la "cueva" de Belén, que no consta en la Escritura, pero que la piedad popular se apresura a suponer como lugar del Nacimiento de Jesucristo, de acuerdo con su dinámico simbólico-inconsciente, hasta el Tabor y el Calvario, se extiende todo un proceso de maduración mística que va desde el estado germinal en la intimidad de cada ser, hasta la Totalidad ecuménica de la humanidad redimida. El símbolo de la Caverna es complementario del del Monte, la conciencia profunda de las "tinieblas interiores" en la propia intimidad, la "Cruz", conduce a la "iluminación" trascendente en la cima del Monte, del Tabor. En el Calvario se unen *Cruz y Monte*, locura y profunda sapiencia trascendente, que se ha de obtener precisamente por la locura de la Cruz: tinieblas de Caverna y elevación sobre todo, propia de Monte, para atraerlo todo a sí e iluminarlo tras la purificación por las tinieblas y la humillación. Am-

gia: un mundo de Omoroca llena de seducción, de encanto y de peligro. Ninguna prueba mejor de que en la imaginación del hombre, en su representación del mundo marginal, confluyen con la memoria idealizada del caos primitivo, todos los anhelos de la estirpe humana, toda su apetencia invencible de lo maravilloso, todas sus esperanzas y sus temores. La «Carta de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India», incluida por Julio Valerio en su versión latina del Pseudo Calistenes, hecha en la primera mitad del siglo IV, contiene gran parte de lo que el gran héroe vio en aquellas tierras de encantamiento.

Nada detenía el impulso de curiosidad, de aventura y de dominio que acusaba a Alejandro de Macedonia, ni los poderes del cielo, ni los poderes del Infierno. Alejandro vio todo lo que hay digno de

bos símbolos: lo Alto y lo Profundo son de carácter polar, axial, representan los dos puntos en los que descansa, según las mitologías arcaicas, el *Eje del mundo*. La existencia humana circula entre ambos en un continuo movimiento ascensional y descensional, desde la máxima manifestación del Monte, patente a todos, hasta el supremo ocultamiento de la Caverna; desde la intimación en sí mismo, hasta el "éxtasis" en lo inasequible, en lo totalmente *Otro*. Y en definitiva ambos polos, ambos simbolismos, ambas direcciones espirituales se unen, se identifican en la mística: el conocimiento profundo de sí, de la propia tiniebla, del propio vacío, conduce en sí mismo al conocimiento elevado de Dios, de su inasequibilidad, de su Luz: *per crucem ad lucem*. El simbolismo ofídico vuelve a asociarse a éste axial, y así hallamos con frecuencia en las mitologías que una Serpiente habita en el interior de una Caverna, o se halla enroscada a la base del Monte sagrado. Es la expresión simultánea de la Totalidad que se asocia a esta estructura polar del movimiento catártico humano y de la peligrosidad de toda ascensión iniciática y de toda profundización en la propia interioridad. Más allá está la Sobreconciencia: por eso esas serpientes cavernarias suelen inspirar oráculos.

verse sobre la faz del planeta, incluso las Diez Tribus perdidas, incluso las gentes de Gog y Magog, y otros veintidós pueblos, algunos de ellos antropófagos y de horribles costumbres, a los que arrojó por detrás de las montañas, a través de un desfiladero que después cerró con una puerta de hierro, que no traspasarán hasta los tiempos del Anticristo. Y no se contentó con todo esto; sino que quiso explorar el fondo del mar, adonde bajó metido en pontones de cristal para sacar en limpio tan sólo que el pez grande come al chico:

«Dizen que por saber qué fazen los pescados
cómo viven los chicos entre los más granados
fizo cuba de vidrio con puntas bien cerradas,
metios en ella dentro con dos de sus criados.

... ...

«Fu de bota betume la cuba aguisada,
Fu con bonas cadenas bien presa e calzada,
Fu con priegos firmes a las naves pregada,
Que fondar non podiesse e estodierse colgada.
«Mando que XV dias lo dexassen hy durar las
naves con todesto pensassen de tost andar,
assaz podra en esto saber e mesurar,
Metria en escrito los secretos del mar.

... ...

«Veía toda la mar de pescados poblada,
no es bestia nel siglo que nos fus y trobada.
«Non vive en el mundo nenguna creatura
que non cria la mar semejante figura...»

como que el mar es, como hemos visto, el residuo del mundo primordial, donde se encontraban las simientes mezcladas de todas las formas, que Belo no tuvo más que separar para darles existencia en el

mundo ordenado que respira en el aire. Pero también la región del aire quiso explotar Alejandro:

«Fizo prender dos grifones que son aves valientes,
avezolos a carnes saladas e rezientes,
tovolos muy viciosos de carnes convenientes,
festa que se fezieron gordos e muy valientes.
«Fizo fazer una copa de coyro muy sovado,
quanto cobria a anchura pasado;
juntáronlo los griegos con un firme filado
que non podría falsar por un omme pesado.
«Fizoles el conducto por tres días toller
por amor que oviessen mas sabor de comer,
fízose el vientre de cuero coser,
la cara descubierta que podiese ver.
«Tomó en una pértiga la carne espetada,
en medio de los grifos, pero bien alongada,
ellos por prenderla dieron grande volada,
cuydaronse cevar, mas no les valió nada.
«Cuanto ellos volaban, el tanto se erguía,
el rey Alexandre todavía sabía,
a las veces alzava, a las veces premía,
alla yvan los grifos do el rey quería.
«Coytabalos la fame que avien encargada
contendien por cevarse, no les valía nada,
volavan todavía, complien su iornada,
era el rey traspuesto de la su albergada.

... ...

«Tanto pudo el rey a las nuves poian
que ve montes e valles inso so sí estar;
veía entrar los ríos todos en alta mar;
más cómo yaze o nunca lo pudo asmar.
«Veíe en quales puertos son angostos los mares,
veíe muchas galeras dar nas piñescales,
otras salir a puerto, a guisar de iantares.
«Mesuró toda Africa como yaz assentada,
por qual lugar serie más rafez la entrada;
luego vio por se podría aver meior passada,
ca avie grant exida e larga la entrada».

Y no se contentó sin visitar el Paraíso Terrenal:

marchó, desde el Ganges, con quinientos soldados escogidos, durante un mes, hasta encontrar un hombre que, como tributo de los personajes reclusos en el Paraíso, le entregó una piedra que semejaba un ojo humano.

MARAVILLAS DE LA INDIA.—En la India encontró Alejandro los más peregrinos portentos, propios de una naturaleza no sujeta a las reglas que a su creación parece haber impuesto Belo-Marduk. No es aquélla la naturaleza de los naturalistas, sino la de los poetas y los magos. Vio un río de aguas amargas poblado de hipopótamos y un estanque de agua dulce en el cual, después de ponerse el sol, acudían a beber millares de fieras y bestias feroces; vio un monstruo cuya piel era invulnerable al hierro y al fuego; vio los Otifales anfibios; estuvo en el valle Peligroso, en el cual una inscripción advertía que, si un ejército allí se perdiese, nadie podría salir de él, como no hubiese uno que consintiese en quedarse en el valle, y como Alejandro consintiese, después de una noche de terrores, entre horribles monstruos, truenos, rayos, temblores de tierra y toda la furia desatada de los elementos, un diablo que gemía aplastado por una gran piedra, le ofreció indicarle el camino si lo libraba del peso que lo oprimía y así lo hicieron uno y otro; vio las mujeres acuáticas; vio tres fuentes de rara virtud; la que devuelve a la vida, la de la inmortalidad y la que restituye la juventud: la «*fontaine de jouvence*», la cual le fue indicada por cuatro ancianos peludos, y cornudos, como los que Beroso describe en el Caos; vio a los hombres hendidos hasta el ombligo, y a los hombres monteses y a los acéfalos; vio, guiado por dos

viejas, la floresta de las mujeres-flores, que son las muchachas que, llegada la primavera, surgen de la tierra como flores y en el invierno vuelven a entrar en la tierra; vio la lluvia de fuego que siguió a una tempestad de tierra; vio la lluvia de fuego que siguió a una tempestad de nieve; vio inmensos elefantes y bestias mayores que elefantes, serpientes volantes, «mures granados», puercos con colmillos, moscas en infinito número, murciélagos, maravillosas piedras de raras virtudes, plantas y animales, y por fin, los árboles, el del Sol y el de la Luna, que hablaban y le anunciaron su próxima muerte (32).

Todo es gran maravilla, es el mundo de ensueño de los cuentos de hadas, pero tan lleno de misterios y significaciones profundas, que más parece obra de pensadores que diversión de juglares, a no ser que ningún hombre sea enteramente libre en sus invenciones, o que no haya, en realidad, invención (33).

---

(32) El Sol y la Luna aparecen con enorme frecuencia asociados o simétricamente dispuestos en todas las iconografías, desde las más arcaicas, hasta la cristiana, la alquímica y la francmasónica. Como doble cabeza del Hermafrodito (*rebis*) que significa la Piedra Filosofal de los alquimistas (cfr. Mylius, *Philosophia Reformata*, Francofurti, 1622, p. 354, fig. 5, donde aparece pisando a un Dragón alado sobre una esfera que contiene al Huevo cósmico...), o simétricamente dispuestos a ambos lados del Huevo cósmico, o a ambos de la Cruz, o en el margen superior que deja la representación del *Uroboros* u otro cualquier símbolo de la Totalidad dinámica del universo. Como el Jano bifronte, como el *Yang* y el *Yin*, como Apolo y Dionysos, representan siempre los dos aspectos complementarios del mundo y de la Totalidad. Jaspers diría: la *Ley del Día* y la *Pasión de la Noche*.

(33) En realidad no hay *invención*, sino intuición simbólica de estructuras profundas de las realidades. Lo que

EL DUQUE ERNESTO.—Si siguiésemos a San Brandan por el mar Atlántico, si siguiésemos al Infante Don Pedro de Portugal, que «andeve as sete partidas do mundo», veríamos, sin duda, grandes portentos. Comprenderíamos que el exótero no siempre es tierra enemiga, sino capaz de otorgar al que se aventura en ella las mayores recompensas; comprenderíamos que el Caos, como el hombre —el Microcosmos— es capaz del bien y del mal, que en el Cosmos hay siempre un residuo del Caos, y en el Caos orden en potencia.

Pero vamos a seguir, un poco de lejos al duque Ernesto de Baviera, al que debemos valiosos descubrimientos.

El duque Ernesto, yerno del Emperador Oton, habiendo sido calumniado por el Conde Palatino Enrique, sobrino del soberano, le mató y esto le hizo caer en desgracia de su señor, que le envió

---

se solía llamar "ficción poética", cuando es verdaderamente *poética* nunca es un capricho ni una arbitrariedad, es otra forma de conocimiento en profundidad distinta del raciocinio filosófico, pero tan genuina como él e incluso más aguda que éste. En ella no son los conceptos los que representan a las realidades, sino las imágenes, y como en las parábolas, no son las imágenes el trasunto de la realidad, sino la estructura de sus relaciones mutuas lo que nos da un reflejo exacto de las relaciones entre los diversos elementos de una situación o una realidad especial. Con una ventaja, y es que la realidad no aparece neutralizada o esquematizada, sino que conserva en su representación intuitivo-simbólica toda su complejidad y su vida interna en todas sus dimensiones. Incluso las libres asociaciones de la fantasía, incluso los ensueños de los psicópatas no obedecen nunca a la pura arbitrariedad, sino que son formas expresivas de la realidad que les afecta, ya que —precisamente por sus deficiencias racionales— no puede tomar expresión lógica.

al destierro. El duque tomó la cruz y marchó a Tierra Santa.

No sólo los héroes antiguos tienen grandes aventuras en lejanas tierras; también las tienen los Cruzados. El duque Ernesto embarcó en Constantinopla y una tempestad lo arrojó a la isla de Chipre. Allí encontró el palacio maravilloso del Rey de las Grullas, lleno de visiones de las Mil y Una Noches. En realidad, el pueblo de las Grullas no es un pueblo de pájaros: se trata de grullas humanas, son hombres que tienen cabeza de grulla... Precisamente, las grullas acaban de raptar a la hija del Rey de las Indias, para casarla con el suyo. La princesa repugna aquel matrimonio y el duque Ernesto es un caballero de su raza y de su tiempo. Concibe la idea de liberar a la hija del Rey de las Indias, y prepara la arriesgada empresa. De noche, cuando las grullas la conducen al Palacio mágico donde la espera su rey, el duque Ernesto y sus compañeros acometen a los raptores y traban batalla; pero la oscuridad es causa de que, sin quererlo, hieren mortalmente a la Princesa.

Después, el duque Ernesto se hizo de nuevo a la mar y naufragó en la montaña de Yman; su gente murió de hambre, con excepción de siete; se libraron cosidos en pieles y arrebatados por los grifos; volvieron a la mar, en una balsa, y por un pórtico de rubíes entraron en el Reino de los Cíclopes; éstos estaban en guerra con un pueblo que tenía «los pies planos»; el duque Ernesto luchó en favor de los Cíclopes, contra los «pies planos» y los gigantes... Por fin, llegó a Babilonia y la fama de sus empresas se extendió hasta Alemania y la madre del duque Ernesto pudo obtener el perdón

del Emperador, y el duque Ernesto se presentó en la Corte Imperial llevando una joya de tan sin igual valor, que se le llamó «la Huérfana». Comentar todas las aventuras del duque Ernesto, nos obligaría a repasar toda la historia del mundo. Pero hay en ellas algo que justifica cumplidamente el que lo citemos aquí.

BABILONIA Y LAS GRULLAS.—Este pueblo de las Grullas, que encontró en su camino el duque Ernesto, resuena acá y allá en la literatura y en el arte, por ejemplo, en el Mapa Mundi catalán. Pero los hombres-grullas, estos es, con cuerpo humano y cabeza de grulla, son incomparablemente más antiguos. Tan antiguos, que aparecen en relieves y esculturas sumércas, que se dicen anteriores al pretendido «diluvio caldeo...». Alguien ha supuesto que aquellas estatuillas de mujer con cabeza de pájaro, representan a las hijas de los hombres, de que habla el Génesis, con las que se mezclaron los «hijos de Dios», dando origen, según repetidas interpretaciones, a la raza de los gigantes, de todo lo cual da más detalles el Libro de Henoch... Si esto fuera así, habría que suponer que la excursión del duque Ernesto, más que como una excursión en el espacio lo habría sido en el tiempo: sería un viaje a los tiempos más remotos; al tiempo primordial, como, después de todo, se proponían serlo los emprendidos en busca del Paraíso Terrenal. Pues aquellos otros pueblos que encontró Enrique: los Cíclopes, los «Pies planos», eran pueblos del Caos.

Siempre es significativo que el viaje termine en Babilonia, donde, sin duda, aun entonces se sabía

de estas cosas, pues es de esperar que cada vez se dude menos de que allí fueron imaginadas o contempladas en el espejo mágico del recuerdo, allí fue donde primero se empezó a dar figura significativa al pensamiento, apariencias de fantasía a la verdad y apariencia de realidad a la mentira, que ese es riesgo que se corre siempre, pues los opuestos se responden como el eco a la voz.

Y eso que se dice en todos los manuales de historia que los Caballeros de la Cruz fueron los que descubrieron allá los «misterios de Oriente» —¡pobre Oriente, condenado a ser perpetuamente misterioso!— y los revelaron a la Cristiandad, sin duda se dice con razón, aunque los manuales que lo dicen no la conozcan, sino que lo repitan por costumbre y por no estar menos en el secreto que los demás, pues ese descubrimiento y esa revelación es lo que significa la sin par aventura del duque Ernesto: ese saber de Oriente, que no es el que dicen los manuales, sino el que los manuales ignoran, está representado en «la Huérfana...» (34). También sospechan los manuales —y otros libros poco leídos, divertidos, pero dignos de poco cré-

(34) En la *Canción de la Perla*, mito gnóstico incluido en las *Acta Thomae* (en *Acta Apost. Apocrypha* ed. Lipsius-Bonnet, 1903 y ed. Schulz, *Dokumente der Gnosis*, Jena, 1910), un niño ha de dejar la casa de su padre en Oriente para "bajar a Egipto" y rescatar "la *Perla única* que se encuentra en medio del Mar, rodeada por la Serpiente de silbido sonoro". La joya *única*, sin pareja, "huérfana" no es solamente el saber del Oriente en general, sino el saber del Oriente acerca del *Centro*, acerca de la Realidad substancial, más allá de todos los velos y todas las apariencias engañosas. El saber que da el poder sobre todos los seres cósmicos porque descubre que en el fondo todas las diferencias y los límites que los distinguen unos de otros son relativas. Es la *samâdhi*.

dito— que ese descubrimiento de los misterios de Oriente —que después de todo, eran patrimonio legítimo de todos los hombres— no lo hicieron los Cruzados sin grave peligro para sus almas, lo cual está simbolizado en la historia, o en la leyenda, o en la leyenda e historia a la vez, de la Orden del Temple. Pero los manuales van por otro lado que no es el verdadero, y ciertos admiradores de la Orden del Temple, que la desconocen casi por completo, se equivocan aún más (35).

(35) El autor parece aludir a los miembros de la francmasonería. En realidad la denominación de los caballeros del Templo como "Guardianes de la Tierra Santa" no resulta en el fondo tan simple como a primera vista puede parecer, pues otras organizaciones caballerescas orientales, cuyo carácter iniciático y esotérico es evidente, como los Drusos y los Asacios adoptaron el mismo título "Guardianes de la Tierra Santa", y es que "Tierra Santa" es una de tantas denominaciones para designar el *Centro*, el Corazón del mundo y de la Realidad (*Kémi*, que es el nombre egipcio de Egipto significa "Tierra Negra", pero *negra* como el corazón, Corazón del mundo; cfr. Plutarco, *Isis y Osiris*, párrafo 33). En el sistema jeroglífico egipcio el corazón aparece representado por una copa, una copa que designa el *Centro* y a Egipto mismo y que en la Edad Media cristiana se convierte en el "Santo Grial", el cáliz que es a la vez símbolo de la redención, del corazón íntimo de cada hombre, de la elección y del Cielo, y símbolo también del secreto y del tesoro esotérico que guardan los Caballeros del Graal. La *Tierra del Centro* (además de Egipto se designaba así a la China) ha recibido otros nombres diversos en las leyendas germánicas y célticas: *Tule*, *Luz*, *Salem*, *Agartha* y ha sido figurada por los símbolos de la Caverna, el Monte, la Isla, todos en relación inmediata con el Eje cósmico, la ruptura de niveles y los Polos; también ha llegado a ser representada como laberinto, ciudad santa (*Jerusalem*) con su triple recinto, palacio santo, pero siempre con una cierta disposición a la vez simétrica y laberíntica, ya que el laberinto simboliza el camino iniciático hacia un Centro *escondido*, esotérico. En la leyenda medieval, la *peregrinación* a la "Tierra Santa" es un sinónimo de la "*queste del Graal*", la "búsqueda del Graal" o la "búsqueda

El Oriente, es decir, eso que llaman Oriente los que no conocen más que un Oriente —que lo confunden todo en un *Alcheringa* geográfico indistinto, como aquellos mapas medievales que hemos citado, sólo que sin tener para ello las razones que estos tenían—, es siempre peligroso: en ese Oriente confuso y revuelto, el de las cabezas que lo conciben, no el de la realidad, es donde están las grullas, los cíclopes, los enanos, los gigantes, los acéfalos, los hombres monteses, Gog y Magog, al acecho de los que en él se aventuraron en demanda de Paraísos, joyas incomparables o palacios de en-

---

de la Palabra Perdida" (es decir, el *Verbo creador*). Así "Caballeros del Graal", "Guardianes de la Tierra Santa" y, como dice Saint-Yves de Alveydre: "Templarios del Agartha", es una misma cosa (también San Juan *de Luz* debe su origen a una fortaleza de Templarios), en definitiva "Guardianes del Centro supremo", guardianes contra los no iniciados y contra las miradas profanas. La destrucción de la Orden del Temple supone para Occidente la ruptura de las relaciones vitales con el *Centro*, en el siglo XIV. Desde entonces el Occidente se va vaciando de espíritu, ya no hay "Tierra Santa" que guardar, ya que el camino que conduce a ella se ha perdido. Intentos de restauración de la Orden del Temple como la "Massenia del Santo Graal", la *Fede Santa*, los Rosacruces o la Francmasonería, habiendo perdido por su parte la vitalidad cristiana y habiéndose convertido en esoterismo puro y simple, con fines demasiado pragmáticos y una abstrusa doctrina mistico-matemática, no han conseguido revivificar a Occidente, que aridece vacío de contenido hondamente espiritual. Por lo visto los Templarios habían llegado a adaptar la espiritualidad cristiana a las fórmulas herméticas y alquímicas, en boga en su tiempo, pero una hipertrofia de este bagaje hermético unida a la necesaria oposición esotérica al orden oficial, convertido a partir de Philippe Le Bel en perseguidor, fue haciendo derivar su doctrina en un sentido meramente teosófico, de una mística cientifista e ilustrada, fuera ya del Cristianismo (Cfr. H. Silberer, *Probleme der Mystik*, Viena, 1914, dedicado exclusivamente al estudio del espíritu de la francmasonería y de sus símbolos).

sueño... ¡Y son tantos los que han vuelto con joyas falsas!... (j).

Con un instinto secreto y refrenado extremecimiento de las entrañas del alma, cada hombre acaba, tarde o temprano, por saber la espantosa verdad: Apsu, Bythos, el «vacío del bostezo» se tragará todas sus obras y todos sus proyectos. En el mundo visible, en el macrocosmos, el vacío es la tierra misma y principalmente el mar, residuo gigantesco del Caos. En el microcosmos, dentro de nosotros, el «vacío del bostezo» es el olvido.

El olvido semeja un modo activo del no ser. La amnesia es ya la nada: sin ser una fuerza, todo lo disuelve en su tenebrosa falta de substancia. Los griegos lo olvidaban todo. Los egipcios ponían su máximo esfuerzo en no olvidar. Como los griegos lo olvidaban todo, cuando querían saber algo, acudían a los santuarios inmemoriales de los bárbaros. Solón fue a interrogar a los sacerdotes egipcios de la diosa Neith, en el templo de Sais, y allí aprendió la historia y la antigua constitución de Atenas.

«¡Oh, Solón, Solón! —dijo uno de los sacerdotes—, vosotros los griegos seréis siempre unos niños. No hay uno entre vosotros que no sea frívolo e ignorante en la gran ciencia de las tradiciones antiguas. Ignoráis hasta la existencia de toda una pléyade de héroes, de los que hoy sois vosotros la progenie degenerada. Lo

j) *No hay más que una manera de liberarse: ser Cruzado y seguir siendo Cruzado, suceda lo que suceda... El mismo Oriente nos lo enseña.* (Acotación marginal del autor.)

que ahora voy a contarte aconteció hace nueve mil años. Nuestros anales refieren, en efecto, cómo Asty (36), la Atenas primitiva, resistió entonces los ataques de una potencia formidable que vino del lado del mar occidental, invadiendo considerable porción de Europa y Asia, porque aún se podía atravesar el Océano y había en éste una isla situada frente a la embocadura que llamáis Columnas de Hércules. Desde esta isla, que era mayor que Libia y Asia juntas, los navegantes pasaban a las demás y de allí al continente que este mar limita. En dicha Atlántida vivían reyes célebres por su poderío, quienes tenían constituido un imperio que abarcaba toda aquella isla, muchas otras vecinas y no pocas porciones de aquel continente. Además eran señores de la Libia, el Egipto y la Europa hasta el mar Tirreno. Esta colosal potencia reúne todas sus fuerzas pretendiendo sojuzgar vuestra tierra, la nuestra y todos los pueblos hasta las Columnas de Hércules. Entonces fue, ¡oh, Solón!, cuando vuestra ciudad mostró brillantemente su valor y poderío. Arrostrando los mayores peligros, triunfó de los invasores y preservó de la esclavitud a pueblos que todavía eran libres y a otras que estaban próximas a dichas Columnas las restituyó la libertad.

»Mas luego, en los tiempos que siguieron, hubo grandes terremotos e inundaciones. En el espacio de un día y de una noche horribles, todos los guerreros que tenían proyectado otra

(36) *Asty*, es decir, la Urbe, la Ciudadela.

vez llegar hasta las puertas de vuestros muros, fueron abismados en lo profundo. La isla Atlántida desapareció bajo las aguas del mar, y por eso no se puede hoy reconocer ni explorar el mar que la cubre. Los navegantes encuentran insuperables obstáculos en la gran cantidad de escollos que la isla dejó al sumergirse bajo las aguas.»

Esto es lo que refirió Timeo de Locres, filósofo pitagórico, ante Sócrates, Critias y Hermócrates. Timeo conocía este relato por Critias el Viejo, descendiente de la familia de Solón, pues los griegos ignoraban la existencia de la Atlántida, de la cual sólo se sabía en aquella familia, hasta que Platón dio noticia de ella, en el diálogo titulado *Timeo*, que fue el único, que trata un tema cosmológico.

Y aun después, hicieron poco caso de aquella historia... Los egipcios decían que los griegos eran «unos niños». Los modernos, tomando esta expresión al pie de la letra, admiran a los griegos por todo, pero también por ser «unos niños»; se figuran un pueblo eternamente joven, y dicen, poco más o menos: «Los egipcios lo recordaban todo; los griegos lo olvidaban todo, luego, mejor es olvidar que recordar; el olvido alivia el espíritu del peso de la memoria; los egipcios, que recordaban eran conservadores; los griegos, que olvidaban, eran creadores...; los egipcios no podían olvidar, porque se empobrecerían; los griegos, creadores, podían perder...» Así piensan los modernos, porque gustan de la prodigalidad y están agradecidos a los griegos, que les dejaron la mitología, para acabar con la religión y la filosofía, para destruir la fe... Pero he

aquí que dejaron también noticia de la Atlántida, y esto es la mayor de las advertencias.

Más explícito que Timeo fue Critias el Joven, que recordaba lo que, siendo niño, había oído de labios de Critias el Viejo, su abuelo, el cual lo sabía por Solón el Legislador, que había dejado unos manuscritos en poder de la familia de Critias. Solón, como hemos visto, había oído la historia de la Atlántida al sacerdote del templo de la diosa Neith en Sais. El pueblo griego no llegó a conocer aquella historia; sólo en la familia de Critias se conservaba la tradición.

He aquí, pues, lo que refirió Critias al joven, que había leído los manuscritos de Solón:

ATLANTIDA EN CRITIAS.—«*Como se ha dicho antes hablando del sorteo realizado por los dioses, se dividieron toda la tierra en lotes, más grandes aquí, más pequeños allá, en los que se instituyeron allí en honor de cada uno cultos y sacrificios. Así fue cómo Poseidón, habiendo recibido en el reparto la isla Atlántida, instaló en cierto lugar de esta isla a los hijos que había engendrado en una mujer mortal. Cerca del mar, pero a la altura del centro de la isla, había una llanura, la más bella, dicen, de todas las llanuras y la más fértil. Y cerca de la llanura y distante de su medio unos* 50 *estadios, había una montaña de altitud mediocre. Sobre esta montaña habitaba entonces uno de los autóctonos que había nacido originariamente de aquella tierra; su nombre era Evenor, y vivía con una mujer sencilla. Dieron nacimiento a una única hija, Clito. La muchacha*

tenía ya la edad nubil cuando su padre y madre murieron. Poseidón la deseó y se unió a ella. Desde entonces la altura en que ella vivía, el dios la fortificó y la aisló en círculo. A este efecto, hizo cinturas de mar y de tierra, pequeñas y grandes, unas alrededor de las otras. Hizo dos de tierra, tres de mar y las redondeó, por decirlo así, comenzando a partir del medio de la isla, donde estaban por todas partes a igual distancia (37). Así eran infranqueables a los hombres, porque no había allí todavía barcos ni navegación. Fue Poseidón mismo quien embelleció la isla central, sin trabajo, siendo dios. Hizo salir de debajo del suelo dos manantiales de agua, uno caliente y otro frío, e hizo nacer sobre la tierra plantas nutritivas de toda suerte, en suficiencia.

»Allí engendró y educó cinco generaciones de hijos varones y gemelos. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes. Al primer nacido de los más viejos, dio la morada de su madre y el lote de tierra alrededor, que era el más vasto y mejor. Lo estableció en calidad de rey sobre todos los demás: hizo de estos príncipes vasallos y a cada uno de ellos dio la autoridad sobre un gran número de hombres y sobre un

(37) Se está describiendo un verdadero recinto sagrado, una Ciudad Santa, dispuesta en forma de laberinto con un claro simbolismo iniciático y místico como las representaciones del Santuario de la Piedra Filosofal de los alquimistas, los *Mandalas* hindúes y lamaístas (el *Vajra*, por ejemplo), la Civitas Sancta como símbolo del *Centro* (cfr. Jakob Böhme, *Theosophische Werke*, Amsterdam, 1682) o el enigmático foso multicircular —"laberinto"— de Epidauro. En todo caso, esta disposición de la ciudadela de la Atlántida tiene el valor de un Arquetipo.

vasto territorio. A todos les puso nombres: el más viejo, el rey, recibió el nombre que sirvió para designar toda aquella isla y el mar, que se llama Atlántico, porque el nombre del primer rey que reinó entonces fue Atlas. Su hermano gemelo, que nació después de él, obtuvo en reparto la extremidad de la isla, del lado de las Columnas de Hércules, frente a la región llamada hoy Gadinca, según este lugar: se llamaba en griego Eumelos y en la lengua del país Gadiros. Y este nombre que se le daba pasó a ser el del país. De los que vinieron en la segunda generación, llamó a uno Ampheres, al otro Eraimon. A la tercera generación, Meseas fue el nombre del primer nacido, Autochthonos el de la segunda. De los de la cuarta generación, llamó al primer Elasippos y al segundo Mestor. A la quinta, el que nació primero recibió el nombre de Azaes, el que vino después el nombre de Diapsepes. Todos estos príncipes y sus descendientes habitaron aquel país durante muchas generaciones. Eran también dueños de un gran número de otras islas del mar, y, además, como ya se ha dicho, reinaban también en las regiones interiores del lado de acá de las Columnas de Hércules, hasta el Egipto y la Tirrenia. Así nació de Atlas toda una raza numerosa y cargada de honores. Siempre el más viejo era rey y transmitía su realeza al mayor de sus hijos. De esta suerte conservaron el poder durante numerosas generaciones.»

Habían adquirido riquezas en tal abundancia que

jamás sin duda antes de ellos poseyó ninguna casa real semejantes y ninguna las poseerá en el porvenir. Disponían de todo lo que podía abastecer a la ciudad y al resto del país. Porque, si muchos recursos les venían de afuera, por el hecho de su imperio, la mayor parte de los que son necesarios para la vida, se los proporcionaba la misma isla. Primero todos los metales duros y maleables que se pueden extraer de las minas. En primer lugar, aquel de que no conocemos más que el nombre, el *oricalco* (38). Se extraía de la tierra en muchos lugares de la isla: era el más precioso, después del oro, de los metales que existían en aquel tiempo. Semejantemente, todo lo que el bosque puede dar de materiales propios al trabajo de los carpinteros, la isla lo daba con prodigalidad. Por sí misma nutría suficientemente a todos los animales domésticos o salvajes. La especie misma de los elefantes estaba allí ampliamente representada. En efecto, no solamente el pasto abundante para todas las demás especies, las que viven en los lagos, los pantanos y los ríos, las que pacen en los montes y en las llanuras, sino que abundaba para todos incluso para el elefante, el más grande y más voraz de los animales. Además, todas las esencias aromáticas que nutre aún ahora el suelo,

(38) *Cfr.* M. Berthelot, *Les Origines de l'Alchemie*, nueva tirada: Paris, 1938, que cita la obra de Rossignol, *Du métal que les anciens appellent orichalque* (sin fecha). Berthelot opina que la palabra *oricalco* habría servido a los griegos para designar todas las aleaciones metálicas de color dorado. Usan el término Hesiodo y Platón, después Aristóteles, que lo tiene ya por un metal mítico, y Plinio que lo considera como ya inexistente en estado natural. En algunos tratados de alquimistas griegos sirve para designar el latón y el *hilo de arehal*.

en cualquier lugar que sea, raíces, brotes o maleza de los árboles, resinas que destilan de las flores y de los frutos, la tierra entonces los producía y las hacía prosperar. Daba todavía los frutos cultivados y los granos que han sido hechos para alimento y de los que sacamos las harinas. Todo estos frutos los daba la isla que el sol alumbraba entonces, vigorosos, soberbios, magníficos, en cantidades inagotables; así, recogiendo en su suelo todas estas riquezas, los habitantes de la Atlántida construyeron los templos, los palacios de los reyes, las puertas y embellecieron así todo el resto del país en el orden siguiente:

Sobre los brazos de mar que rodeaban la vieja ciudad maternal, echaron primero puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia las moradas reales, que cada uno de los reyes había embellecido, tratando siempre de sobrepasar cada uno al anterior en lo que podía, hasta el punto de que quien veía el palacio se llenaba de asombro ante la grandeza y la belleza de la obra.

Hicieron, comenzando en el mar, un canal de tres pies de ancho, cien pies de profundidad y cincuenta estadios de largo (38 a) *y lo llevaron hasta el brazo de mar circular más exterior. A los barcos venidos de alta mar les prepararon una entrada como en un puerto. Practicaron allí una garganta suficiente para que los mayores navíos pudieran entrar. Después, incluso en las cinturas de tierra que separaban los arcos de*

(38 a) 8.880 ms.

agua, a la altura de los puentes, abrieron pasos tales que una sola trirreme pudiera pasar de un círculo al otro, y cubrieron estos pasos con techos, tanto que la navegación era allí subterránea, porque los diques de los círculos de tierra se elevaban suficientemente por encima del mar. La mayor de las cinturas de agua, aquella en que penetra el mar, era ancha de tres estadios (38 b) *y la de tierra que era de una anchura igual. Pero la cintura de agua que rodeaba inmediatamente la isla central no tenía más que un estadio* (38 c). *La isla, en la cual se encontraba el palacio de los reyes, tenía un diámetro de cinco estadios. Ahora, la isla, las cinturas y el puente (que tenía el ancho de un plettres) las rodearon enteramente de un muro circular de piedra. Pusieron torres y puertas en los puentes, en todos los lugares donde pasaba la mar. Sacaron la piedra necesaria de debajo de la periferia de la isla central y de debajo de los recintos en el exterior y en el interior. La había blanca, negra y roja. Y al mismo tiempo que extraían la piedra, excavaron dentro de la isla un refugio para los navíos con la roca misma por techo. Y de las construcciones, unas eran sencillas, en otras combinaron las clases de piedra y variaron los colores, dándoles así una apariencia naturalmente agradable. El muro que rodeaba el recinto más exterior lo revistieron todo alrededor de cobre, a modo de enlucido. Recubrieron*

(38 b) 532,80 ms.
(38 c) 177,60 ms.

de estaño fundido el recinto interior, y en cuanto al que rodeaba la acrópolis misma, la guarnecieron de oricalco, que tenía reflejos de fuego.

El palacio real, en el interior de la acrópolis, tenía la siguiente disposición: en el medio de la acrópolis se levantaba el templo consagrado en aquel país a Clito y a Poseidón. El acceso estaba prohibido y estaba rodeado de una cerca de oro. Es que allí, al comienzo, Clito y Poseidón habían concebido y dado a luz la raza de los diez jefes de las dinastías reales. Allí cada año venían de las diez provincias del país a ofrecer a cada uno de aquellos dioses los sacrificios de cada estación.

El santuario mismo de Poseidón tenía un estadio de largo, tres plettires de ancho (38 d) *y altura proporcionada. Su apariencia tenía algo de bárbaro. Habían revestido de plata todo el exterior del santuario excepto las aristas de la fachada; estas aristas eran de oro. En el interior, la cubierta era enteramente de marfil y por todas partes ornada de oro, de plata y de oricalco. Todo el resto, muros, columnas, pavimento, lo guarnecieron de oricalco. Colocaron allí estatuas de oro: el dios de pie en su carro tirado por seis caballos que eran tan altos que su cabeza tocaba el techo. En círculo alrededor de él cien tritones sobre delfines (tal era su número, se creía entonces). Había también en el interior muchas otras estatuas ofrecidas por particulares. Alrededor del san-*

(38 d) 88,80 ms.

tuario, al exterior, se levantaban las efigies de oro de todas las mujeres de los diez reyes y de todos los descendientes que habían engendrado, y otras muchas estatuas votivas de reyes y particulares, originarios de la ciudad misma o de los países tributarios. Por sus dimensiones y por su trabajo el altar era proporcionado a la grandeza del imperio y a la riqueza de los ornamentos del santuario.

En cuanto a las fuentes, la de agua fría y la de agua caliente, ambas de una abundancia generosa y maravillosamente apropiadas para el uso por las virtudes y agrado de sus aguas, las utilizaban disponiendo alrededor de ellas construcciones y plantaciones adecuadas. Había instalaciones alrededor, unas al aire libre, otras cubiertas, destinadas a los baños calientes en invierno: había allí para las mujeres, para los caballos y los otros animales de carga, cada uno con la decoración apropiada. El agua que de allí salía la conducían al bosque sagrado de Poseidón. Este bosque, gracias a la virtud de su terreno, comprendía árboles de todas las especies, de una belleza y altura incomparables. De allí hacían correr el agua hacia los recintos exteriores, por canalizaciones a lo largo de los puentes. De este lado habían preparado numerosos templos para diversos dioses, varios jardines, gimnasios para los hombres y picaderos para los caballos. Estos últimos habían sido construidos aparte en las islas formadas por cada uno de los recintos. Entre otros, hacia el medio de la isla más grande, habían reservado, para las carreras de caballos, una pista de

un estadio de ancho y bastante larga para que los caballos pudiesen, en carrera, dar la vuelta completa al recinto. Alrededor de un extremo a otro, de distancia en distancia, había cuarteles para casi todo el efectivo de la guardia del príncipe. Los cuerpos de tropa más seguros eran alojados en el recinto menor, el más próximo a la acrópolis. Y para los que se distinguían entre todos por su fidelidad, se le habían destinado alojamientos en el interior mismo de la acrópolis, cerca del palacio real. Los arsenales estaban llenos de trirremes y de todo lo necesario para armarlas y todo estaba dispuesto en un orden perfecto.

Cuando se atravesaban los puertos exteriores, en número de tres, se encontraba la muralla circular comenzando en el mar y distante por todas partes cincuenta estadios del recinto más vasto que formaba el puerto mayor. Y esta muralla venía a cerrarse sobre sí misma en la boca del canal que se abría del lado del mar. Estaba todo cubierto de casas numerosas y unidas unas a otras. En cuanto al canal y al puerto principal, desbordaban de navíos y mercaderes venidos de todas partes. Su multitud causaba día y noche un estrépito continuo, incesante y diverso.

Sobre la ciudad y sobre la antigua morada de los reyes se ha repetido casi todo lo que la tradición conserva. Tratemos ahora de recordar cuál era la disposición del resto del país y cómo estaba organizado. En primer lugar, el territorio del país era elevado y dominaba el mar a pico. Pero todo el terreno alrededor de

la ciudad era llano. Esta llanura rodeaba la ciudad y estaba ella misma rodeada de montañas que se prolongaban hasta el mar. Era llana, de nivel uniforme, oblonga en conjunto; media sobre las costas tres mil estadios y dos mil en el medio desde el mar que se encontraba abajo. Esta región, en toda la isla, estaba orientada hacia el S. y al abrigo de los vientos del N. Eran famosas las montañas que la rodeaban y que sobrepujaban en número, en grandeza y en belleza a todas las que hoy existen. Había en aquellas montañas numerosas aldeas, ricas de bestias, ricas en habitantes, ríos, lagos, praderas capaces de alimentar gran cantidad de bestias salvajes o domésticas, bosques en tan gran número y de especies tan variadas que daban abundancia de materiales para todos los trabajos posibles. Esta llanura, a la vez por la acción de la naturaleza y por la obra de muchos reyes, durante mucho tiempo había sido dispuesta como sigue: tenía, como he dicho, la forma de un cuadrilátero de lados casi rectos y alargados. Donde sus lados se alejaban de la línea recta, se había corregido esta irregularidad cavando un foso continuo que rodeaba la llanura. En cuanto a la profundidad, a la anchura y al despliegue de este foso, lo que se dice es difícil de creer y que una obra hecha por la mano del hombre haya podido tener en comparación con los otros trabajos de este género, tales dimensiones; sin embargo, hay que repetir lo que hemos oído decir. El foso fue

cavado en un plethro de profundidad (38 e); *su anchura era por todas partes de un estadio, y como estaba excavado alrededor de toda la llanura, su longitud era de diez mil estadios. Recibía los cursos de agua que bajaban de las montañas, daba la vuelta a la llanura, volvía por una y otra parte a la ciudad y de allí iba a verter al mar. Desde la parte alta de este foso canales rectos, anchos de unos cien pies, estaban excavados en la llanura y después volvían al foso cerca del mar. Cada uno distaba del otro cien estadios. Para acarrer a la ciudad la madera de las montañas, y para traer por barco los otros productos de la tierra, se habían excavado a partir de los canales derivaciones navegables, de dirección oblicua unas con relación a las otras y a la ciudad. Notad que los habitantes recogían dos veces al año los productos de la tierra: en invierno utilizaban las aguas del cielo, en verano las que daba la tierra dirigiéndola fuera de los canales.*

En lo que toca al número de hombres de la llanura útiles para la guerra, había sido fijado que cada distrito daría un jefe de destacamento. La magnitud del distrito era de diez estadios por diez y había en total seis miriadas. En cuanto a los habitantes de las montañas y del resto del país el número, dicen, era inmenso, y todos, según los emplazamientos de las aldeas, habían sido repartidos entre los distritos y bajo el mando de sus jefes.

Estaba ordenado que cada jefe de destaca-

(38 e) 29,60 ms.

mento proporcionase para la guerra un sexto de carro de combate hasta concurrir diez mil carros; dos caballos con sus caballeros, un atalaya de dos caballos, sin carro llevando un combatiente, con un pequeño escudo y el auriga encargado de conducir los dos caballos con sus caballeros, dos hoplitas, dos arqueros, dos honderos, tres infantes ligeros armados de hondas, otros tres armados de jabalinas y cuatro marinos, para formar entre todos el equipaje de cien navíos. Tal era la organización de la ciudad real. De las otras nueve provincias cada una tenía la suya, y haría falta tiempo para explicarla. En lo que concierne a la autoridad y los cargos públicos fueron desde el principio organizados de esta manera. De los dieciséis reyes, cada uno ejercía el poder en la parte que le correspondía y en su ciudad mandaba a los ciudadanos, dictaba la mayor parte de las leyes, podía castigar y mandar matar a quien quisiera. Pero la autoridad de los reyes sobre los súbditos y sus relaciones estaban reguladas por los decretos de Poseidon. La tradición los prescribía, como también una inscripción grabada por los primeros reyes en una columna de oricalco, que se encontraba en el centro de la isla, en el templo de Poseidon.

Los reyes se reunían allí periódicamente, cada cinco o cada seis años, haciendo alternar regularmente los años pares y los impares. En esta reunión, deliberaban sobre los negocios comunes, decidían si alguno de ellos había cometido alguna infracción y juzgaban. Cuando debían hacer justicia se rendían mutuamente

fe en la forma siguiente: se soltaban toros en el recinto sagrado de Paseidon; los diez reyes quedaban solos y, después de haber rogado al dios que les hiciese capturar la víctima que le fuese agradable, se ponían a la caza sin armas de hierro, sólo con clavas de los bosques y redes. Aquel toro que cogían, lo llevaban a la columna y lo degollaban en lo alto, como estaba prescrito. Sobre la columna, además de las leyes, estaba grabado el texto de un juramento que proferia los anatemas más terribles contra quien lo violase. Después que habían efectuado el sacrificio conforme a sus leyes, y consagrado todas las partes del toro, llenaban de sangre una cratera y aspersaban con un coágulo de esta sangre a cada uno de ellos... El resto lo metían en el fuego después de haber hecho el juramento y las purificaciones alrededor de la columna. En seguida sacábase sangre de la cratera con copas de oro y la vertían en el fuego haciendo el juramento de juzgar conforme a las leyes escritas en la columna, de castigar a quien las hubiera violado anteriormente, de no quebrantar de intento, en lo porvenir, ninguna de las fórmulas de la inscripción, de no mandar ni obedecer, sino conforme a las leyes de su padre. Cada uno se comprometía por sí y por sus descendientes. Después bebía la sangre y llevaba la copa como exvoto al santuario del dios.

Cuando había llegado la oscuridad y se había enfriado el fuego de los sacrificios, revestíanse todos de hermosas túnicas de un azul sombrío y se sentaban en tierra en las cenizas de su sa-

crificio. Entonces, en la noche, después de haber extinguido todas las luces alrededor del santuario juzgaban o se sometían a juicio, si uno de ellos acusaba a otro de haber cometido alguna infracción. Habiendo dictaminado, grababan las sentencias, al llegar el día, en una tabla, que consagraban en conmemoración, así como sus túnicas (38 f).

Había, además, otras muchas leyes especiales acerca de las atribuciones propias de cada uno de los reyes. Las más notables eran: no tomar las armas unos contra otros; socorrerse todos si uno de ellos intentase, en otra ciudad cualquiera, expulsar a alguna de las descendencias reales; deliberar en común, como sus antepasados; cambiar impresiones sobre la guerra y otros negocios, dejando siempre la hegemonía a la raza de Atlas. Un rey no era dueño de dar muerte a ninguno de su raza, sin contar con la opinión de más de la mitad de los diez reyes.

Mas este poder tan sólido y amplio, el mismo dios lo dirigió contra nuestras regiones, según cuentan, a causa del motivo siguiente, o de otro semejante.

Durante muchas generaciones, mientras dominó entre ellos la raza del dios, los reyes escucharon las leyes y se mantuvieron unidos al principio divino, con el que estaban emparentados. Sus pensamientos eran verdaderos y grandes en todo; rebosaban de bondad y de

(38 f) Todo este ritual es de carácter típicamente funerario, y todo hace alusión a las divinidades infernales.

juicio en presencia de los acontecimientos que sobrevenían y en sus relaciones mutuas. También desdeñosos de todas las cosas, fuera de la virtud, hacían poco caso de sus bienes: llevaban como una carga su oro y sus demás riquezas, no se dejaban engañar por el exceso de su fortuna, no perdían el dominio de sí mismos y marchaban rectamente. Con una clarividencia penetrante y lúcida, veían bien que todas estas ventajas crecen por la afección recíproca unida a la virtud, y que al contrario, el celo excesivo por estos bienes y la estima que se tiene de ellos hacen perder estos mismos bienes, de modo que la virtud perece también con ellos. Por efecto de estos razonamientos y gracias a la presencia persistente del principio divino de ellos, todos los bienes que acabamos de enumerar no cesaban de acrecentarse en su provecho. Pero cuando el elemento divino vino a disminuir en ellos por efecto del cruce de estirpes, entonces, incapaces ya de soportar su prosperidad presente, cayeron en la indecencia. A los hombres clarividentes, les parecieron feos, porque habían dejado perder los más bellos de los bienes y los más preciosos. Al contrario, a los ojos de los que no saben discernir qué género de vida contribuye verdaderamente a la dicha, es cuando les parecieron perfectamente bellos y dichosos, hinchados como estaban de injusta avidez y de potencia. Y el dios de los dioses, Zeus, que reina por las leyes, y que, ciertamente podía conocer todos estos hechos, comprendió qué disposiciones miserables tomaba esta raza, de un carácter originalmente

tan excelente y quiso aplicarles un castigo, a fin de hacerlos reflexionar y reducirlos a una mayor moderación» (38 g).

Muchos creen que lo de la Atlántida es una «leyenda griega». La Atlántida no es una leyenda griega; nosotros creemos que todas las leyendas que nos salen al encuentro son griegas. Sólo los griegos son para nosotros sabios y poetas. Todo se lo queremos deber a ellos. Olvidamos que se trata de un pueblo de naturaleza navegante y que los navegantes, más que a llevar a tierras lejanas las historias de su patria, lo que hacen es traer a su patria las de lejanas tierras. Goza el viajero en ver hombres y cosas nuevas; pero más goza en venir contando. Bueno es asombrar a los extranjeros con las cosas de nuestro país, pero es más dulce pasmar con maravillas a los coterráneos. Al fin, es entre los conocidos entre quienes siempre queremos ostentar nuestro saber acerca de lo que ellos no saben, nuestros peligros y nuestras hazañas. Así eran los griegos, grupos de ciudades en las que todos se conocían y en que de todo se hablaba en los corrillos. El localismo de los griegos, su afán de oír cosas nuevas, alimentaba el interés por contarles. Así, los navegantes y los mercaderes recogieron todos los mitos, leyendas y tradiciones que se referían en los puertos del Mediterráneo y del Atlántico y fueron los encargados de transmitírnoslos. La mayor parte de las leyendas y maravillas que sus escritores nos comunican, no son griegas, sino lybias, ibéricas, célticas, germánicas, hiperbóreas. Unas

(38 g) Critias, 113b - 121c.

veces, se logra reconocerlas, otras no es posible, y por griegas pasan.

Pero en el caso de la Atlántida, el origen está rectamente señalado, sin lugar a duda, por Platón y por las fuentes que Platón aduce. Para Platón y las fuentes de Platón, la historia de la Atlántida es un relato egipcio.

Si fuera griego, otros antes de Platón la hubieran mencionado, u otros sin relación con Platón. Pero he aquí que es él solo quien lo hace, y que las demás menciones que conocemos por textos o por citas —Marcelo, Proclo, Gelio, Teágenes, Diodoro, Plinio, Strabon, Plutarco—, dependen todas de Platón.

Tampoco los egipcios inventaron el mito de la Atlántida. Se hallaban demasiado centrados en sí para lanzar su pensamiento más allá del Océano. Hay quien supone que toda su mitología está hecha con aportes tomados de no se sabe dónde... Puede que fuera así, pero cuanto recibieron, todo lo convirtieron en egipcio. El pueblo egipcio sí que es un pueblo «misterioso», no la India y el extremo Oriente, a los que el tópico atribuye el misterio. Siempre quedamos en dudas en nuestros juicios, cuando tratamos de los egipcios. Ahora está de moda considerarlos como un pueblo de filisteos, de covachuelistas, de escribas pedantes, seguidores de una cultura oficial fundada en convencionalismos, técnica y formalista, producto de un artificio; gentes sin individualidad, sin vida privada, sin idealismo... Sin embargo, durante muchos siglos se los consideró como uno de los pueblos más sabios de la antigüedad... Lo cierto es que nos ofrecen contrastes insolubles: una religión que se eleva a con-

cepciones monoteístas impresionantes y que conserva prácticas mágicas y fetichistas propias de «primitivos»; una mentalidad que piensa y trabaja para la vida de ultratumba, y un carácter que piensa, alegre, chistoso y lleno de agudeza; un arte que descuella en lo colosal y en lo menudo; una cultura compuesta, según dicen, de fidelidad a sí misma como ninguna otra; un pueblo de funcionarios, de dignatarios, de jerarcas con un ceremonial religioso y palatino refinado, pero también un pueblo de labriegos atentos a la tierra y a las cosechas; un pueblo camita masculino y patriarcal, cuando según dicen, las culturas camíticas eran matriarcales... Lo que nadie puede negar es que se trata de una excepción, y que, aun tan sólo entrevista, cualquier producto cultural egipcio es egipcio y no puede ser más que egipcio.

Los egipcios se acordaban de todo. Pero ¿se acordaban de la Atlántida? Si todo lo egipcio muestra inmediata e inequívocamente que es egipcio, la historia de la Atlántida no lo parece. Sin duda, de Egipto vino a Grecia; los pocos griegos que la conocieron, la conocieron por Solón y su familia, a la que Platón dice que pertenecía por afinidad. Pero ¿de dónde vino a Sais? ¿De los lybios, de los etíopes, de otros pueblos menos conocidos o desconocidos de Africa? Critias el joven no dijo más, o si algo más dijo, se ha perdido. Quedó creado el mito y planteado el misterio de la Atlántida. Se la buscó en el mar, en la tierra y en la alegoría.

Cosmas Indicopleustes es el primero que sabe de ella más que los clásicos; sabe que estaba más allá del Océano, pero sabe también que fue la cuna del género humano... No sabe enteramente qué fuese

aquel mundo primitivo del que se cuentan maravillas de la naturaleza y maravillas del ingenio humano, que creó los prototipos de todas las invenciones que nos llenan de orgullo. La Atlántida desapareció de la tierra y llegó a desaparecer también de la memoria. Pero el mar que la había cubierto quedó convertido en el «Mar Tenebroso».

Ya Rufo Festo Avieno cantó los horrores del Atlántico:

> *«Este océano que ruge en torno a la vasta extensión del Orbe; éste es el máximo mar; éste es el abismo que ciñe las costas, éste es el que riega el mar interior; éste es el padre del mar nuestro... Aquí ningún viento empuja a la nave; aquí el agua espesa del mar se muestra quieta y muchas veces las algas retienen la nave; aquí y allí las bestias del mar y los monstruos nadan alrededor de los navíos, que se arrastran lenta y pesadamente.»*

Las fieras del mar las ha visto Olao Magno, y otros muchos autores saben de ellas. Son inmensas ballenas escamosas, con garras de león y agudísimos dientes, de su cabeza salen dos poderosos surtidores de agua. San Brandan y sus monjes desembarcaron sobre el lomo de una de estas ballenas, construyeron una iglesia y alabaron a Dios; un día la isla comenzó a navegar y acabó por hundirse bajo las aguas. Es la rémora, que se agarra a las embarcaciones y las detiene. Es el pulpo gigante, que puede envolverlos en sus tentáculos y arrastrarlos al abismo. Es la Serpiente de mar, cuyos

ojos arrojan llamas, esa Serpiente inmensa, que todavía en nuestros tiempos ha sido vista tantas veces, y su aparición ha sido anunciada al mundo entero. Son las hidras de siete cabezas, el unicornio marino, cuyo hocico se prolonga en una inmensa espada. Hay peces que tienen cabeza de león, de vaca, de perro; otros la tienen de mono, de caballo, de jabalí, de rinoceronte, de lechuza o de buitre. Los triones, las nereidas, personajes misteriosos, entre los que se cuentan un monje y un turco, surcan de diversos modos las aguas. No sería difícil que el gigante Adamastor tomara cuerpo en una roca del litoral, o que en un lugar las olas hiervan con el calor del sol, y quien pretenda llegar allí encuentre la muerte. En alguna parte se encuentra la Montaña de Imán, que desde lejos atrae los herrajes del buque, de modo que, al aproximarse, los clavos se desprenden, los remaches se sueltan y el barco se descuaderna; allí naufragó el príncipe Agib, hijo de un rey llamado Casib, según refirió Scherazada el Rey Schahriar... Hay arrecifes invisibles, islas peligrosas, que conoció Simbad el Marino, nieblas espesísimas, que prolongan la noche semanas y meses, y por último —¿por último, y no hemos hecho más que empezar?— el mar tiene su diablo, más terrible y cruel que el que se muestra en tierra...

Pero ¿no es éste el Caos primitivo? ¿No tenían razón las descripciones babilónicas? *Talath* —que es uno de los nombres de Omoroca— ¿no es *Thalassa*?... El hombre, con su industria, va arrojando el terror de sus proximidades; pero siempre habrá un lugar en donde habite el Miedo.

Sin embargo —¿fragmentos de la Atlántida?—,

aquel mar, que parece lleno aún del horror del hundimiento, está sembrado de islas, y algunas de esas islas son deliciosas... Se sospecha si en alguna de ellas no se encuentre el maravilloso jardín de Edén. Pero debe estar en la cima de una montaña tan alta, que resulte inaccesible:

La *isla de Avalon* a la cual fue llevado el Rey Artus, cuando perdió su última batalla, y donde todavía vive, cuidado por nueve doncellas, hasta que vuelva a restaurar su imperio.

La *isla de los Pájaros*, que vio San Brandan; donde los pájaros al contrario de las grullas con las que combatió el duque Ernesto son cristianos, y viven la vida de los monjes, cantando las alabanzas del Señor a las horas marcadas por los tiempos litúrgicos.

La *isla de las Manzanas*, donde se goza de eterna juventud; la *isla Deliciosa*, donde se vive en silencio; la *isla de Brazil;* la *isla de Royllo;* la *isla de Tanmar;* la *isla de Mayda;* la *isla Verde;* la *isla de Stocafixa;* la *isla de Chryses*, donde todo es oro; la *isla Argyre*, donde todo es plata (39).

---

(39) La complementariedad del Oro y de la Plata es idéntica a la de Sol y la Luna. Oro y Plata, Sol y Luna expresan una misma realidad, una homologación del principio masculino y del femenino, del aspecto diurno y del nocturno de la Realidad, de Apolo y Dionysos, de la vida afectiva purificada (Luna) y del Intelecto (Sol), según el tratado alquímico de J. I. Hollandus de 1670. El Oro y el Sol significan también el Hombre Perfecto tras el proceso catártico. La Plata y la Luna significan en cambio lo depurado, mas aún inestable y al que le falta el último grado de perfección. La *Isla* en cambio es un símbolo del Centro inasequible e ideal. Y el *Centro* es una verdadera categoría existencial, innata al espíritu humano (buscar un centro absoluto en todas las relaciones, situaciones y realidades). Tan tenaz es esta articulación de la imagen del mundo,

Algunas de éstas son islas-fantasmas, que aparecen y desaparecen: *Antilia* fue descubierta por españoles, pero no volvió a aparecer. En los mapas del siglo XV, *Royllo, Tammar* y *San Atanasio, eran* «insulae de novo repertae», es decir, que habían sido descubiertas, pero que se ocultaron de nuevo a la vista de los hombres. Mas ninguna como la de San Brandan: la isla de San Brandan ha sido vista infinidad de veces por los navegantes... En los días claros, desde las Canarias, la han visto muchísimas personas; existen actas materiales y documentos firmados por graves testigos, y en su busca partió Fernando Alvarez...

Sin embargo, acontece siempre una cosa prodigiosa: se la ve de lejos, con claridad extraordinaria; se la ve conforme la nave, perfectamente enderezado el rumbo, se va acercando a ella; pero se llega a un punto en que la isla se esfuma de pronto, sin qué se sepa cómo ni cuándo, y ya no es posible saber dónde estaba.

¿Qué es lo que pasa? ¿Es la naturaleza, herida y recelosa, que esconde sus maravillas? ¿Es Dios, que ciega los ojos del hombre, en castigo de su avidez

---

que a lo largo de toda la historia, más aún, que en el seno de los sueños y las constelaciones de la fantasía, toma expresión este verdadero pliegue del espíritu en forma de *Omphalós*, de Ciudad Santa, de Paraíso, de Monte, de Caverna, de Tesoro, de Perla, el Loto, el Arbol, el Palo y la *Isla*, isla del Tesoro, defendida por monstruos, más allá de los abismos, envuelta en niebla y en misterio. *Isla del Oro* e *Isla de la Plata* significarían la totalidad asociada al proceso de totalización, de individualización por el que la *persona* llega a su plenitud. El Oro y la Plata, en relación con la Isla, confieren un matiz humano y dinámico (de proceso de *maduración*: la Alquimia frecuenta la expresión de *maduración de los metales*) a este arquetipo estático de la Plenitud del Centro.

insaciable?... Realmente, si la isla de San Brandan es la Tierra Prometida a los Santos ¿cómo se atreven a buscarla los que no lo son?

¿Se nos ocultará también la Atlántida del mismo modo? El Océano exterior está poblado de islas, fragmentos, sin duda, de la Atlántida: la ínsula Antilia o «das Sete Cidades», en la cual, cuando la pérdida de España, conquistada por los moros, se refugiaron el Obispo de Oporto y otros seis Obispos, con sus fieles, y fundaron allí siete ciudades y una ejemplar «República Christiana», según pudieron comprobar en el año 1414 los tripulantes de un navío español que llegó a sus costas.

La isla de San Brandan se la busca en el mar, en la tierra, y en la alegoría. Los más fieles a la tradición clásica la buscaron en el fondo del mar; los que habían perdido el respeto a todas las tradiciones, trataron de localizarla en cualquiera de las tierras conocidas.

Bailly buscó el solar de los Atlantes, el «mundo primitivo» de las maravillas humanas y de la naturaleza, aquel «mundo primitivo» que creó los prototipos de todas estas invenciones de nuestros días, que nos asombran y nos llenan de soberbia, haciéndonos creer que somos los dominadores del universo, en las tierras boreales, en Groenlandia, Spitzberg, y Nueva Zembla, en los países hiperbóreos, de los cuales tanto había contado Hecateo de Abdera, con su templo de Apolo Hiperbóreo, con su carro del dios conducido por cisnes, con el tercer ojo de los Arimaspes y las flechas volantes de Abaris, el profeta. De allí, los sabios Atlantas emigraron a Siberia, y de Siberia al Asia occidental, donde dieron origen a las naciones de los Fenicios

y de los Egipcios. Por eso los egipcios conservaban el recuerdo de la Atlántida y del refinado artificio de su organización y de sus obras gigantes.

Los admiradores del diputado Bailly se desconsuelan de que el sabio Bailly haya sido tan imaginativo. Pero más fantásticos han sido los sabios que vinieron después.

Dejemos a los hombres sin espíritu que han querido identificar la Atlántida con Palestina, con Creta o con la propia Atenas. Hay una tendencia general que señala irresistiblemente el Africa. El monte Atlas parece reclamarle: Atlas, rey de la Atlántida, el primero, aquel de quien recibió el nombre... Merejkowski nos llena de confusión y de pavor con la cita de Eusebio de Cesarea: «Henoch, quinto después de Adán, habría inventado la astrología, según los babilonios; él es el Atlas de los griegos...»; Cosmas Indicopleustes decía que los diez Reyes de la Atlántida eran los diez Patriarcas antediluvianos... No sé si San Dimas, el Buen Ladrón, habrá revelado algo a León Bloy, acerca de estos misterios; Bloy aseguraba deber a San Dimas cuanto sabía sobre la Atlántida. Pero no es la teología de la Atlántida la que aquí nos interesa, sino su Mitología.

Los Atlantes son los Lubu, los líbios, blancos, rubios, de ojos azules, es decir, nórdicos, al fin, hiperbóreos, como los de Bailly; fueron los constructores de los megalitos. Los megalitos parecen siempre obra de gigantes y hay algo que nos lleva a suponer en los hombres de la Atlántida una talla gigantesca... Más reciente Mermann Wirth, con escándalo del mundo científico —otra Atlántida próxima a la catástrofe—, trae a los nórdicos de las

tierras circumpolares a la Atlántida, con sus prodigiosos progresos culturales.

¿Por qué esta frecuente ecuación: Atlantes-Hiperbóreos?

Pero también pueden los Atlantes ser los señores de la oscura faz supuestos por algunos teósofos (40).

---

(40) Incluso mucho más allá de la Teosofía nos salen al paso estos "cabezas o faces negras" en diversos focos culturales: Egipto (*Kêmi;* de donde precisamente deriva "Alquimia", y por lo tanto "Química"), Etiopía, Caldea y China, por lo menos. *Aithiops* en griego significa precisamente "faz negra" (*aithós* = tostado, negro y *ops* = faz), en este caso cabría abandonarse a una interpretación fácil y banal: los etiopes son de color tostado, moreno y por ello fueron así designados por sus vecinos (y por qué no los sudaneses, que son más morenos todavía), pero aquí sucede como con el título de los Templarios de "Guardianes de la Tierra Santa": casos paralelos nos problematizan la evidencia de las interpretaciones demasiado fáciles, porque además, en materia de historia comparada de las Religiones y de Mitología, como en Filología hay que preferir siempre la *lectio difficilior*. Porque el caso es que también los chinos han venido, por lo menos desde 2317 antes de Cristo, dándose *a sí mismos* el nombre de *li-min* ("pueblo negro"), y todavía mucho después, en el siglo III a. C. (dinastía Tsing) el emperador dio a su pueblo el título de *kien-cheu* exactamente: "cabezas negras". Y lo mismo en Caldea: *nishi salmat kakkadi*, mil años antes, por lo menos, de la dinastía Tsing. Ni los chinos ni los mesopotámicos pueden ya ostentar la morenez como un distintivo único y llamativo, y si, como algunos autores han pretendido, se refiere la denominación al color del pelo, tampoco se ve motivo alguno para que se haga hincapié en un color común a todos los pueblos vecinos de China o del imperio Caldeo. Aparte de que *li-min*, la expresión más arcaica conocida a este respecto, no significa "cabezas negras", sino "pueblo negro". Pero es que en el panteón hindú, mientras Arjuna significa *el Blanco*, Krishna significa *el Negro*, y en esta mentalidad, el color negro es el símbolo de la no-manifestación frente a lo manifestado del cosmos (y por eso degradado y banalizado), símbolo de lo inmortal respecto de lo mortal, símbolo de la Mismidad total frente al yo individual y parcelado. Pre-

Cuando los portugueses recorrieron por primera vez el litoral africano, no fueron pueblos «salvajes», los que allí encontraron, sino hombres de cara negra, que descollaban en la vida civil y en las artes. Se podían admirar la policía de sus ciudades, la magnificencia de sus cortes, y otros muchos detalles de organización y de pulimento. Si se pone esto en relación con los bronces de Benin, con las terracotas de Ife, con las estatuas de latón del Golfo de Guinea, con el reino de Dahomey y sus Amazonas, con los autócratas aschantis, cu-

---

cisamente los pueblos que se dan a sí mismos el título de "pueblo negro", "faces negras", son imperios que se conceptúan como *Centro del Mundo* (así Egipto y China con toda claridad, y en Mesopotamia el título de "Rey de las Cuatro Partes del Mundo" vigente desde el imperio Sumerio y Tukulti Ninurta, es heredado por los demás imperios sucesivos y significa "Rey del Centro", pues las *Cuatro Partes del Mundo* confluyen y se unen en el punto medio, en el Centro, que es el Palacio imperial mesopotámico, todo lugar en que la corte del Rey de las Cuatro Partes del Mundo resida. China se denominaba precisamente *Chun-kuo*, es decir, "Reino del Centro"). Pero precisamente el Centro, con toda su potencia fontal y germinativa es el lugar de lo *Inmanifestado* y su color es el negro. Desmisterializada al modo occidental, esta expresión de "cabezas negras" sería el equivalente de "pueblo creador de la Cultura", "pueblo civilizador", "pueblo portador de los supremos valores que iluminan al resto del mundo". En la dinámica constante de la historia, en la que unos pueblos privilegiados llegan a una especial madurez cultural en determinados puntos de la tierra rodeados de tribus bárbaras y comienzan una lucha a vida o muerte por asimilarse y colonizar este *Hinterland* amorfo y caótico que les amenaza constantemente, como las tribus germánicas asediaban al Imperio Romano, tenía que constituirse también en constante histórica esta autoconciencia responsable de "pueblo de cabezas negras", de "tierra negra", de *Pueblo del Centro*. Naturalmente esta expresión, una vez acuñada, habría de ser ampliamente explotada por el ocultismo y la Teosofía, en otros contextos y constelaciones afectivas.

biertos de polvo de oro, con los poemas heroicos y los usos caballerescos de los Yoruba, nos encontraremos fácilmente en la Atlántida de Frobenius.

Si no preferimos trasladarnos al Djebel Hoggar, en el centro del Sahara, y encontrar allí, en la deliciosa y peligrosa corte de Antinea, al pintoresco y resentido Profesor Le Mesge, que nos colme las medidas en la revelación de lo desconocido. Después de todo ¿por qué no esto, y sí aquello?

¿Por qué no, sobre todo, si es cierto como se dice, que el Conde Byron de Prorok encontró la auténtica sepultura de Antinea, rodeada por las de sus nueve maridos?

Pero la Atlántida también pudiera ser Tartesos... (41).

En realidad, ninguna de ésas es la Atlántida: la Atlántida está en el fondo del mar. Sólo estando en el fondo del mar, sólo habiendo sido engullida por el abismo, tiene sentido el mito de la Atlántida (42).

---

(41) Es la teoría recientemente sostenida por el malogrado profesor de la Universidad de Valladolid señor Wattenberg; según él, la cultura megalítica habría seguido una marcha inversa a la comúnmente supuesta, habría llegado a la península ibérica desde el Mediterráneo Oriental y la India y desde allí habría sido exportada hacia el Norte de Europa. La Atlántida sería el imperio megalítico instalado en la desembocadura del Guadalquivir (Schulten había probado la existencia de una gran metrópoli en la desembocadura de este río), fundándose en la *Ora Maritima* de Avieno y en los datos suministrados por Estrabón. Ortega, en *Las Atlántidas* (1924), trata bellamente este tema.

(42) La Atlántida sumergida es una categoría histórica, una constante (como demuestra Ortega en la obra citada en la nota anterior). Nosotros diríamos que es todavía más: un *arquetipo*. Así como existen los arquetipos del Monte inaccesible, la Isla inabordable envuelta en otra atmósfera o en bruma, el Abismo o el Tesoro guardado por un Dragón,

Pero he aquí que las demás Atlántidas hipotéticas: Tartessos, en el Atlas las cavernas del Hogar, Benín, Dahomey, Cumasia, Creta, Atenas misma, han sido también engullidas por el «vacío del bostezo».

ANTIOQUIA EN LA LIMIA.—No ha habido una sola Atlántida.

Los acontecimientos tienen o no lugar; los hechos de la historia se repiten o no se repiten; pero, si los acontecimientos suceden, si los hechos se repiten, ha de ser como el mito los describe, pues el mito es el modelo de todo acontecer, es el arquetipo de la historia. En la Limia Alta, existe una laguna de legua y pico de largo por casi otra de ancho, interrumpida por junqueras y espadañas, que viene señalada en los mapas de España y mencionada en los textos de geografía, con los nombres de laguna Antela o lago Beon. Es tan notable por sus recuerdos históricos y legendarios, como por el empeño que han tenido en desecarla todos los personajes emprendedores, desde los benditos tiempos de las *Sociedades Económicas de Amigos del País*. Cría ranas y sanguijuelas, que son sabandijas graciosas y repugnantes respectivamente, aun-

---

existe el arquetipo de la *cultura sumergida*, inencontrable, pero que desde su realidad escondida e inmanifestada sigue nutriendo, como una raíz, nuestra propia existencia. A estas culturas inmanifestadas y germinales (el último producto de una realidad que ha desarrollado hasta el final su curva existencial es o un germen de nueva vida o materia orgánica en descomposición que sirve para abonar otros gérmenes), que constituyen en el peor de los casos un *humus* informe que nutre culturas ulteriores, les correspondería también el color *negro*.

que útiles unas y otras. Cría patos salvajes, y en ella se encuentran muchas veces cigüeñas, garzas reales y otros volátiles más raros, como son los cisnes boreales, de los que conducían la barca de Lohengrin, y aun según algunos, sugestionados por las invenciones de Hecateo de Abdera, la barca solar, y otras especies no localizables.

Pero lo más digno de nota es que en el fondo de la laguna se encuentra la ciudad de Antioquía.

Inútil preguntar por el origen de esta ciudad. Hay quien atribuye su fundación a Amphiloco, que pasa por haber sido también el fundador de Orense, entre los forjadores de prosopias helenizantes. ¿Amphiloco o Antioco? Ni con uno, ni con otro nos apartamos de la guerra de Troya. En cuanto al pecado por el cual sufrió Antioquía, «una suerte parecida a las de la Pentápolis en la Palestina», fue, según dicen, pecado de idolatría: los de la Limia adoraban al gallo «cuya figura se destaca aún hoy en las torres y campanarios de Galicia», y en castigo de ello fue sumergida su ciudad bajo las aguas.

¿Qué significa este gallo? ¿Cuál es su simbolismo? La mitología clásica nos lo enseña: *Alectrion* era el escudero de *Ares* (Marte). En las entrevistas del dios con *Afrodita* (Venus) —¿entrevistas allá en el fondo del amor y la muerte?— el papel de Alectrion era montar la guardia y avisar a los amantes del peligro próximo. Una noche se descuidó Alectrion y los amantes fueron prendidos por el celoso marido, *Hefaistos* (Vulcano), en una red de hierro invisible. Hefaistos llamó a los dioses para que los viesen: ¿qué fue esto, la ostentación de una vergüenza a la revelación de un misterio? Lo que fuese... Ares castigó a Alectrion convirtién-

dolo en gallo... Desde entonces el gallo no volvió a olvidarse de cantar las horas.

He aquí algo que nos llena de estupor y de inquietud: el gallo es, indudablemente, la conciencia vigilante... Por entregarse a ella, fueron castigados los habitantes de Antioquía... ...Pero, ¿no nos habían dicho...? ¿No habíamos sacado en consecuencia que la conciencia era el orden, la inconsciencia el caos? ¿No es el pecado un quebrantamiento del orden? Entonces, ¿cómo puede ser pecado entregarse a la conciencia vigilante?

Veamos: lo propio que a los antioquenos, les aconteció a los atlantes... La Atlántida era, en su disposición ultracivilizada, en su economía, en su gobierno, una maravilla de organización, de racionalización, de artificio, de triunfo sobre la naturaleza inculta; su capital era un prodigio de urbanismo —el urbanismo es una de las cosas más antiguas que existen; las ciudades primitivas se construyeron con arreglo a esquemas mágicos—; su puerto, un asombro de técnica... En la Atlántida, la conciencia vigilante había sometido a su dominio y planificación las montañas y los llanos, los ríos y el mar, el gobierno y el tráfico, la utilidad y el gusto; todo estaba allí sistematizado, reglamentado, sujeto a regla y compás, calculado según número, peso y medida. Es decir: en la Atlántida reinaba el Orden... Platón trae a cuento precisamente la Atlántida para tratar del Orden en el Estado... En la Atlántida reinaba el Orden y, sin embargo, fue castigada y desapareció para siempre bajo las ondas del mar Océano... ¿Qué significa esto? ¿Vaciló Platón en su intento de buscar la mejor constitución, el mejor orden para la ciudad? ¿Se dio cuenta aca-

so de que el pecado puede estar en la busca de un «orden nuevo», diferente del que hemos recibido, diferente del que está escrito en el reino de las Ideas, diferente del establecido por el Demiurgo? ¿Estará el pecado en querer sustituir el orden natural de las cosas por un orden artificial? ¿Un orden necesario por un orden arbitrario pero férreamente planificado? ¿La voluntad de Dios por la voluntad del hombre?

En los días claros y en calma, cuando las aguas adquieren una transparencia de purísimo cristal, se pueden apreciar, en el fondo de la laguna, las cúpulas y las torres de Antioquía. En las noches serenas, en medio del silencio augusto de los campos, se pueden oír el canto de los gallos y el tañido de las campanas de la anegada ciudad.

No se trata de un caso único: en Galicia mismo el arzobispo Turpin nos habla de la ciudad de Lucerna en Valverde, cubierta por las aguas de un lago; en Lamas da Aguada, Carregal, Daviñas, Maside, existe la famosa Ker-Ys, que se hundió en el mar, en tiempo de su rey Grallon, por la impiedad de sus habitantes y la impudicia de la princesa Dahut, hija del rey, salvándose éste sólo, gracias a las advertencias de San Guingal o San Gwende.

Pero Antioquía es también —como Ker-Is— una ciudad encantada. ¿Qué significa «una ciudad encantada»?

Antioquía es una pequeña pero suficiente Atlántida. Es todo un mundo que desaparece de entre los hombres.

A los oídos de los paisanos de la Limia llega el son de las campanas de Antioquía; a sus ojos, el vislumbre de sus cúpulas y de sus torres, pero los

paisanos que las oyen y que las ven, viven separados de Antioquía por una distancia incalculable, que no es de leguas, ni de siglos, sino de alma. Los paisanos que escuchan las campanas y adivinan las torres de la ciudad sumergida, tienen «otra alma», enteramente diferente del alma de los habitantes de Antioquía. Si uno de éstos saliese de la laguna y apareciese en cualquiera de las aldeas de alrededor: en Morgade, en Sandias, en Trandeiras, o en Abelenda das Penas, o en Vilar de Barrio, aunque hablase el mismo lenguaje que aquellos paisanos, con idénticas palabras y giros idénticos, con el mismo repertorio de expresiones y alusiones, estilo y hábitos de pensamiento, no sería de ningún modo entendido por ellos, y el habla aquélla, siendo la propia, sonaría a los paisanos como dialecto hablado en la luna.

Antioquía ha muerto, y lo que vive nada tiene de común con ella. Antioquía, o la Atlántida, es lo mismo. También Antioquía pudo tener muros cubiertos de oricalco y puertas de oro, quíntuple recinto y canales navegables entre sus murallas, templo para Poseidon —o para el gallo, o el dios que tuviese figura de gallo, o cabeza de gallo, como el Abraxas sirio..., idea nada tranquilizadora—, palacio para el Rey —se llamase Atlas, o Henoch, o Antíoco—, cuarteles para las tropas —hoplites, catafractarios—, puerto para las naves, mercados para los traficantes... Antioquía o la Atlántida, es lo mismo. Ambas yacen bajo las aguas.

ATLANTIDAS SUBMARINAS, ATLANTIDAS SUBTERRANEAS.—El padre Athanasius Kircher fue uno de los hombres más intuitivos que han existido.

Y el padre Athanasius Kircher supuso que la Atlántida se halla, no debajo de las aguas, sino debajo de la tierra.

Bajo las arenas de las formaciones desérticas del Asia Central aparecen las ruinas de maravillosas ciudades: Kizyl, Chotcho, Turfan..., todo un mundo desaparecido, y no muy remoto. El Cuzco de los Incas desapareció mucho más tarde, debajo de otro Cuzco. De la antigüedad remota, en Hissarlik se descubrieron doce troyas superpuestas.

En los tells de Siria y de Mesopotamia están enterradas las ciudades sumércias y las ciudades cananeas... Acaso se encuentre Ophir, en Zimbabwe, y ya va siendo imprudente desconfiar del hallazgo del Eldorado y de Parichaya.

Hay una Atlántida en el subsuelo de cada cosmópolis y dondequiera que el hombre pone en el suelo la planta, pisa las cúpulas arruinadas de Antioquía.

Las Atlántidas son las culturas que se han hundido definitivamente en el ayer, que han sido sumergidas, enterradas, no tanto bajo las capas de tierra que remueven los arqueólogos para buscar sus restos marchitos, no tanto bajo el «polvo de los siglos», como bajo las culturas más modernas que las han cubierto y sepultado, bajo la cultura de los arqueólogos que las investigan, por manera que los sabios que las investigan más las hunden en el pasado y en la muerte.

Son las culturas olvidadas, las ciencias perdidas, las artes borradas, las formas que fueron, las imágenes que se desvanecieron en el tiempo, todo lo que palideció hasta volverse impalpable, todos los mundos maravillosos que el género humano ha formado

y que ha ido perdiendo para siempre en el curso de los siglos!

Es decir: las Atlántidas son la señal del triunfo del progreso.

EL MUNDO PRIMITIVO Y SU CIENCIA.—Mas he aquí que la voz del pueblo cuando es *vox Dei*, o sea, cuando habla en el campo y no en la plaza —en la plaza, el pueblo siempre habla movido por los escribas y fariseos— tiende siempre a asegurar que los hombres de otros tiempos eran mucho más sabios que los de ahora. El pueblo concibe la historia como una larga decadencia, como una caída, hasta como una expiación, y acaso esté en lo justo, ya que los sentimientos semicultos dicen lo contrario.

Y ha habido hombres muy sabios —Jean Sylvain Bailly, Federico Schlegel, el Abate Moreaux— que pensaron lo mismo que el pueblo.

Existe la idea, acaso verdadera, de una época antiquísima, acaso antediluviana, en que los hombres poseían un saber, una cultura y hasta inventos y descubrimientos inmensamente superiores a los nuestros. La tradición popular, y aun la erudita, de pueblos muy alejados y diversos, nos ha conservado numerosas alusiones a una formidable y poderosa ciencia prehistórica. Los famosos «secretos» de la Gran Pirámide, los carros aéreos (vimana) de la India antigua, los viajes aéreos del profeta hiperbóreo Abaris en una flecha voladora, la descripción que hace Josefo del templo de Heliópolis, los inventos y trabajos de las dinastías míticas de la China, son otros tantos vestigios dignos de tener en cuen-

ta. Sobre ellos han sido recogidas noticias, a veces discutibles, a veces impresionantes (43).

Las Atlántidas son las culturas perdidas, los saberes olvidados, las destrezas que ya nadie posee, las formas que engalanaron el mundo y lo hicieron habitable, las imágenes que algún día dieron aliento al espíritu e hicieron la vida digna de vivirse...

Pero ¿es que todo eso ha perecido? ¿Es que el olvido es la nada? ¿O todos esos mundos creados por los hombres siguen siendo de algún modo en alguna parte? ¿Es posible que se hayan perdido para siempre? ¿Estamos, pues, esforzándonos para alimentar al no-ser? ¿Obramos para dar pasto a la muerte?... «En la historia —dice Hegel— caminamos entre las ruinas de lo egregio»... Entonces, ¿qué significan esas campanas de las torres de Antioquía?

LOS MOROS Y SUS TESOROS.—Quien en calidad de «viajero curioso» recorra las tierras de Galicia y no conformándose con las cosas dignas de

(43) La obra más asequible actualmente en que de un modo algo barroco y caótico se recogen todas estas tradiciones y recuerdos de poderes superiores y estados progresivos de civilizaciones desaparecidas y prehistóricas es *Le Matin des Magiciens*, de Pauwel, de la que existe traducción española bajo el título poco feliz de *La vuelta de los Brujos*. Muchas intuiciones de la "Ciencia-Ficción" corresponden a esta clase de recuerdos y de presentimientos; como si el estadio supercivilizado que ya se prevé prácticamente para un futuro próximo se hubiera producido ya alguna vez sobre la Tierra, o, por lo menos, contuviera la Tierra huellas inequívocas de viajes interplanetarios y comunicaciones interestelares ajenas a ella, pero que la habrían afectado profundamente en el pasado remoto, de modo que en los libros sagrados de la India y en algunas tradiciones célticas se conservasen noticias deformadas y vagas del impacto causado en el mundo de entonces por estas irrupciones inesperadas de otros mundos.

verse que le ofrecen las ciudades y villas importantes, se meta por los caminos aldeanos hasta las parroquias sin carretera, se encontrará a cada paso con las huellas del pasado. Le mostrarán castros y mamoas, torres arruinadas y muros vetustos de edad indeterminada, y cuyo destino no puede saberse; piedras labradas aparecidas en los labradíos y en los montes, objetos de metal que la reja del arado sacó a luz, y hasta peñascos de extraña forma en los que para exorcizarlos colocaron un crucero. Y si el viajero curioso pregunta a los paisanos acerca del origen de tales cosas, le responderán invariablemente que son obra de los moros.

La noticia es muy antigua, pues hace más de mil ochocientos años Turpin, arzobispo de Reims y compañero de Carlomagno, en los hechos que le acaecieron en España, dejó consignado en su crónica cómo los moros eran dueños de toda España, incluso de Galicia, y que en sus dominios había un monumento, consistente en una altísima pirámide, en cuya cima se levantaba una estatua, y esta estatua tenía una llave en su mano derecha, y España permanecería en poder de los moros mientras la estatua conservase la llave en la mano, mas si algún día llegase dicha llave a caer, los moros, conociendo llegado el fin de su dominación, enterrarían y ocultarían cuidadosamente los tesoros que poseían en Galicia, poniéndolos bajo tierra, y se marcharían. Tal aconteció, según parece, cuando Carlomagno les arrebató España.

Pero, ¿para qué escondieron sus tesoros? ¿Es que contaban con volver? He aquí el primer misterio de esta historia.

El segundo es que no necesitaban volver, puesto

que no han marchado. Han desaparecido, desde luego, de la vista de las gentes, pero siguen viviendo en Galicia, de manera invisible, debajo de tierra, en las mamoas, en los castros, en las ruinas, en los roquedos, «subterráneamente», como decía un serio patrón de las montañas que rodean la Limia, el cual explicaba cómo los moros «tienen unas palabras —¿el «ábrete, sésamo»?— dichas las cuales se vuelve a cerrar».

Estos moros poseen tesoros inmensos: vigas de oro, pellejos de carnero u ollas llenas de monedas, instrumentos de labranza y utensilios de casa todos de oro, arcas repletas de riquezas, y sus viviendas subterráneas son ricas y suntuosas.

Se sabe esto porque hubo quien penetró en ellas y vio allí maravillas... También, a veces, los moros vienen a las ferias, a comprar y vender, pero nadie sabe que lo son... Y de otros modos se relacionan también con los cristianos. Claro que tales relaciones no dejan de ser peligrosas para éstos. Los moros son poderosos y expertos cultivadores de la magia; además, ellos, y muy especialmente las moras, parecen sentir cierta debilidad por la «carne de cristianillo vivo», y desean comerla bien guisada... Pero el que se porte lealmente con ellos, no tiene nada que temer y, al contrario, tiene grandes ventajas que esperar. Sobre todo, hay que guardarles el secreto y reprimir la curiosidad. Entonces, se puede obtener de ellos dinero, protección, remedios, consejos, revelaciones, hasta dones preternaturales. La traición al secreto, la curiosidad indiscreta, pueden acarrear la ceguera, la mutación del dinero en carbón, la miseria, las desgracia, la muerte.

¿Qué es lo que todo esto nos enseña? Nos enseña

que, anegado en lo profundo de las aguas, escondido en las entrañas de la tierra, el pasado vive, y no sólo vive, sino que nos envía secretamente instrucciones y mensajes, y hasta puede hacer a algunos de nosotros partícipes de sus tesoros.

La importancia de este hecho depende del valor que demos al pasado. Si somos partidarios de la idea del progreso indefinido e irreversible, entonces, nada; pero es dudoso que pueda haber hoy hombres inteligentes partidarios de la idea de semejante progreso.

Propiamente los moros encantados de Galicia no son moros, son los «antiguos», son los «infieles», son los «gentiles»... Para nuestros paisanos, ser moro o ser pagano, ¿qué más da? No siendo cristiano, es ya cosa ajena, remota y enemiga. Durante toda la Edad Media, se llamó «paganos» a los moros en libros y documentos; en los Libros de Caballerías y en otras fuentes, los moros aparecen como adoradores de ídolos...

Los moros son los antiguos, los depositarios de aquel inmenso «saber perdido», que tanto nos interesaría redescubrir, los poseedores de todos los secretos, incluso los de la Gran Pirámide, incluso los de la Magia... Tanto es así, que un moro cualquiera, residente en Africa, y que jamás haya pisado España, puede suministrar a cualquier soldado gallego, con quien entable conversación por casualidad, detalles precisos y exactos acerca de su parroquia, de sus lugares, de sus edificios, de sus caminos, de sus habitantes, detalles que el gallego no conoce y que comprueba, con sorpresa, a su vuelta.

Los moros son los antiguos, que poseen la ciencia antediluviana, el saber de la Atlántida... Los moros

son los atlantes... Y los moros —es decir, los atlantes— no han muerto: están «encantados»... ¿Qué es estar encantados?... Nadie lo ha explicado todavía. Hay vida, muerte y encantamiento; conocemos la muerte y la vida, pero el encantamiento es un enigma para nosotros.

Ahora bien: Antioquía en el fondo de la laguna, los moros encantados en los Castros, son el Mito: Las campanas de Antioquía, la relación de los moros con algunos cristianos, son el misterio.

Es evidente que nuestro mundo, el mundo que nosotros hemos construido, se ha de hundir algún día, como se hundió Antioquía, como se hundió la Atlántida. Nuestro mundo, con toda su ciencia, con todo su poder, con toda su organización, con toda su técnica, ha de ser un día una ciudad sumergida. Es una verdad que la historia, la experiencia de los siglos, nos enseña, que la profecía nos advierte y que el mito nos revela. Como la Atlántida, como Antioquía, realizando el mito, convirtiendo en hecho el prototipo, cayó Babilonia, cayó Memphis.

Nosotros estamos llamados a ser moros encantados, lo somos acaso ya. Parece imposible, pero los elementos más valiosos de nuestro mundo están ya bajo las aguas del lago. Nada vale lo que tenemos en comparación con lo que hemos perdido. Lo mejor que teníamos forma ya parte de los tesoros subterráneos (44).

---

(44) A ello obedecería la sensación que se va generalizando en nuestra civilización occidental de haber perdido su *substancia*. Al hombre occidental se le va "apagando el alma", según la expresión feliz de Lajos Zilahy. Un síntoma de ello es la incapacidad psicológica de muchos de nuestros contemporáneos para *creer* religiosamente: no pueden prestar adhesión alguna espiritual a todo lo que rebase la esfera

Lo que hemos perdido es, precisamente, lo insustituible, lo que no puede reponerse, lo que no se puede tasar ni alcanzar ni calcular, lo que no tiene equivalencia.

Y nada hay que pueda compensarlo.

Nos asustamos ante las ruinas de la guerra, y habría que asustarse más aún de la reconstrucción que se emprenda. Se habla tanto y en tantos sentidos de «orden nuevo», que tanto puede significar esperanza como amenaza. No sabemos si los ordenadores quieren enderezar nuestro mundo o empujarlo al limo de la laguna... Está resultando que, habiendo creído ser los primeros del mundo que iba a venir, somos los últimos del que va a perecer. Somos los atlantes cuando la isla cruja, los antioquenos de Galicia cuando las aguas suban ya de los cimientos de las casas. La llave ha caído ya de manos de la estatua de que nos habla Turpin. ¿Qué

---

del número y de la sensación, son ciegos para la cualidad y sólo reaccionan ante la cuantidad. El documento testificante de esta inmersión irremisible de nuestra substancia cultural, hacia esferas subterráneas inasequibles, lo constituye la introducción al *Système de la Nature*, de Paul Henri de Tyri, barón d'Holbach, uno de los autores de la Enciclopedia, en 1770, donde declara tajantemente que el hombre no puede salir del mundo natural de las sensaciones que le rodean y elevarse "sobre las estrellas". Pues bien, esta capacidad de "elevarse sobre las estrellas" es precisamente la facultad específica del hombre en cuanto tal, la capacidad de vivificar arquetipos y mitos dinámicos que nos ponen en contacto vital con lo totalmente *Otro*, con las raíces de nuestra propia existencia, con las estructuras profundas de nuestra esencia y de la del cosmos. Este es nuestro *tesoro*, un tesoro hoy sepultado, guardado por Serpientes en espera de nuevas exhumaciones: "El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que cuando un hombre lo descubre, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo y luego cava hasta encontrarlo" (Mateo, 13, 44).

estatua es ésta, qué simulacro, qué ídolo? ¿Tiene ese ídolo cabeza de gallo?... Basta que tenga figura humana: «sapiens», «faber», «ludens», ese ídolo es el Hombre.

Puede suceder que todos los caminos lleven al encantamiento. ¿Qué es, pues, el encantamiento? ¿Por qué el héroe de los cuentos desencanta siempre a la Bella del Bosque? ¿Por qué las doncellas encantadas de Galicia se presentan en forma de serpientes con una rosa en la boca, para que las desencante el que tenga el valor de arrancársela con los dientes? (45). ¿Por qué se desconsuelan cuando fracasa la empresa de desencantarlas? ¿Por qué, en cambio, a Guingamor, que estuvo trescientos años en el Reino de las Hadas, le pareció que sólo habían sido tres días?

Todo eso pertenece al misterio.

En la India y en la China actuales, y mucho más

---

(45) Tales Serpientes con cabeza de mujer en todo semejantes a las Sirenas y a las Lamias, y que reciben generalmente la denominación de *Melusina* (*Melosina* de Paracelso), expresarían, según C. G. Jung (*Psychologie und Alchemie*, parte II: "Los sueños iniciales", ed. cit., pág. 85), los elementos inconscientes vivenciados gracias a una animación compensatoria de los contenidos del Inconsciente, que adoptan siempre forma femenina y ambigua, mostrando toda la peligrosidad, adhesividad y sinuosidad de los mismos. En el cuento de E. T. A. Hoffman, *Der goldene Topf* ("La Marmita dorada"), psicoanalizado por Aniela Jaffé, discípula de Jung, y publicado junto con otros trabajos de éste en *Gestaltungen des Unbewubten* ("Conformaciones del Inconsciente") (Zurich, 1950), págs. 239-592, constituyen el tema central las relaciones de un pobre estudiante, Anselmus, con una de estas *melusinas*, llamada *Serpentina*, que le envuelve en una pasión ambigua y obsesiva, de la cual no puede liberarse sino realizando, en toda su amplitud, el proceso de su *individuación*, a través de toda una cadena de mitos vivenciados alucinatoriamente.

cerca, en el Africa, en Europa misma, hay quien lo sabe. Muchos más son los que lo presienten en la tensión entre la vigilia y el ensueño; pero, si alguno alcanzó el estado de encantamiento, sin duda prefiere mil veces sufrirlo a estar como nosotros.

Finalmente, queda la pregunta de si lo perdido puede ser recobrado. Esto es lo que se llama «desencantamiento de tesoros».

Es incalculable el número de tesoros encantados que existen en Galicia. Tan sólo la lista contenida en un pergamino encontrado en el castillo morisco de don Gutierre de Altamira, que se conserva en Barcelona, describe con todo detalle ciento setenta y cuatro lugares en que hay tesoros ocultos, y el pergamino está incompleto.

Tan peregrinas noticias son atribuidas a muchas causas, pero su fundamento debe buscarse en cierta gravitación del alma gallega hacia el pasado. Acaso esta disposición no siempre se pueda reconocer en los gallegos, pero es evidentísimo que en cualquiera de ellos, sus mejores momentos son los de «éxtasis de la memoria»... Decía Unamuno que a los gallegos parece que se nos ha perdido algo, y que acaso ese algo fuese la Atlántida... Se nos ha perdido Antioquía, que es lo mismo, y se nos han perdido los tesoros de los atlantes, esto es, de los moros encantados. Como a todos los hombres, se nos han perdido las imágenes y las formas primitivas, sólo que nosotros conservamos una reminiscencia vaga y rústica, algo como una huella mágica en el subconsciente de la raza. Es natural, porque vivimos en el Finis Terrae, donde rematan los caminos, sin más allá material, donde rematan todas las esperanzas, donde no hay más futuro que el mar, el Océano.

Eso que dicen por ahí los que saben de que nos hallamos en un «momento crucial de la historia» quiere decir que nos hallamos en el mayor de los peligros, cual es la amnesia de los arquetipos y la pérdida de la identidad.

No hay más que ver la existencia de los que se obstinan en arrancar la rosa de la boca de la serpiente. Porque todos los tesoros están ya bajo tierra, y no ha de olvidar un detalle el que haya de desencantarlos.

Las campanas de Antioquía están llamando, acaso, a quien haya de desencantar la ciudad perdida.

También las campanas de Ker-Is suenan en la noche, y el canto de los gallos, y el canto de Ahes, la hija del buen rey Grallon... A veces, se ve la ciudad subir de lo profundo de las aguas... Se sabe que sus habitantes viven todavía, y que continúan haciendo lo mismo en el momento en que fue sumergida la ciudad. Náufragos, labradores, extraviados, han estado en ella, han recorrido sus calles, han hablado con sus habitantes.

Alguno vio allí magníficas tiendas: si hubiera comprobado alguna cosa a aquellos mercaderes, la ciudad hubiera sido desencantada... A unos navegantes se les enganchó el áncora en una ventana de la catedral: el que bajó a desengancharla, encontró la catedral llena de gente, y el sacerdote le pidió ayuda para resucitar a Ker-Is; el marinero no se atrevió, y Ker-Is permaneció en el fondo del mar... Y realmente, volver a Ker-Is a la vida de los hombres es tan fácil... Si un caminante que encontró una vez una anciana en su camino le hubiera ayudado a transportar el haz de leña que llevaba sobre sus hombros vacilantes, Ker-Is hubiera vuelto a apare-

cer a la vista de todo el mundo. Si alguno logra pasar por la abertura mágica de la montaña llamada Roc'h Karles, mientras suenan las campanas de las doce de la noche, Ker-Is será desencantada.

Ker-Is muestra la extrema dificultad de todo desencantamiento. No sólo es floja la voluntad de los hombres, no sólo son dados al desaliento y a sucumbir a la curiosidad y a los terrores del camino, sino que, con demasiada frecuencia, ocurre el olvido de la «palabra mágica» (46).

---

(46) Esta palabra mágica podría ser la que pronunció Parsifal al llegar a la Corte de aquel Rey pescador y melancólico que adolecía sin solución en medio de la sequía pertinaz y de la estirilidad general sobrevenida a su reino en hombres, ganados, vegetales y espíritu, visitado inútilmente por cortesanos y físicos que en vano se interesaban por su salud amenazada, pero que omitían, todos, cuidadosamente, la pregunta clave, la que precisamente acertó a formular aquel personaje oscuro y un poco ridículo (Jung lo clasificaría entre los intuitivos-introvertidos, cuyo aspecto no puede ser más decepcionante, pero que poseen riquezas interiores insospechadas) que era Parsifal: *¿Dónde está el Graal?* La evocación solamente del Graal en alta voz y en público sirvió para revivificar la Naturaleza, atraer la lluvia, fecundar al ganado y devolver la salud y la vida espiritual al Rey y a sus cortesanos. El *Graal* ya sabemos que, además del Cáliz de la Cena, significaba en la mitología germánica el *Centro*. Aquella sociedad a la que llegaba Parsifal como forastero había perdido el contacto e incluso la noción del *Centro*, era una cultura descentrada, *como la nuestra*. Cuando en una cultura se han invertido los valores vitales y espirituales y no se sabe ya a qué atenerse, no se sabe ya por qué ni para qué nos afanamos, porque por todas partes vemos una subordinación mutua de necesidades meramente materiales, sin ninguna abertura hacia lo profundo o lo superior (*Monte* o *Caverna*), porque estamos convencidos de que nada se nos ha perdido entre las estrellas; cuando nos sentimos prisioneros de un círculo adamantino y vicioso en el que se nos imponen los mayores sacrificios y tensiones, las mayores urgencias y limitaciones en servicio de fines que no son ideales, sino fines perfectamente banales, de modo que se trabaja para comer y se come para tra-

Toda esperanza consiste, tan sólo, en que no se pierda el eco de las campanas de Antioquía.

---

bajar, sin otro horizonte ni otra posibilidad ascensional, entonces la existencia se descentra, se descoyunta, pierde su sentido profundo y todo nos sobra y nos sobramos a nosotros mismos y perdemos el ánimo para seguir viviendo y todo nos da igual. Una existencia sin *Centro* es inviable e invivible; por eso en todas las culturas primitivas y arcaicas, aun en las más rudimentarias, y en éstas precisamente, como las australianas o los pigmeos, el primer cuidado de la comunidad representada por sus hechiceros y ancianos, es fijar un *Centro*, un Centro cósmico y un Centro mítico en torno al cual pueda cristalizar, sin desintegrarse, la existencia del grupo. En adelante toda la vida religiosa del mismo girará en torno a este Centro (no consistirá sino en esto); también en las mesetas del Asia Central y en las estepas siberianas, los Chamanes no tendrán otro cometido que constituir estos centros en forma de Arbol Cósmico y mantener a base de ellos y de las representaciones polarizadas en torno a ellos, la vida psíquica del grupo sin decaer y sin desintegrarse. Estas culturas remotas nos enseñan, en la indigencia casi absoluta en que viven, las estructuras profundas de nuestra existencia, unas estructuras para nosotros ocultas por la complejidad inútil y asfixiante de nuestro mundo superformalizado pero tan necesitado de un *Centro* como el de aquéllas. La diferencia es que aquellos primitivos lo ven, perciben en todo momento esta necesidad, y nosotros no la percibimos. Por eso ellos pueden subsistir milenios en su cultura rudimentaria, y la nuestra, superprogresiva y supercomplicada, se agota y se hunde. No queremos jerarquizar nuestro mundo y admitir unos valores realísimos pero invisibles que polaricen nuestra existencia en torno al *Centro* real del Todo; por eso nuestra existencia se desintegra, se sobra a sí misma, se pulveriza en una *masa insoportable de bagatelas con urgencias de acontecimiento decisivo*. Naturalmente la fijación de este *Centro*, ni entre los aborígenes australianos, ni entre nosotros, es un fruto de la arbitrariedad y de la fantasía; su descubrimiento y su fijación ha de corresponder a la realidad del *Centro* mismo; para nosotros no valen ya los meros símbolos míticos (un Arbol, una Roca, una Caverna, un Totem cualquiera, un Meteorito, un Río, un Lago o un Monte...), nuestra cultura desilusionada ha ido rasgando todos los velos, disolviendo todos los mitos, para quedarse únicamente abocada la aventura metafísica de subir más allá de las estrellas (lo que precisamente pro-

hibia D'Holbach), es decir, más allá de todas las categorías humanas —y aquí reside el problema fundamental—, hacia el Absoluto. Instalarse vivencial, existencial y afectivamente en el Absoluto y ante El, he aquí el hallazgo y la exigencia del *Centro*. Pero nuestra cultura se resiste a formularse incluso la pregunta por el *Centro* y se resiste mucho más a tomarlo en serio y mucho más todavía a subordinarle todos los asuntos mercantiles, industriales, coloniales y militares que tiene en marcha. Por eso nuestra cultura no parece tener salvación. El día en que formule la pregunta, nada más que la pregunta por el *Centro*, como Parsifal, con la conciencia seria e insobornable de buscarlo, comenzará una nueva etapa de la historia, comenzará de nuevo la Vida, la fecundidad, el progreso espiritual tras este estancamiento, este marasmo en el que nuestros mismos productos, magníficamente inútiles y pretenciosamente absolutos nos sitian (como al Nuevo Inquilino de Jonesco sus propios muebles), nos aburren y nos cierran por todas partes el horizonte hacia el verdadero Absoluto.

INDICE

	Págs.
NOTA	7
PROLOGO	9
INTRODUCCION	23
ORDEN Y CAOS	51
Belo y Amoroca	51
Marduk y Mummu Tiamat	54
Beroso, en el mundo helenístico	58
Pambabilonismo	60
La alteración de la revelación primitiva ...	64
Orden y Caos	72
Forma y Materia	74
Apolo y Dionysos	76
Orfeo, Platón, Aristóteles	90
Logos y Bios	96
Historia y Subhistoria	102

El Pez Oannes 106
Ecúmeno y Exótero 113
El Minotauro 119
Alejandro Magno 128
Maravillas de la India 132
El duque Ernesto 134
Babilonia y las grullas 136
Atlántida en Critias 143
Antioquía en la Limia 170
Atlántidas submarinas, Atlántidas subterráneas 174
El mundo primitivo y su ciencia 176
Los moros y sus tesoros 177

«ORDEN Y CAOS», DE VICENTE MARTINEZ RISCO, POLIGRAFO, NOVELISTA, POETA, SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE «PRENSA ESPAÑOLA», S. A., EL DIA 8 DE MARZO, FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE DIOS. MADRID, MCMLXVIII.

ALLARIZ

"VISLUMBRES"

N.º 1.—*Violencia y Ternura*, por J. Ror Carballo.

N.º 2.—*Tebeo y cultura de masas*, por Luis Garca (Prólogo de Juan José López Ibor).

N.º 3.—*Domingo Rivero, poeta del cuerpo*, por Jorge Rodríguez Padrón (Prólogo de Dámaso Alonso).

N.º 4.—*El héroe solitario en la novela norteamericana*, por Cándido Pérez Gállego (Prólogo de Esteban Pujals).

N.º 5.—*Teatro norteamericano actual*, por Javier y Juan José Cov (Prólogo de Enrique Llovet).

N.º 6.—*El lenguaje y su duende*, por Manuel Rabanal (Prólogo de Manuel Fernández-Galiano).

N.º 7.—*La palabra y la llama*, por José Luis Varela.

N.º 8.—*El juicio y el ingenio*, por Leopoldo-Eulogio Palacios.

N.º 9.—*La novela utópica inglesa* (*Tomás More, Swift, Huxley, Orwell*), por Jorge Molina Quirós.

N.º 10.—*La linterna intermitente*, por Guillermo Díaz-Plaja.

N.º 11.—*Cinco horas con Miguel Delibes: El hombre y el novelista*, por Leo Hickey (Prólogo de Manuel Cerezales).

PORTADA DE AGUSTÍN RUBERIQUE